

GÉNESIS

**BERNARD
BECKETT**



Lectulandia

En un futuro no muy lejano, una estudiante llamada Anaximandro se presenta al riguroso examen de ingreso en la Academia, el órgano de gobierno de la utópica sociedad en la que se ha criado. A lo largo de varias sesiones extenuantes, las preguntas del tribunal, que suscitan importantes cuestiones éticas y filosóficas, la llevarán a descubrir una verdad que hará tambalear los cimientos sobre los que se asienta su mundo.

Poco más conviene revelar sobre el argumento sin correr el riesgo de arruinar la lectura. *Génesis* atrapa al lector desde las primeras líneas y lo conduce, con una lógica contundente y un ritmo de progresiva intensidad, hasta un desenlace impactante. Llegado ese punto, el lector sólo deseará una cosa: comenzar a leer la novela de nuevo.

Emocionante fábula especulativa, thriller filosófico y meditación humanista, *Génesis* es una obra fuera de lo común que escapa de toda etiqueta. Ambientada en la segunda mitad del siglo XXI, recurre a los pensadores griegos más relevantes en una estimulante reflexión sobre la fragilidad de nuestra civilización occidental.

Lectulandia

Bernard Beckett

Génesis

ePUB v1.1

Horus01 29.05.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Genesis*
Bernard Beckett, 2006
Traducción: Gemma Rovira Ortega

Editor original: Horus01(v1.0)
ePub base v2.0

para Rene, Immanuel, Ludwig y Alan

«¿Es el alma algo más que el zumbido de sus partes?»

DOUGLAS HOFSTADTER, *The Mind's I*

Capítulo 1

Anax recorrió el largo pasillo. Sólo se oía el débil zumbido del filtro de aire del techo. La iluminación era débil, como exigía el nuevo reglamento. Ella recordaba días más luminosos, pero nunca hablaba de ellos. Ese era uno de los Grandes Errores: pensar en la luminosidad como una cualidad del pasado.

Llegó al final del pasillo y torció a la izquierda. Miró la hora. La verían acercarse, o eso se rumoreaba. La puerta corredera se abrió suave y silenciosa, como todo en las instalaciones de la Academia.

—¿Anaximandro?

Ella asintió con la cabeza.

El tribunal lo componían tres Examinadores, tal como fijaba el reglamento. Anax sintió un gran alivio. Los detalles del examen se guardaban en secreto y entre los candidatos circulaba un sinfín de rumores. «La imaginación es la hija bastarda del tiempo y la ignorancia —le gustaba decir a Pericles, su tutor; y siempre añadía—: Pero no tengo nada contra los hijos bastardos.»

Anax adoraba a su tutor. No iba a decepcionarlo. La puerta se cerró detrás de ella.

Los Examinadores estaban sentados tras una alta mesa con tablero de madera pulida.

—Ponte cómoda —dijo el Examinador del medio.

Era el más corpulento de los tres, más alto y ancho de espaldas que cualquier otro que Anax hubiera visto. Los otros dos parecían viejos y débiles a su lado, pero ella notó que sus miradas agudas y penetrantes la traspasaban. Ese día no daría nada por sentado. El espacio que la separaba de ellos estaba despejado. Anax sabía que la entrevista se estaba grabando.

Examinador. Se te han asignado cinco horas para el examen. Si tienes algún problema para entender alguna pregunta, puedes pedir una aclaración, pero la necesidad de hacerlo se tendrá en cuenta a la hora de la evaluación final. ¿Comprendido?

Anaximandro: Sí.

Examinador. ¿Quieres preguntar algo antes de empezar?

Anaximandro: Quisiera preguntar cuáles son las preguntas.

Examinador. ¿Cómo? No he entendido bien.

Anaximandro: Era una broma.

Examinador. Ah. Ya.

Un paso en falso. Ni la más mínima reacción por parte de alguno de los tres. Anax se planteó pedir disculpas, pero ya era tarde.

Examinador. Anaximandro, el tiempo empieza a contar a partir de ahora. Tienes cinco horas para exponer el tema que has elegido. Vida y época de Adán Forde, 2058-

2077. Adán Forde nació siete años después de la instauración de la República de Platón.

¿Podrías explicarnos las circunstancias políticas que condujeron a la formación de la República?

¿Era una trampa? En la solicitud de Anax se establecía claramente que su especialidad sólo abarcaba los años de la vida de Adán. El comité había aceptado su propuesta sin objeción alguna. Como todo el mundo, ella conocía el contexto político, por supuesto; pero ésa no era su especialidad. Lo único que podía ofrecer era un recitado escolar que a cualquier estudiante le sonaría familiar. No era un buen comienzo. ¿Y si lo cuestionaba? Escudriñó los rostros de los Examinadores en busca de alguna pista, pero los tres estaban impasibles como estatuas de piedra, absolutamente inexpresivos.

Examinador. ¿Has entendido la pregunta, Anaximandro?

Anaximandro: Por supuesto que sí. Lo siento. Es que... No importa.

Anax intentó borrar toda preocupación de su pensamiento. Cinco horas. Tiempo de sobra para demostrar cuánto sabía.

Anaximandro: La historia comienza al final de la tercera década del nuevo milenio. Como en todas las épocas, no faltaban los agoreros. Los primeros intentos de ingeniería genética habían asustado a amplios sectores de la comunidad. La economía internacional todavía se basaba en el petróleo, y la opinión generalizada era que se avecinaba una escasez catastrófica.

»Lo que entonces se llamaba Oriente Próximo seguía siendo una región políticamente turbulenta, y muchos opinaban que Estados Unidos —emplearé las denominaciones de la época para mayor coherencia— se había embarcado en una guerra que no podía ganar contra una cultura que no entendía. Aunque defendía sus intereses argumentando que éstos eran los de la democracia, su definición era limitada e idiosincrásica, y no se exportaba bien.

»El fundamentalismo iba en aumento a ambos lados de esa línea divisoria, y muchos vieron en los primeros incidentes claros de Terrorismo Occidental, ocurridos en Arabia Saudí en 2032, la chispa de un fuego que nunca se apagaría. Se acusó a Europa de haber perdido el rumbo moral, y los disturbios independentistas de 2047 se interpretaron como una prueba más de decadencia secular. El ascenso de China a la prominencia internacional y lo que ese país llamaba "diplomacia activa" hicieron temer a muchos que se avecinaba otro conflicto global. La expansión económica amenazaba el medio ambiente. La biodiversidad se redujo a niveles sin precedentes, y los últimos opositores al Modelo de Cambio Climático Acelerado se convirtieron a la causa a raíz de las tormentas de polvo de 2041. En resumen: el mundo se enfrentaba a grandes desafíos, y a finales de la quinta década de este siglo, el discurso público estaba dominado por un tono de amenaza y pesimismo.

»A posteriori es fácil analizar la situación, desde luego; pero lo cierto es que desde nuestra privilegiada posición resulta evidente que lo único que la población tenía que temer era el miedo mismo. El verdadero peligro a que se enfrentaba la humanidad durante ese periodo era el empobrecimiento de su propio espíritu.

Examinador. Define espíritu.

La voz del Examinador sonaba cuidadosamente modulada, la clase de efecto que podía lograrse con cualquier filtro barato, pero lo que oyó Anax no era tecnología, sino control, puro y duro.

Cada pausa, cada parpadeo de incertidumbre: los Examinadores lo observaban todo. Así era, sin duda, como decidían. De pronto Anax se sintió lerda y mediocre. Todavía oía las últimas palabras de Péneles: «Quieren ver cómo reaccionas ante el desafío. No vaciles. Habla con propiedad y hazte entender. Confía en las palabras.» Entonces le había parecido muy sencillo. Ahora notaba que su cara se tensaba, y tenía que pensar para llegar hasta las palabras, buscándolas como uno busca a un amigo en medio de una multitud, al borde del pánico.

Anaximandro: Cuando digo espíritu me refiero a algo del clima reinante en la época. El espíritu humano es la capacidad de afrontar la incertidumbre del futuro con curiosidad y optimismo. Es la fe en que los problemas pueden solucionarse, en que las diferencias pueden resolverse. Es un tipo de confianza, pero frágil. El miedo y la superstición pueden menoscabarlo. En 2050, cuando comenzó el conflicto, el mundo había entrado en una época de miedo y superstición.

Examinador. Háblanos de esas supersticiones.

Anaximandro: La superstición es la necesidad de contemplar el mundo en función de causa y efecto. Como ya he dicho, el fundamentalismo religioso iba en aumento, pero no me refiero a esa clase de superstición. La que dominaba en aquella época era la fe en las causas simples.

»Hasta el suceso más sencillo está sujeto a una maraña de combinaciones y posibilidades, pero la mente humana lucha contra esa complejidad. En épocas de conflicto, cuando fracasa la creencia en dioses simples, surge el culto a la conspiración. Eso fue lo que pasó entonces. Incapaz de atribuir la desgracia al azar, incapaz de aceptar su insignificancia dentro del esquema general, el pueblo buscó monstruos entre sus propios integrantes.

»A medida que los medios de comunicación traficaban con el miedo, los ciudadanos perdían la capacidad de creer los unos en los otros. Para cada nuevo mal que los aquejaba, los medios de comunicación creaban una explicación, y ésta siempre tenía un nombre y una cara. La gente acabó temiendo hasta a sus vecinos más cercanos. A nivel de individuo, comunidad y nación, la gente buscaba indicios de las malas intenciones de los demás; y allá donde buscara, los encontraba, porque eso es lo que pasa cuando buscas.

»Ése era el verdadero reto a que se enfrentaba la gente en esa época: el reto de confiar los unos en los otros. Y no logró superarlo. A eso me refiero cuando afirmo que el pueblo se enfrentaba a un empobrecimiento del espíritu.

Examinador. Gracias por tu aclaración. Ahora vuelve a tu historia de la época, por favor. ¿Cómo se llegó a la fundación de la República?

Tal como había previsto Pericles, el sonido de su propia voz animaba a Anax. Por eso era tan buena candidata. Sus pensamientos seguían a sus palabras, o así lo explicaba él. «Todos somos diferentes, y ésa es tu habilidad.» Y aunque la historia que estaba contando era vieja y anquilosada, examinada hasta la saciedad, ella iba envolviéndola con palabras nuevas que la hacían ganar confianza con cada capa.

Anaximandro: El primer disparo de la Guerra Postrera se efectuó por culpa de un malentendido. Sucedió el 7 de agosto de 2050. La alianza chino-nipona llevaba dieciocho meses tratando de estructurar una coalición para supervisar el proyecto de bombardeo con azufre, con la esperanza de contrarrestar los efectos de calentamiento del carbono atmosférico. El que dicha coalición no pudiera avanzar se debió, en gran medida, a esa desconfianza antes mencionada. Estados Unidos bloqueó la iniciativa, pues creía que formaba parte de un plan más amplio para establecer un nuevo orden mundial; y China, a su vez, creía que Estados Unidos estaba acelerando deliberadamente el cambio climático para hundir la economía china. Tal como era de prever, China diseñó un plan para llevar a cabo una acción unilateral secreta.

»El avión derribado en espacio aéreo norteamericano en el Pacífico participaba en la primera prueba de bombardeo con azufre, aunque, como todos sabemos, Estados Unidos nunca se apartó de la versión oficial de que era un avión militar que participaba en acciones hostiles.

Examinador. Será mejor que no des por hecho que sabemos nada.

Anax se disculpó con una inclinación de la cabeza y notó que se ruborizaba de vergüenza. Esperó una señal para continuar, pero no recibió ninguna. En otras circunstancias, habría clamado contra la mala educación del tribunal.

Anaximandro: El poder de Platón provenía de sus intereses económicos globales. Amasó su fortuna inicial en la tecnología del hidrógeno, y la aumentó mediante acertadas inversiones en la industria de la biolimpieza. Con su riqueza y sus contactos, Platón estaba mejor situado que la mayoría para prever el probable resultado de un recrudecimiento del conflicto entre las superpotencias. Era una persona muy prudente, y empezó a trasladar su dinero a unas islas del Hemisferio Sur conocidas como las Aotearoa. En el momento en que estalló la guerra, se decía que él y sus socios eran dueños del setenta por ciento de la economía de esas islas, y que estaban llevándolas hacia un estado de autosuficiencia basado en la tecnología. Cuando empeoró la situación internacional, a Platón le resultó fácil convencer a los habitantes de su patria de adopción de la necesidad de crear un sistema de defensa

más eficaz. La Gran Valla Marina de la República, considerada todavía hoy la mayor hazaña de ingeniería del siglo XXI, se completó en 2051, once meses después del inicio de la Guerra Postrera.

»A finales de 2052, cuando se desató la primera peste, la República ya estaba aislada del resto del mundo. Platón era venerado como el salvador de las Aotearoa y, a medida que empeoraban los informes sobre el mundo exterior, también empezó a considerársele el salvador de la raza humana. En junio de 2053, cuando se captó el último programa emitido desde el Exterior, en la República todo el mundo creía que la suya era la última patria habitable del planeta.

»Se había previsto la llegada de refugiados, por supuesto, y cuando arribaban se los despachaba. Los aviones que se acercaban eran derribados sin aviso previo, y al principio la gente se congregaba en lo alto de los acantilados para contemplar el espectáculo de los barcos fantasma que estallaban en el horizonte al ir a la deriva por la zona minada. Con el tiempo, las explosiones se hicieron menos frecuentes, y los cañones de rayos láser cada vez tenían menos objetivos aéreos. Fue entonces cuando el pueblo acudió a Platón y le pidió que lo guiara hacia tiempos mejores.

Examinador. Un buen resumen, Anaximandro. Así pues, ésta es la República donde nació tu tema de especialización, Adán Forde. Antes de adentrarnos en la vida de ese extraordinario personaje, ¿podrías hablarnos un poco sobre la República que erigió Platón?

Anaximandro: Los historiadores afirman que lo que mejor explica la República es su lema: «Adelante hacia el pasado.» Platón —o quizá debiéramos decir los asesores de Platón, ya que hoy en día la mayoría cree que Helena fue la principal artífice del orden social de la República— preconizaba un nuevo estilo de conservadurismo. Sostenía que el Derrumbamiento se había producido porque la gente se había alejado de su estado natural. Había aceptado el cambio sin cuestionar nada, olvidando la ley fundamental de la ciencia: que todo cambio implica deterioro. Platón dijo a los ciudadanos de la República que sólo podrían regresar a la gloria de las grandes civilizaciones creando una sociedad basada en la estabilidad y el orden.

«Platón identificó lo que él llamaba las cinco grandes amenazas al orden: la Impureza de Cuna, la Impureza de Pensamiento, la Indulgencia del Individuo, el Comercio y el Intruso. Sus soluciones eran radicales, pero la gente estaba asustada y se aferraba a sus numerosas promesas. "El Estado os ha salvado —les decía—, y ahora vosotros debéis trabajar duro para salvar el Estado."

»El pueblo se dividió en cuatro clases diferenciadas, basadas en las lecturas genómicas. Obreros, Soldados, Técnicos y Filósofos. Los niños eran separados de sus padres al nacer, y los datos sobre su origen nunca se divulgaban. Todos eran sometidos a un examen cuando cumplían un año, y se les asignaba una clase o se los eliminaba.

»Luego recibían una rigurosa educación, tanto física como intelectual. La lucha y la gimnasia eran obligatorias, junto con las matemáticas y la genética. En los meses de verano, los niños iban desnudos, pues se creía que eso disminuía el deseo de individualidad.

»Los mejores atletas de la clase de los Obreros podían ascender, aunque sus genomas no lo predijeran, a la clase de los Soldados. Del mismo modo, los mejores pensadores tenían la oportunidad de ascender a la clase de los Técnicos, pero nunca más allá. La clase de los Filósofos estaba reservada para unos pocos ungidos.

»Hombres y mujeres vivían separados, y comían y dormían en sus comunas de trabajo. Las aventuras amorosas estaban permitidas, y una vez que las parejas habían recibido la autorización del Departamento de Variación Genética, se las animaba a casarse. Pero, incluso después de casadas, seguían viviendo con los de su propio sexo, y tenían que ganarse los permisos de tiempo compartido.

»Creo que lo que he dicho hasta ahora resume aceptablemente los principales aspectos iniciales de la sociedad de la República.

Anax comprendió que el tribunal no iba a dar muestras de aprobación, pero aun así no pudo evitar mirar a los Examinadores como una niña en su primera semana de escuela miraría a su profesor, buscando alguna señal, si no de ánimo, al menos de reconocimiento. Pero aquello no era la escuela. Aquello era la Academia.

Examinador. ¿Quién es tu tutor, Anaximandro?

Anaximandro: Pericles, principalmente. He recibido ayuda en la escuela, por supuesto, y he investigado mucho por mi cuenta, pero...

Examinador. Pericles.

Pronunció el nombre como si ejerciera un poder especial sobre él. Anax no supo discernir si eso era bueno o malo. Esperó la siguiente pregunta, con la esperanza de que llegaran pronto a la materia con que ella se sentía más segura: la extraordinaria vida de Adán Forde y su época.

Examinador. A tu juicio, ¿consiguió Platón sus objetivos?

Anaximandro: Eso depende de cuáles consideremos que eran éstos. Si lo que perseguía era el poder y el estatus —y en mi opinión es muy probable que ésas fueran sus motivaciones—, consiguió ejercer una influencia considerable, al menos mientras vivió. Sin embargo, si lo que me pregunta es si consiguió crear un estado ideal, un estado en que los individuos y la sociedad comprendieran mejor su potencial, es más difícil saberlo. Quizá a la historia le resultaría más fácil juzgar a Platón si Adán Forde no hubiera nacido.

El mero hecho de pronunciar su nombre la relajó. Durante tres largos años Adán nunca había estado lejos de su pensamiento. Aunque había muerto mucho antes de que naciera ella, Anax tenía la impresión de que lo conocía mejor que a nadie. Había estudiado muchas transcripciones y descargado muchos archivos, pero sobre todo

tenía lo que Pericles llamaba «sensibilidad hacia él». Si no podía impresionar a los Examinadores ahora, jamás lo lograría. Y eso... bueno, no quería pensarlo. Le había prometido a Pericles que no pensaría en ello.

Examinador. Sí, Adán.

Anax todavía no había conocido a nadie que pudiera pronunciar ese nombre sin detenerse ante su importancia. Ahora los nuevos pensadores estaban revisando su importancia a la baja. «La cerilla que enciende el fuego no tiene por qué tener nada especial, salvo que es la cerilla que enciende el fuego»: ése era su lema. Pero cuando pronunciaban su nombre, ellos también se detenían.

Examinador. Anaximandro, lo primero que quiero oír es algo sobre los orígenes de Adán. ¿Quiénes eran sus padres y cómo fue su infancia? Todo el mundo sabe lo que pasó la noche que él estaba de guardia; cualquier joven podría contarnos la historia palabra por palabra, pero la vida de Adán no empezó esa noche. Explícanos cómo, en tu opinión, llegó allí.

Anaximandro: Adán nació en 2058. Pasó su primer año de vida en la guardería Tana. Según la leyenda, su madre había ideado un método para poder distinguir a su hijo, y consiguió ser transferida a Tana para poder vigilarlo durante ese tiempo; pero lo más probable es que no sea cierto. De nuevo el mito de la causalidad. Para quienes quieran entender qué fue lo que hizo de Adán la persona que fue, la respuesta «todo, y por tanto nada» no sirve.

»Lo que sí sabemos es que nació en la clase de los Filósofos. Cuando cumplió un año, lo sometieron al examen psicológico de rigor y le leyeron el genoma. Se confirmó su capacidad para el estudio, pero se anotó una advertencia en su expediente: al menos dos de sus marcadores genéticos señalaban una posible imprevisibilidad de comportamiento. De hecho, el legendario memorando Clark proponía que se considerara su eliminación. En circunstancias normales, lo habrían sometido a un nuevo examen pasados dos meses. Pero 2059 fue el año del pánico de la segunda gran peste, y cuando murió Clark, todas sus posesiones se destruyeron como medida de precaución, así que la orden de repetir el examen nunca llegó a archivarse para una posterior tramitación. Cuando se descubrió el error, Adán había aprobado sus primeros exámenes de verbalización y ya no se podía plantear la eliminación. Había tanta confusión alrededor de su expediente que se pasaron por alto las advertencias, y la información nunca llegó a los organismos educativos.

Examinador. ¿Y entró directamente en el grupo educativo de los Filósofos?

Anaximandro: Así es. Los archivos demuestran que fue un alumno destacado que causó impresión desde el primer momento, especialmente en matemáticas y lógica. También destacó en lucha, y a los trece años representó a su ciudad en el torneo anual. Es ahí donde, por primera vez, vemos una exhibición de la individualidad sin la que posteriormente no habría podido desempeñar su papel.

»En el torneo conoció a una chica llamada Rebeca, que también era luchadora, y decidió que tenían que ser amigos. No lo disuadió el hecho de que no vivieran en la misma ciudad, ni siquiera en la misma isla. La última noche del torneo, Adán se escondió entre el equipaje del equipo de Rebeca. Consiguió viajar setecientos kilómetros al sur de su zona asignada y, con ayuda de Rebeca, evitó que lo detectaran durante tres días, hasta que un cocinero lo encontró escondido en la despensa de la comuna de Rebeca.

»Lo devolvieron a su casa con una amonestación, pero podríamos decir que el patrón ya estaba marcado. Adán había demostrado ser combativo e impulsivo, no temer la censura y sentirse atraído por las mujeres. Normalmente, una trasgresión así bastaba para que a un niño lo transfirieran automáticamente a la clase de los Obreros, pero su maestra presentó una petición especial, aduciendo que ella le veía un gran potencial. Se le hizo una concesión y lo enviaron a una academia militar de élite de los Guardias Republicanos. Quizá podamos afirmar que la historia cambió para siempre como consecuencia de esa decisión.

Examinador. Si creyéramos en las causas simples.

Una vez más, Anax se ruborizó por haber cometido un error tan elemental. Había oído el rumor de que a ningún candidato se le permitían más de dos errores como ése. Pero había oído muchos rumores. Aquél no era el momento para pensar en esas cosas.

Se había dejado llevar demasiado por la historia. Péneles la había prevenido de que podía pasarle. Decidió suavizar sus comentarios.

Anaximandro: Y no lo hacemos. Les ruego me disculpen.

Ninguno de los Examinadores reconoció su disculpa. Anax se preguntó qué haría falta para obtener de ellos alguna reacción. ¿También eran así en sus casas?

Examinador. Háblanos de las circunstancias de la detención de Adán.

Anaximandro: Adán tenía entonces diecisiete años. Corría el año 2075. Se había graduado con notas excelentes en la academia militar, donde había seguido cultivando su pasión por la actividad física.

»Me han pedido que hable de la detención, así que sólo comentaré de pasada que cuando se graduó había acumulado cuatro amonestaciones en su expediente, por lo que su primer destino fue una torre de vigilancia de la costa sur de la isla norte. Por aquellos tiempos había muy pocos avistamientos confirmados de barcos fantasma, y no se creía que hubiera peligro real de intentos de desembarco de refugiados.

»La verdadera emoción estaba en el norte, donde últimamente se habían registrado tres avistamientos no confirmados de un nuevo tipo de dirigible. Varios centinelas aseguraron haber visto un objeto con forma de zepelín suspendido a escasa altura en el horizonte, a la hora de la puesta del sol, y aunque los medios de comunicación de la República estaban muy controlados, los rumores se habían

extendido rápidamente. Como precaución, enviaron a los mejores Soldados al norte, y se intensificaron los entrenamientos con cañones de rayos láser y aviones de ataque. Entretanto, a los Soldados como Adán, recién salidos de la escuela y con un expediente imperfecto, los dejaron al cargo de las torres de vigilancia más remotas, repartidas por la costa meridional.

»Adán llevaba exactamente siete meses en su puesto y no se había producido ningún incidente. En el juicio afirmó que esa experiencia lo había aburrido en grado sumo, y probablemente no exageraba.

»Los centinelas trabajaban por parejas y sus rutinas estaban estrictamente prescritas y monitorizadas. Cada torre de vigilancia consistía en una pequeña garita de observación encaramada en una alta estructura de metal, rodeada de una alambrada electrificada y a la que se accedía por una sola escalerilla.

»Las garitas eran muy pequeñas; en ellas apenas había espacio para que los dos centinelas se dieran la vuelta. Su trabajo era sencillo: consistía en monitorizar la larga e ininterrumpida línea de la Gran Valla Marina, una inmensa valla de tela metálica situada veinte metros más allá de la línea de la marea baja. La valla se alzaba hasta treinta metros por encima del mar. Estaba rematada con alambre de púas y protegida por pequeñas minas flotantes. Las instrucciones de los centinelas eran claras y tajantes en caso de que algo o alguien se acercara a la valla desde el Exterior.

»Si se trataba de un barco de cierta envergadura —lo cual era improbable, ya que de éstos se encargaban las minas itinerantes guiadas por satélite—, los centinelas tenían que dar la alarma. Menos de cinco minutos más tarde sería sobrevolado por helicópteros artillados con láser, y cualquier enfermedad que pudiera albergar sería neutralizada.

»Si se trataba de un barco más pequeño —y de éstos sí se acercaba de vez en cuando alguno, generalmente con sólo dos o tres escuálidos pasajeros a bordo—, la tarea de los centinelas era más difícil. Primero, debían notificar el avistamiento a la estación; luego, uno de ellos descendía de la torre de vigilancia y recorría el sendero hasta el puesto de tiro. Una vez allí, utilizaba un pequeño cañón de rayos láser, activándolo mediante un código aleatorio que el propio centinela memorizaba todas las mañanas, para destruir la embarcación.

»El segundo centinela permanecía en la torre de vigilancia, con el cometido de apuntar con su arma al centinela que bajaba a disparar. Las órdenes eran tajantes. Si el primer centinela mostraba alguna señal de vacilación en el cumplimiento de su deber, el segundo tenía que dispararle de inmediato, sin consultar con nadie y sin hacer indagaciones. Entre los Soldados era bien sabido que muchas disputas entre centinelas se habían zanjado de esa forma, y sólo los idiotas discutían con sus compañeros de guardia.

Examinador. ¿Y cómo era la relación entre Adán y su compañero de guardia?

Anaximandro: Todas las conversaciones entre los centinelas se monitorizaban y grababan, así que podemos hacernos una idea de la dinámica entre Adán y su compañero, José. Debería añadir, en este punto, que durante su guardia los centinelas estaban obligados a realizar una serie de rutinas dirigidas por ordenador, con el fin de mantenerse alerta. Por ejemplo, corregir imágenes de ordenador alteradas comparándolas con el paisaje real, o memorizar y repetir complicados mensajes e instrucciones generados informáticamente. Lo comento porque, con su permiso, me gustaría reproducir una conversación entre José y Adán, grabada el día antes del incidente inicial.

Examinador. De acuerdo, si consideras que te ayudará a responder a la pregunta.

Anax hizo una pausa. Pericles le había asegurado que era una buena idea, pese a que esa clase de memorizaciones eran un truco sencillo y muchos manuales de examen desaconsejaban perder el tiempo con ellas. ¿Estaban intentando disuadirla? Era mejor no preguntárselo. Seguiría el consejo de Pericles. Quería que su tutor estuviera orgulloso de ella.

Anaximandro: Esta conversación se grabó a las 18.40, dos horas después de que empezara el turno de ocho horas:

J: ¿Ves algo?

A: Sí.

J: ¿Qué?

A: (*alzando la voz*): Un barco inmenso acercándose a la valla. Y ahora se está elevando por encima del agua. ¡Dios mío! ¡Puede volar, es un barco volador! ¡Lleva cañones, y nos está apuntando a la cabeza! ¡Dios mío, vamos a morir!

J: Vale, sólo preguntaba. Sabes que estas conversaciones se graban, ¿no?

A: Nadie las escucha.

J: ¿Cómo lo sabes?

A: ¿Crees que si estuvieran monitorizando las tonterías que digo, a estas alturas alguien no nos habría amonestado?

J: Eh, tío, tienes que pulsar los botones.

A: Ya lo sé.

J: Ahora tienes que darle al amarillo, y luego al naranja.

A: Sí, estoy esperando.

J: Ahora, antes de que se complique más y no puedas recordarlo.

A: Naranja, azul, verde y ahora... dos naranjas. Creo que podré.

J: (*nervioso*): Pulsa, tío.

A: Pulsa tú.

J: Yo no puedo. Son tus botones.

A: ¿Quién quieres que se entere?

J: Me entero yo.

A: Adelante.

J: ¡No me acuerdo!

(Se oye un zumbido) J: ¡Es el aviso de diez segundos! Adán, esto no es justo. Nos castigarán a los dos. Ya sabes cómo funciona esto.

A: No nos castigarán.

J: Pulsa los botones.

A: Está bien, está bien. *(Despacio, para fastidiar)* Pulso los botones. Amarillo, naranja, azul, verde, naranja, naranja, verde, amarillo y... ¿era rojo o verde? ¿Tú lo has visto?

J: Te mato. Te lo juro.

A: Rojo.

(Deja de sonar el zumbido)

A: ¿Ves como no pasa nada?

J: ¿Por qué haces siempre lo mismo?

A: Porque me aburro. Me ayuda a mantenerme alerta.

(Un largo silencio. Se oye el tableteo de un teclado)

J: ¿Crees que queda algo ahí fuera?

A: ¿Cuánto tiempo llevas haciendo esto?

J: Cinco años.

A: ¿A cuántos has tenido que disparar?

J: A tres o cuatro. Pero iban a la deriva. Es decir...

A: Dicen que últimamente han visto dirigibles en el norte.

J: Creía que eso sólo eran cuentos.

A: Todo es un cuento.

J: Pensándolo bien, ¿cuánto tiempo hace de la peste? Los que quedan deben de estar inmunizados, ¿no? Así que podrían estar reconstruyendo. Tiene sentido.

A: O se están tomando mucho tiempo para morir.

J: Los últimos que vi no parecían muy enfermos.

A: Sabes que estas conversaciones se graban, ¿no?

J: *(preocupado)*: Acabas de decir que nadie las escucha.

A: A menos que pase algo.

J: ¿Algo como qué?

A: Podría volverme loco y matarte.

J: Entonces no me importa si las escuchan o no.

A: Pues entonces no hay de qué preocuparse.

J: ¿De verdad crees que están reconstruyendo?

A: ¿Nunca te has preguntado por qué esa gente contra la que nos mandan disparar nunca nos dispara? Yo creo que la guerra y la peste han eliminado mil años de progreso. Creo que esos dirigibles avistados sólo son globos enormes.

Seguramente eso es lo único que pueden hacer.

J: ¿Sabes qué me apetece ahora mismo?

A: ¿Qué?

J: Una Coca-Cola.

A: A mí no me gusta.

J: ¿Cómo que no? Debes de haberla bebido en las ceremonias. La has probado, ¿no?

A: Sólo es una bebida como otra cualquiera.

J: ¿Sabes que casi pierden la receta? En el último momento, antes de que se cortaran las conexiones, a alguien se le ocurrió hacerse con ella. Todos pensaban que alguien la tenía.

A: Eres demasiado crédulo. Sólo es una bebida.

J: No es sólo una bebida... A ver, ¿a ti qué te apetece?

A: Una mujer.

J: ¿Una mujer?

A: Aquí y ahora. Te dejaría mirar. ¿Cada cuánto ves a tu esposa?

J: Ya sabes que no nos dejan hablar de eso.

A: No nos dejan hacer muchas cosas, José. ¿Sabes qué? Apuesto a que paso más tiempo con mujeres que tú, y ni siquiera estoy casado.

J: Eso no es más que palabrería.

A: Sí, eso, José. Palabrería.

Y ahí es donde termina el fragmento de la transcripción recuperada.

Examinador. ¿Y qué crees que nos demuestra?

Anaximandro: Nos demuestra algo sobre el carácter de Adán.

Examinador. ¿Algo admirable?

Anaximandro: Algo importante.

Examinador. ¿Por qué debería ser algo más que cháchara superficial? Dos hombres aburridos pasando el tiempo.

Anaximandro: Revela cierta personalidad.

Examinador. Explícate.

Anaximandro: Adán es el vigilante más joven. José es cinco años mayor que él y tiene más experiencia; sin embargo, cuando escuchamos esa conversación podríamos pensar lo contrario. Creo que Adán adopta superioridad en cualquier situación. Es un detalle importante. Forma parte del problema.

Examinador. Cuéntenos qué pasó a continuación.

Anaximandro: Al día siguiente vieron el bote. Según los registros, empezaron su turno a las 15.30. Hacía un día cálido y despejado. El mar estaba en calma. Su torre de vigilancia se elevaba sobre la pared de un acantilado, orientada hacia la isla sur, que se alzaba al otro lado del estrecho. Su zona de vigilancia abarcaba diez millas

náuticas. En un día así, podían ver la siguiente torre de vigilancia, situada más al norte, sin ayuda de ningún dispositivo de observación. Según el diario, José estaba montando guardia mientras Adán controlaba el equipo, aunque fue éste quien hizo el avistamiento.

A: Bueno, vamos allá. Veo algo en el agua.

J: Venga ya.

A: Mira hacia la derecha, compañero. ¿Lo ves?

J: ¿Qué tengo que ver?

A: ¿No te examinaron la vista antes de destinarte a este puesto?

J: A mi vista no le pasa nada.

A: Entonces debe de ser un problema de cerebro.

J: Vale, ahora lo veo. (*Alzando la voz*) ¡Lo veo!

A: Bueno, tranquilízate.

J: Dale a la alarma.

A: Es minúsculo.

J: No estoy tan seguro.

A: Mira en tu pantalla, idiota.

J: ¿Sabes que esto está cargado?

A: ¿Sabes que amenazar a otro Soldado se considera traición?

J: Me exculparían.

A: Es un bote. Ahí no pueden ir más de dos o tres, como mucho. Es una suerte que no hayas gastado esas balas disparándome a mí.

J: Te toca a ti disparar. Mira la lista de turnos.

A: Aún mejor.

Ambos desviaron un momento la mirada de su pantalla de vigilancia hacia el paisaje que tenían ante ellos, y luego volvieron a centrarse en la pantalla. La imagen se perfiló con nitidez. Era una embarcación pequeña, en efecto, tal como había indicado el escáner. La línea de comunicación de la torre de vigilancia más meridional empezó a crepitar.

T: Eh, chicos. ¿Veis eso?

J: Sí, Rut. Es todo nuestro.

T: A por ellos.

A: A bordo sólo hay uno.

J: Cuidado. Podría haber otros escondidos.

A: ¿Cuándo has oído que alguno se escondiera?

J: Podría pasar. Sólo digo eso. ¿Llevas la pistola bien cargada? Pues vete ya. Yo me quedo vigilándote.

A: Espera un segundo.

J: Tienes que irte.

A: Sólo quiero saber a qué le disparo.

J: Si veo algo sorprendente, ya te lo diré.

A: Un segundo.

Adán se quedó mirando la pantalla. Eso iba contra el reglamento. El centinela encargado de disparar tenía que abandonar la torre de vigilancia antes de que la víctima fuera identificada. En el momento que el Soldado veía a qué iba a dispararle, tenía que saber que estaban apuntándole a la nuca con un arma. Era lógico. Por muy bueno que fuera el entrenamiento recibido, siempre cabía la posibilidad de que el Soldado vacilara a la hora de disparar contra una víctima indefensa. Y en tiempos de peste el Estado no podía correr riesgos.

J: *(llevando una mano a su pistola)*: Ya sabes qué órdenes tengo.

A: ¡Dios mío! Mira, es una chica. Sólo una jovencita. ¿De dónde demonios habrá salido?

Ambos se quedaron contemplando la pantalla. El bote era diminuto, en efecto. Parecía mentira que hubiera podido hacer la travesía desde la costa más cercana. Adán le vio los ojos. Así fue como se lo explicó al tribunal. Vio unos ojos enormes y asustados que contemplaban sin comprender la gran barrera de metal que se erguía en el mar. La improvisada vela triangular estaba hecha jirones, inservible. El bote cabeceaba peligrosamente cerca de las minas flotantes.

J: *(con voz temblorosa)*: Tío, vete de aquí, por favor. No me obligues a dispararte.

A: Hay una cosa que no te he dicho, José.

J: ¿El qué?

A: Es la primera vez que hago esto.

J: Pero si he visto tu expediente...

A: Conseguí modificarlo.

J: ¿Cómo?

A: Eso es mejor que no lo sepas.

J: Vale, es tu primera vez. No te preocupes. No es tan difícil como parece. Es como en los entrenamientos. Una vez has apuntado al objetivo, ni siquiera tienes que mirar.

A: No creo que pueda hacerlo.

J: No tienes alternativa.

A: Sólo es una chica.

J: Si tengo que dispararte, lo haré.

A: Yo miraré.

J: ¿De qué estás hablando?

A: Ve tú. Yo miraré desde aquí. No puedo explicártelo, pero creo que así será más fácil. Si ahora miro, la próxima vez seré capaz de hacerlo. Sé que podré. Vamos, sabes que será más fácil que dispararme a mí.

José cedió. Era más fácil dispararle a un extraño, que de todas formas ya estaría medio muerto y seguramente tendría la peste, que dispararle a su colega a sangre fría. Y ésa era la única opción. Adán lo sabía. Ante el tribunal, dijo que sabía que pasaría eso. Los medios de comunicación dieron mucha importancia a la frialdad de esos cálculos.

Examinador. ¿Eso piensas tú? ¿Piensas que actuó con sangre fría?

Por fin una pregunta que Anaximandro podía contestar en detalle. Ésa era su especialidad.

Anaximandro: Existen dos formas de interpretar lo que ocurrió a continuación, aunque el propio Adán insistía en que la versión que dio en el momento de su detención es lo único relevante.

»Se sentó en la torre de vigilancia y dirigió la mira de su arma hacia el puesto de tiro, de acuerdo con el manual. Vio cómo José llegaba al cañón de rayos láser y apuntaba al bote. Nunca había presenciado una eliminación y, aunque una parte de él quería desviar la mirada, la escena le produjo una truculenta fascinación.

»Observó atentamente a José, cómo introducía el código de seguridad y cómo armaba el láser. Entonces, siguiendo el procedimiento, Adán miró la pantalla de vigilancia para asegurarse de que los ocupantes de la embarcación no representaban un peligro inmediato para su colega. Y volvió a ver los ojos de la chica, y esa vez no pudo desviar la mirada. Tenía dieciséis años —sólo un año más joven que él—, pero los tres meses que había pasado en el mar la habían envejecido; no llevaba agua ni comida, y estaba flaca y exánime.

»Adán hizo un zum sobre su cara (el registro de datos lo confirma). Vio su expresión: estaba aturdida, perpleja, y sólo era vagamente consciente de la gran barrera, del fatal desenlace de su travesía.

»Adán explicó que fue como un relámpago, un fugaz momento de lucidez. Dijo a las autoridades que no tomó la decisión de disparar, sino que oyó la detonación de su pistola, que resonó en la garita. Miró hacia el cañón y vio a su colega desplomado de bruces, con un agujero en la nuca.

Inmediatamente llegó un mensaje del puesto de control. A Adán ya le había entrado pánico.

»—Disparo registrado. Informen, por favor. Informen, por favor.

»—Al habla Adán. José ha sido despachado. Hay un bote junto a la valla. Hay

una chica a bordo. José ha vacilado, señor.

»—¿Está seguro de que sólo hay un ocupante?

»—Sí, señor.

»—Tiene que acabar el trabajo, Adán.

»—Lo sé, señor.

»—Vuelva a informar cuando haya terminado. Enviaremos un sustituto. Enhorabuena, Adán. La República se lo agradece.

»—Gracias, señor.

»Adán sabía que el tiempo corría en su contra. Estarían esperando la descarga del láser.

»Pasó a toda velocidad junto al cuerpo de su colega y bajó gateando por el estrecho sendero que conducía a la orilla. Vio el bote, que iba a la deriva y podía colisionar con una mina. Le hizo señas con la mano a la chica. No sabía si ella podía oírlo; ni siquiera sabía si hablaban el mismo idioma.

»—¿Sabes nadar? —le gritó—. ¿Sabes nadar?

»Ella lo miró, pero no respondió. Estaba demasiado lejos para que Adán pudiera distinguir la expresión de su cara. Volvió a gritar:

»—¡Tienes que abandonar el bote! ¡Nada hacia allí! ¡Nada hacia el norte! —Le señaló la dirección—. Iré a esperarte un poco más allá. Hay un sitio por donde puedo colarte. Una portilla. Espérame junto a la portilla. Pase lo que pase, no toques las boyas. ¿Me entiendes? Tengo que destruir tu bote. Por favor, hazme alguna seña si me has entendido.

»Se quedó mirando, aguardando desesperadamente una respuesta. Nada. Volvió a hacerle señas. La chica le lanzó un saludo, un ademán ambiguo y tímido. Adán trepó hasta el puesto de tiro, con la esperanza de que la chica le hubiera oído. El láser todavía estaba armado. Apartó el cadáver de José y miró hacia el mar. Ya no veía a la chica. ¿Había entendido sus instrucciones, o simplemente se había desplomado, exhausta? No había forma de saberlo. Adán disparó y contempló la emanación de vapor y el borboteo de agua que produjo la pequeña embarcación al desintegrarse.

»Después llamó a la torre de vigilancia. La comunicación fue sombría; le temblaba la voz.

»—Al habla Adán, torre de vigilancia 621N. Tarea completada. Embarcación destruida.

»—Enhorabuena, Adán. El sustituto llegará allí dentro de diez minutos. Quédese donde está. Nosotros nos encargaremos del cadáver.

»—Gracias, señor.

»Pero Adán no se quedó donde estaba. A lo largo de toda la valla había pequeñas portillas de servicio. Funcionaban mediante un dispositivo de cierre a distancia y teóricamente sólo podían abrirse si se introducían dos códigos simultáneamente: el

del técnico de servicio de la zona, y el del control central del Cuartel General de Defensa.

»Adán sabía que el sistema se podía anular, aunque al principio declaró que la portilla se abrió sencillamente por un problema de mal funcionamiento. Ha habido mucha controversia sobre cómo consiguió esa información, pero vale la pena recordar que Adán era curioso e inteligente, y no me cuesta creer que durante su entrenamiento recogiera información que un Soldado normal y corriente no habría sabido encontrar.

»Ha habido quien ha hecho hincapié en el éxito de Adán con las mujeres, y en una sociedad donde todas las relaciones tenían que mantenerse en secreto, es perfectamente posible que consiguiese dicha información por esos medios. Algunos historiadores, los más imaginativos, han remarcado que Rebeca, su amiga de los torneos de lucha, acabó convertida en una experta en sistemas electrónicos de seguridad. Algunos han especulado sobre la posibilidad de que ambos hubieran seguido en contacto, aunque nunca ha aparecido ninguna prueba de ello.

»Fuera cual fuese el método, el caso es que Adán consiguió abrir la portilla de servicio. Corrió por la orilla rocosa y nadó hasta la valla. No fue una tarea sencilla, ni mucho menos. Pese a que ese día el mar estaba más calmo de lo habitual, las portillas estaban situadas en los tramos más inaccesibles de la valla.

»Adán dijo que al principio pensó que había llegado tarde. La chica estaba aferrada al otro lado de la valla, pero tenía la cabeza sumergida en el agua. Adán describió el momento en que ella levantó la cabeza y sus miradas se encontraron a través de la tela metálica. Explicó cómo la agarró y la hizo pasar por la portilla, y cómo la llevó nadando hasta la orilla. Ella no dijo nada, pero que no se hubiera quedado en el bote significaba que había entendido a Adán.

»La llevó a una pequeña cueva que había al pie de un acantilado, donde estaría a salvo, escondida. Le dio una barrita energética que llevaba en el cinturón y le prometió que volvería. Ella se recostó en el suelo de roca, y antes de cerrar los ojos le dio las gracias con una sonrisa. O al menos así lo contó él.

»El sustituto lo encontró en el puesto de tiro, calado hasta los huesos, junto al cadáver de su amigo y profiriendo gemidos de pesar. El sustituto, un buen hombre en sus últimos años de servicio, se llamaba Natán. Supuso que el joven centinela se había derrumbado por la tensión de cumplir las órdenes, y accedió a no revelar lo que había visto. Adán le dio las gracias y continuó su guardia.

»Esa noche volvió a la cueva; llevaba agua, comida y mantas. El día siguiente lo dedicó a cuidar de la chica hasta que ésta se recuperó lo suficiente para incorporarse y, en un inglés titubeante, relatarle su historia.

Examinador. Antes has dicho que hay dos versiones de esa historia. Háblanos más de la segunda.

Anaximandro: Desde el principio, los investigadores recelaron de la historia de Adán: sus conocimientos del funcionamiento de la portilla y el terreno que bordeaba la pared del acantilado, la verosimilitud de la historia que le contó al sustituto, cómo manipuló a José. Hubo quien insinuó que todos sus actos fueron premeditados, y que la llegada de aquella chica estaba planeada de antemano. La conmoción que produjo el anuncio de que se había abierto una brecha en el perímetro de seguridad dio pie a la aparición de las teorías más complejas y paranoides.

Examinador: ¿Pero tú las descartas?

Anaximandro: Sí, las descarto.

Examinador: ¿Por qué?

Anaximandro: La historia nos ha demostrado la inutilidad de la teoría de la conspiración. La complejidad da lugar a errores, y los errores dan lugar a prejuicios.

Examinador: Hablas igual que Pericles.

Anaximandro. Las palabras quizá sean tuyas, pero los sentimientos son míos. En el caso de Adán, me inclino a creer que sucedió como él dijo: una sencilla reacción humana ante una situación determinada. La teoría de la conspiración nos haría creer que no habría podido ocurrir de otro modo, que todo el incidente fue premeditado y controlado. Pero la embarcación era un bote pequeño y maltrecho, de un solo mástil. ¿Cómo encontró el camino hasta aquella torre de vigilancia y en el momento justo? ¿Y cómo se transmitió la detallada información necesaria para llevar a cabo esa proeza? Nunca se ha propuesto ninguna manera razonable. Aunque la reacción del control central tras el incidente fue, en gran medida, fiel al procedimiento, había mucho margen para variaciones. La disponibilidad de sustitutos dicta el tiempo que tardan éstos en llegar. En este caso, el sustituto tardó quince minutos, pero también habría podido tardar dos minutos, o una hora. Si lo hubiera planeado todo, Adán habría tenido comida, ropa y material médico preparados para la llegada de la chica; pero sabemos que, en parte, fue su precipitada compra de ese material al día siguiente lo que levantó las sospechas. No; creo que sucedió tal como él lo contó. Vio los ojos de aquella chica y sintió que debía actuar.

Examinador: ¿Y era así?

Anaximandro. ¿Cómo?

Examinador: ¿Debía actuar?

Anaximandro: Eso es algo sobre lo que cada uno tiene que formarse su propia opinión.

Examinador. Una desconocida que va en un bote a la deriva llega de una tierra que ha estado expuesta a la peste más devastadora de la historia. Hay instrucciones estrictas respecto al procedimiento a seguir. Sin embargo, llevado por un arranque emocional, Adán decide matar a su amigo y poner en peligro la seguridad de toda su comunidad. ¿Podemos aclarar, por favor, si crees que esas acciones pueden juzgarse

de más de una manera?

Anax titubeó. No estaba preparada para esa clase de preguntas. Su especialidad era la historia, no la ética. Podía explicar cómo se habían recabado meticulosamente las pruebas para contrastar el relato de Adán, pero no podía enumerar los distintos enfoques posibles para juzgar ese relato. Ella tenía su propia opinión, por supuesto. Todo el mundo la tenía. ¿Quién no había mantenido esa discusión en su casa, en su escuela, en su centro de ocio? Pero ella no estaba preparada para defenderla, al menos no públicamente. Pericles le había aconsejado que contestara a cada pregunta tan extensa y sinceramente como pudiera. Le había prevenido que intentarían desconcertarla, sorprenderla adoptando puntos de vista peculiares. Contestó con mucha cautela.

Anaximandro: Creo que es bien sabido que en la comunidad hay una amplia variedad de simpatías. Y no me parece que eso deba sorprendernos, dado el destacado lugar que Adán ocupa en nuestra historia. Pienso que es comprensible que haya quien considere heroica su actuación. Creo que hay en nosotros un impulso de considerarla así.

Examinador: ¿Y tú tienes ese impulso?

Anaximandro: Lo que digo es que todos tenemos ese impulso. Supongo que su pregunta es si considero que se trata de un impulso que hay que abrazar o, en cambio, dominar. Adán sintió una gran empatía por aquella chica indefensa. Le habían ordenado que apartara de su pensamiento esa empatía, y las razones para esas órdenes eran sólidas. Aunque él hubiera creído que la amenaza de la peste había pasado, no era razonable que asumiera semejante convicción en nombre de la nación. El no era ningún experto en virología. Sin embargo, creo que quienes sienten el impulso de comprender el heroísmo de Adán, instintivamente entienden la importancia de la empatía. Quizá para que una sociedad funcione con éxito deba darse cierto nivel de empatía incorruptible.

Por primera vez, el cambio de los tres Examinadores fue perceptible. Se enderezaron. El de mayor rango pareció más alto, y sus ojos brillaban con mayor intensidad.

Examinador: ¿Insinúas que una sociedad infectada por la peste es preferible a una sociedad infectada por la indiferencia?

Anaximandro: Es una buena forma de formular la pregunta.

Examinador: ¿Y cuál es tu respuesta?

Anaximandro: Creo que, en esas circunstancias, es imposible justificar el romanticismo de los actos de Adán, aunque, teniendo en cuenta nuestra historia, todos tenemos motivos para estarle agradecidos por ellos.

Silencio. Querían que Anax prosiguiera, pero ella sabía que había esquivado una bala y guardó silencio, decidida a no volver a cruzarse en su trayectoria.

Examinador. Una respuesta interesante.

Anaximandro: Era una pregunta interesante.

Examinador. Estoy seguro de que habrás medido el tiempo cuidadosamente. Ya ha transcurrido la primera hora del examen. De vez en cuando, te pediremos que salgas a la sala de espera, para que el tribunal pueda planificar la dirección de la entrevista.

Anaximandro: ¿Es eso lo que quieren que haga ahora?

Examinador. Sí, si no te importa.

Anaximandro: ¿Cuánto tiempo perderé?

Examinador. Pararemos el reloj.

Capítulo 2

Anax notó cómo la puerta corredera se cerraba detrás de ella. Otra contingencia inesperada. Una hora superada, quedan cuatro, se dijo; no te pongas nerviosa. Había un vigilante plantado junto a la puerta de la sala de espera, supuso que para asegurar que no intentara comunicarse con el mundo exterior. Era mayor que ella. Lo miró y sonrió. Él se dio la vuelta.

Anax trató de aprovechar el tiempo que tenía. La verdad era que el descanso había llegado en el momento más oportuno. Les había mentido. No lo supo hasta que se vio obligada a decirlo en voz alta, y tuvo una sensación tan extraña que dudaba que hubiera pasado inadvertida. Sí, los actos de Adán eran románticos, irracionales, injustificables. Sin embargo, cuando había tenido que comentarlos, Anax había mentido.

Anax no sabía si ella habría hecho lo mismo de haber estado en aquella torre de vigilancia; sólo sabía que Adán había actuado correctamente. Intentó reprimir esa nueva y peligrosa revelación y concentrarse en lo que vendría a continuación: sin duda, los detalles de la detención y el posterior juicio de Adán. Se recordó que estaba preparada. Se recordó el éxito que representaba para ella, lo mucho que significaría ver la satisfacción de Pericles cuando le diera la noticia.

—¿Sabes cuánto van a tardar? —preguntó cuando llevaban media hora sin llamarla. El vigilante se volvió hacia ella. Anax comprendió, por su expresión, que no esperaba que le hablara.

—¿Cómo quieres que lo sepa? —Su voz sonó sorprendentemente débil y suave. No parecía la voz de un vigilante.

—He pensado que como tú trabajas aquí...

—Nunca había estado aquí —repuso él—. Es la primera vez.

—¿Y me estás vigilando?

—¿Qué? —La confusión tensó sus facciones.

—Eres un vigilante, ¿no? Estás aquí para asegurar que no intente comunicarme.

—¿Cómo ibas a comunicarte? El edificio está estrictamente vigilado. Todo el tráfico electrónico está controlado.

—Ya lo sé. Supongo que eres una precaución adicional.

El vigilante rompió a reír.

—¿Qué pasa? —preguntó Anax—. ¿Dónde está la gracia?

—Yo he supuesto lo mismo de ti —respondió él.

Anax se fijó en que había otra puerta.

—Entonces tú también estás...

—Sí, allí.

—¿Cómo te va?

—No lo sé. No sabía que habría descansos.

—Ya. Pone nervioso, ¿verdad?

—Un poco.

—Por cierto, me llamo Anax.

—Encantado. Yo me llamo Soc.

—¿Cuál es tu especialidad?

—¿Crees que es prudente hablar de eso?

—¿Nos habrían puesto en la misma sala de espera si no quisieran que habláramos?

—Quizá nos estén observando —apuntó Soc.

A Anax le había caído bien. No solían fallarle las primeras impresiones. Era educado y amable; se sentía segura.

—¿Han sido difíciles las preguntas? —quiso saber.

—La mayoría no mucho —contestó Soc—. Me ha desconcertado una pregunta sobre ética. No es mi especialidad. Quizá no debería decirlo.

—A mí me ha pasado lo mismo.

Eso pareció aliviar un poco a Soc. La miró como si intentara leerle el pensamiento. De pronto se inclinó hacia delante rápidamente, y Anax, sorprendida, se apartó de él. Soc bajó la voz hasta un débil susurro.

—Ten cuidado —murmuró—. Saben más de lo que crees.

Enseguida se apartó y la miró, pero Anax no dijo nada. Era un desconocido. ¿Quién se creía que era? ¿Cómo se atrevía a correr ese riesgo? En ese preciso instante, como para subrayar el peligro, se abrió la puerta corredera.

Anax entró en silencio, esquivando la mirada de Soc.

* * *

Miró a los Examinadores; estaba más nerviosa que antes. Tuvo la impresión de que ni siquiera se habían movido. Intentó imaginar de qué habrían estado hablando.

El Examinador Jefe esperó a que ella se colocara en su sitio, y entonces formuló la siguiente pregunta, como si el descanso sólo hubiera existido en la imaginación de Anax.

Examinador. ¿Qué circunstancias condujeron a la detención de Adán?

Anaximandro: Los detalles de su detención son un tanto triviales. Como ya he dicho, su comportamiento permite suponer que su decisión de salvar a la chica, a quien por motivos obvios llamaron Eva, no estaba planeada, sino que fue espontánea.

»Como sucede en cualquier ejecución forzosa, se examinaron los registros de la torre de vigilancia previos a la muerte de José, y el cambio de funciones durante el incidente levantó las sospechas.

»Varios expertos examinaron la valla marina y descubrieron señales de

manipulación. Se monitorizaron las transacciones de Adán para la adquisición de víveres, y aunque él tomó la precaución de conseguir la comida y el agua utilizando una tarjeta de identidad robada, lo pusieron bajo vigilancia intensiva. Activaron su chip localizador, y a la noche siguiente, cuando se escabulló del dormitorio, un equipo de cuarentena y seguridad siguió todos sus movimientos.

Examinador. ¿No te parece extraño que una persona con la competencia técnica de Adán no estuviera al corriente de los chips localizadores?

Anaximandro: Se ha especulado mucho sobre las motivaciones de Adán en ese momento. Una vez más, el problema de las teorías de la conspiración es que presuponen que las personas son capaces de ejercer un exhaustivo control sobre los acontecimientos. Yo creo que la complejidad surge rápida e inesperadamente. Es mejor contemplar al Adán de esos días como un hombre asustado. Ha hecho lo que cree que está bien, y ahora ve cómo su mundo se descontrola.

Examinador. Una interpretación romántica.

Anaximandro: No; una interpretación pragmática. Adán iba dando traspiés. Sabía que no podía recurrir a nadie, y sin embargo, tras haber hecho una elección, era responsable de la vida de la chica a la que había salvado. Así que, por descuido, condujo a las fuerzas de seguridad hasta la cueva donde ella estaba escondida.

Examinador. ¿Qué pasó en esa cueva?

Anaximandro: Dudo que lleguemos a saberlo con certeza. Las fuerzas de seguridad tenían instrucciones estrictas de detener a Adán y Eva con vida, puesto que se temía que formaran parte de una conspiración mayor.

»El informe de Defensa oficial indica que les tendieron una emboscada bien planeada. Sin embargo, es evidente que las fuerzas de seguridad tenían buenos motivos para difundir esa versión. La otra posibilidad sería que no habían previsto que la cueva estaba ramificada, y que simplemente lanzaron su asalto por el túnel equivocado.

»Adán estaba con Eva al final del túnel más corto cuando los oyó entrar por el otro. Tenía la pistola de José, que había dejado en la cueva el día anterior. Si se quedaba donde estaba, lo descubrirían. Aterrorizado, se enfrentó a una simple elección: podía dejar a Eva e intentar escapar antes de que las fuerzas de seguridad se percataran de su error, o podía llevarse a Eva con él.

»Adán sabía que, dado el debilitado estado de la chica, si la llevaba con él no podría correr, pero aun así lo hizo. Sabemos, por el testimonio de Eva, que ella le suplicó que la abandonara y que él se negó a hacerlo.

»Era imposible que Adán lo consiguiera. Había centinelas apostados en la entrada, y los asaltantes no tardaron en percatarse de su error y dar media vuelta. La cueva estaba a oscuras, y las irregulares paredes dispersaban la luz de las linternas y creaban una confusión de ecos cuando los Soldados intentaban comunicarse unos con

otros. Más tarde, Adán reveló que creyó estar siendo atacado por ambos lados. Sea cual sea la verdad, sabemos que se agachó detrás de unas rocas y que abrió fuego sobre los Soldados que retrocedían.

»Los errores iban acumulándose. Las fuerzas de asalto no habían tenido en cuenta la escasa eficacia de las pistolas aturdidoras en el interior de una cueva. Las ondas expansivas rebotaban en las paredes, así que se encontraron disparando contra ellos mismos. El arma de Adán, en cambio, disparaba a matar. Por tanto, la matanza de once Soldados no tiene por qué indicar necesariamente, como insisten algunos, que Adán había recibido instrucción en técnicas avanzadas de combate por una célula secreta de insurgentes del Exterior. Se trató, más bien, de lo que en esa época los militares llamaban un "sinomepato": Situación Normal, Metedura de Pata Total.

«Llevaron a Adán y Eva a un centro de cuarentena, donde unos exámenes exhaustivos demostraron que ninguno de los dos había estado expuesto a ninguna variedad de peste conocida. Ese resultado no se hizo público; sólo se ofrecieron datos falsos según los cuales Eva presentaba un perfil de anticuerpos anormal, compatible con la exposición a la forma más virulenta de la enfermedad. Las autoridades aseguraron a la población que Eva no era portadora, pero que las pruebas reforzaban la versión oficial de que, en el Exterior, la peste seguía causando estragos en la población superviviente.

»Y así fue como empezó el juicio más famoso de la historia de la República.

Examinador. El juicio en sí no era estrictamente necesario. El deseo de las autoridades de interrogar a los cautivos es comprensible, pero no es verdad que no tuvieran otra alternativa que celebrar un juicio.

»La idea de realizar la investigación en privado, aduciendo que implicaba información confidencial, debió de ser tentadora. Como ha señalado al menos un historiador, ni siquiera había necesidad de informar al pueblo acerca del incidente. Hubo una decisión deliberada de convertir el juicio en un acontecimiento público. Explícanos por qué actuaron así las autoridades.

Anaximandro: Quisiera destacar la anterior conversación entre José y Adán en la torre de vigilancia. Allí, José manifiesta su creencia de que la peste puede haber desaparecido. Creo que esa actitud era típica de las generaciones más jóvenes.

»En esa época ya hacía más de veinte años que se había levantado la valla marina. La primera generación de la República había visto retransmisiones en directo de los horrores de la guerra, así como secuencias de los primeros ataques biológicos y sus repercusiones; también había contemplado las espectaculares puestas de sol y soportado los interminables inviernos de los años treinta y uno y treinta y dos. Y presenciado el repentino silencio, el final de todas las retransmisiones, los comienzos de la era de la duda. Creció bajo máscaras, contemplando la línea que marcaba la valla, y vivió aterrorizada pensando en el día en que el enemigo apareciera en el

horizonte. En esa época, cualquier viento del norte traía el miedo a que arrastrara las esporas de la enfermedad.

»En esa atmósfera, la República no tuvo problemas para mantener su estructura. La gente hacía lo que le mandaban porque todos trabajaban juntos, concentrados en una amenaza común, un enemigo compartido. Pero el tiempo pasa y el miedo se convierte en un recuerdo. El terror deviene rutina, pierde su fuerza.

»La gente empezaba a hacerse preguntas sobre el Exterior. Había quien incluso ponía en duda la República en sí. Había habido protestas, murmullos de descontento. Sólo tres semanas antes de la detención, habían abatido en plena calle a una mujer que trataba de proteger a su hijo de la eliminación.

»Lo más importante es que también a los líderes se los ponía en tela de juicio. La promesa de la República era que los mejores y los más inteligentes se convertirían en Filósofos, y que éstos, educados en el arte de comprender, promoverían políticas sensatas e inteligentes que beneficiarían a todo el pueblo. Había promesas espectaculares respecto al programa de Inteligencia Artificial. Aseguraban que una nueva raza de robots pensantes salvaría a la siguiente generación del esfuerzo del trabajo. Se promocionaba intensamente la política de «tus hijos no serán Obreros», pero, como suele pasar, cuanto mayor es la promesa, más sonado es el fracaso.

»En 2068, trece Soldados perecieron debido al mal funcionamiento de un prototipo de robot excavador que pasó por encima de un puesto de control. Eso condujo a un nuevo programa, donde el modelo de desarrollo socializado del filósofo William adquirió prominencia. El filósofo William vio las limitaciones de las redes basadas en la retroalimentación. Era un pensador radical, y creó un nuevo modelo que llamó emergencia caótica. En ese nuevo sistema, el propio programa era escrito por el instrumento de aprendizaje utilizando lo que hoy en día llamamos heurística en cascada.

»En 2073, su primer modelo ya interactuaba con hijos de Filósofos en una de las guarderías del norte. Durante seis meses, su conducta imitó, como era de esperar, la de los niños con quienes se relacionaba. Desarrolló habilidades básicas para el lenguaje, y un control motriz suficiente para participar en actividades y juegos sencillos.

»Los medios de comunicación de la República dieron mucha importancia a esos avances, y los Filósofos presionaban para llevar a sus hijos a la guardería experimental.

Examinador: Antes has comentado que la República no permitía que los padres conocieran a sus hijos.

Anaximandro: La naturaleza encuentra la forma de imponerse, y en 2068 se aprobó una ley que eximía a la clase de los Filósofos de esa privación. Quizá eso ayude a explicar por qué hubo quien vio en los sucesos del verano del setenta y

cuatro una especie de rudimentaria justicia. El robot de emergencia caótica recibió el nombre de *Evolución Tres*. Durante un sencillo juego del escondite —que irónicamente se realizó ante las cámaras a fin de incluirlo en un anuncio publicitario para apoyar el intento del filósofo William de hacerse con el consejo directivo—, atacó a sus compañeros de clase. Murieron siete niños y un tutor resultó gravemente herido antes de que la máquina fuera desactivada. Eso supuso el fin del programa de investigación y, aún más importante, otro golpe para la clase de los Filósofos y su administración de la República.

»A muchos historiadores les gusta señalar a Adán como el catalizador del fracaso de la República, pero lo cierto es que la propia República ya estaba fracasando, y el juicio representa el último intento de los Filósofos de impedir la revolución.

Anaximandro miró la hora. Le sorprendió ver lo rápido que habían pasado otros treinta minutos. Aquella era la materia que más dominaba, y sabía que su exposición empezaba a sonar más convincente.

Examinador. Ofreces una explicación muy verosímil de la decisión de la República de procesar a Adán públicamente, pero sus tácticas durante el juicio, evidentemente torpes, siguen considerándose un misterio. ¿Por qué salió todo tan mal?

Anaximandro: Me resisto a dar la respuesta que considero más cierta: que simplemente el destino conspiró contra ellos.

»Creo que es posible ser astuto y competente, y al mismo tiempo ser vencido por las circunstancias. Vuelvo, una vez más, a mi tema central. La teoría de la conspiración fracasa porque presupone que las personas poseen, en sí mismas, los medios para conseguir sus fines.

»Si bien es indudable que el juicio fracasó, no creo que se debiera a que el plan de la República resultase imperfecto. De hecho, dada la situación a que se enfrentaban —un apoyo de la opinión pública cada vez menor, un progresivo relajamiento de las normas y los procedimientos, la revolución que se respiraba en el aire—, creo que se siguió el mejor camino. Sin embargo, a veces hasta el mejor camino falla.

»El problema a que se enfrentaba el Consejo de Filósofos era inevitable. En sus inicios, la República había plantado las semillas de su propia destrucción. La primera máxima de Platón, con la que se abren los Estatutos de la República, reza lo siguiente: "Sólo en el Estado puede encontrar el Pueblo su plena expresión. Porque el Pueblo es el Estado, y el Estado es el Pueblo." Los fundadores de La República pretendían negar al individuo, y al hacerlo ignoraron una sencilla verdad.

»Lo único que une a los individuos son las ideas. Las ideas se transforman y extienden; cambian a sus portadores tanto como sus portadores las cambian a ellas.

»Los fundadores creyeron que apartando a los niños de sus familias y separando a las parejas podrían romper las lealtades naturales, para sustituirlas por la lealtad hacia

el Estado. Pero hubo muchos efectos no previstos. Obligaban a la gente a vivir separada por sexos en grandes comunas. Los ciudadanos comían, jugaban, dormían y trabajaban juntos; y hablaban entre ellos. La República había creado una incubadora de nuevas ideas. Aunque la República podía controlar la información que entraba en las comunas, no podía controlar cómo esa información se procesaba dentro de la cabeza de los hombres y mujeres que visitaba.

»Platón ya era un anciano en esa época, y Helena había muerto. La lugarteniente de Platón, una mujer llamada Aristóteles, era quien tomaba las decisiones. Sus notas personales, registradas regularmente a lo largo de todo ese período, muestran que era muy consciente de las ideas que se estaban asentando. En un memorando a Platón, fechado cuatro meses antes del juicio de Adán, escribía: "Queremos que el pueblo sirva al Estado por encima de todo, pero hemos tardado en comprender los límites de esa ecuación. Hasta el animal más dócil se vuelve arisco si descuidamos sus necesidades. El pueblo ya no cree en la amenaza que antaño se cernía sobre él, y se ha acostumbrado al nivel de sustento que se le ha proporcionado. Se ha vuelto displicente y su pensamiento se ha dedicado a otras cosas. En las comunas la gente habla en susurros. Esos susurros son algo vivo que se agita y crece secretamente. La gente habla de alternativas, de oportunidades, de libertad. La gente habla de cambiar su mundo."

»Eso explica claramente el reto a que se enfrentaba el Consejo, un reto que nunca superarían, pero tenían que intentarlo.

»Su intención al procesar a Adán era plantear una nueva amenaza a la gente. Querían inventar pruebas para presentar a Adán como parte de una conspiración mayor. Querían inquietar al pueblo, hacerle creer que la peste había mutado hacia una forma más virulenta, y que esa brecha que se había detectado no era la primera. Querían insinuar que los Intrusos ya se encontraban entre ellos, y que tramaban una invasión a gran escala.

»Es decir, querían devolver a la gente al nivel de preocupación e inseguridad que había sostenido el establecimiento de la República. "El cambio implica deterioro", la segunda máxima. El perfil de Adán lo convertía en el candidato perfecto. Había causado problemas en el pasado; se sabía que era un solitario, que no tenía amigos y que era rebelde. Los líderes cometieron un error de perspectiva. Dieron por hecho que porque Adán representaba todo aquello que ellos temían, la gente también lo temería. No tuvieron en cuenta su encanto. No previeron que la gente lo convertiría en un héroe.

»Las sesiones del juicio se emitieron en todas las comunas. La gente se obsesionó con el juicio, tal como esperaba el Consejo, pero su opinión pronto discrepó del guión oficial.

»Adán no parecía un traidor. Era un joven atractivo, con una sonrisa desarmante.

Declaró ante el tribunal que cuando vio a la chica en un bote a la deriva hacia la línea de explosivos, vio a las hermanas que nunca conocería, a las amantes que no podía ver en público. Dijo que se dejó llevar por el corazón, que tuvo que hacer lo que creyó que estaba bien, que el bien común sólo podía encontrarse buscando en el interior. Y añadió que una noche, en la cárcel, soñó que la Gran Valla Marina se derrumbaba.

»Así pues, el juicio fue un desastre para el Consejo. Habían previsto que concluyera con una ejecución pública, pero la segunda semana ya comprendieron que esa decisión sólo provocaría disturbios. El Consejo estaba firmando su propia sentencia de muerte cuando apareció el filósofo William.

»Si les parece bien, considero que ahora es importante retroceder un poco en el tiempo. Aunque *Evolución Tres* había fracasado de plano y, oficialmente, la investigación sobre Inteligencia Artificial había terminado, el programa seguía desarrollándose en secreto.

»Muchos personajes influyentes todavía creían que la República sólo podría salvarse mediante un nuevo tipo de robot, un robot suficientemente avanzado para poder confiarle las tareas de los Obreros y los Soldados. Razonaban que los únicos que tenían motivos para rebelarse eran los escalafones más bajos, y que por tanto una sociedad estable sería aquella donde no hubiera seres humanos en los niveles inferiores. Aristóteles, pese a no ser una exponente destacada de esa opinión, al menos estaba abierta a ese razonamiento.

»Antes de explicar dónde encajaban las investigaciones del filósofo William, permítanme mencionar brevemente algunos aspectos técnicos. Durante las primeras etapas de su desarrollo, al menos hasta finales del siglo xx, la industria de la Inteligencia Artificial se había enfrentado a un déficit de imaginación. Como los investigadores daban por hecho, erróneamente, que sus primeros ordenadores eran buenos modelos para la imitación del cerebro, perseveraron en sus intentos de programar máquinas pensantes. No fue hasta la segunda década de este siglo cuando científicos y artistas empezaron a trabajar juntos y a comprender la naturaleza de lo que ahora llamamos complejidad emergente. "No podemos programar una máquina para que piense —era el eslogan de la empresa pionera de *Artfink*, en la que William aprendió su oficio—, pero podemos programar una máquina para que se programe mediante el pensamiento."

»Todavía había que dar un gran salto para empezar a desarrollar prototipos capaces de trabajar, y los primeros intentos fueron rudimentarios, en su mayoría fallidos. Sin embargo, el filósofo William, que era un genio en su campo, había perseverado. En el momento del juicio de Adán, estaba seguro de haber producido un nuevo tipo de *Artfink* capaz de desarrollar una genuina inteligencia interactiva.

»El problema de William era que, como ocurre con los niños, ese desarrollo

requería una amplia interacción humana. El *Artfink* necesitaba un compañero a quien observar, con quien hablar y de quien aprender. William llevaba más de cuatro años educando en secreto a su nuevo prototipo, y los resultados obtenidos habían superado todas las expectativas.

»Con todo, el Filósofo temía que el avance de su prototipo, al que llamó Arte (y a partir de ahora le seguiré la broma), pudiera estancarse. Explicó sus temores en la siguiente entrada de su diario: "Aunque he creado a Arte, no lo entiendo. Este es el resultado correcto y adecuado de mi proceso de investigación. El desarrollo de Arte me ha proporcionado sorpresas diarias, pero últimamente he comprobado que el ritmo de sorpresas ha disminuido. Que su comportamiento haya entrado en un patrón predecible no es en sí mismo alarmante; al fin y al cabo, es lo que deseáramos de cualquier niño en proceso de desarrollo. Pero mi preocupación consiste en que hemos llegado al período de estancamiento demasiado deprisa. Quizá escriba esto con la parcialidad de un padre excesivamente orgulloso, pero estoy seguro de que mi invento es capaz de conseguir mucho más. A mi modo de ver, el problema es que yo, que soy quien creó el programa, también tengo que dar forma a su desarrollo. Si Arte ya no me sorprende, sin duda se debe a que yo ya no lo sorprendo. Es crucial que reciba una influencia externa antes de que se cierren sus mecanismos de complementación y adecuación; si eso sucediera, le ocurriría lo mismo que a un niño privado de estímulos, cuya curiosidad acaba atrofiándose. Desgraciadamente, después del incidente de la guardería, no resultará fácil encontrar a un voluntario suficientemente ágil para este proceso."

»Entonces William vio el juicio de Adán retransmitido en directo y se le ocurrió la solución perfecta. Habló con el Consejo y le propuso que, cuando llegara el momento de dictar sentencia, le ofrecieran un trato a Adán. No sería ejecutado ni encarcelado en condiciones normales, sino que le ofrecerían la oportunidad de reparar el daño causado realizando una contribución excepcional a la sociedad: se convertiría en el compañero a tiempo completo de Arte, en un entorno seguro y controlado.

»La medida sería presentada como un gesto de indulgencia ante los defensores de Adán, además de un reconocimiento de sus extraordinarias cualidades. Ante sus detractores, como un período de prisión con cualquier otro nombre, exagerando el riesgo inherente.

»Está claro que, al plantear esa propuesta, William no mostraba una preocupación especial por el futuro de la República. Lo movía únicamente su deseo de ver cómo su criatura desarrollaba todo su potencial antes de que a él, por entonces ya un anciano, lo alcanzara la muerte.

«Resultaba obvio que Adán era un individuo inteligente y provocador, exactamente el tipo de estímulo que Arte necesitaba, y mejor aún: no estaba en posición de negarse. Del mismo modo, el Consejo, al considerar la propuesta del

Filósofo, no dedicó mucho tiempo a valorar las posibles consecuencias para el programa de Inteligencia Artificial. Su único criterio para tomar la decisión fue: la escalera que nos ofrecen, ¿nos permite salir del agujero en que nos encontramos?

Examinador. ¿Y qué le pareció a Adán la propuesta?

Anaximandro: Creo que sus palabras exactas fueron: «Prefiero eso a morir.»

De pronto, el Examinador Jefe se enderezó y se volvió hacia el colega de su izquierda, y luego al de su derecha. Asintió con la cabeza.

Examinador. Ha terminado tu segunda hora. Propongo otro descanso.

Capítulo 3

La puerta corredera se abrió, y esta vez Anax salió de mejor humor. Entre contarles la historia a los Examinadores y contársela a Pericles en una de sus interminables sesiones de preparación no había mucha diferencia.

No había nadie en la sala de espera y se quedó allí sola con sus pensamientos, que se dirigieron hacia su querido tutor y el día que se conocieron.

Anax tenía un sitio favorito, una colina que se alzaba en las afueras de la ciudad. Paseaba hasta allí a menudo, después de las clases. La mayoría de las veces iba sola. No era una solitaria, pero a sus amigos no les gustaba caminar. «Os perdéis una puesta de sol fabulosa», les decía ella en un mensaje, pero la respuesta siempre era la misma: «¿Y qué? Descárgatela.» Era el insulto de moda en esa época.

Fue durante esos últimos años escolares cuando Anax empezó a percatarse de que no era como los demás. No entendía la calculada despreocupación que apareció un buen día y se extendió entre sus compañeros de clase como la peste. Era como si ella se hubiera perdido toda una etapa de desarrollo.

Intentó explicárselo a su mejor amiga, Tales.

—Creo que me pasa algo raro.

—¿Qué quieres decir?

—No sé, creo que no soy como vosotros. Todavía me gusta lo que estudiamos. No entiendo las cosas de que habláis. Los chismes. Me gustaba como era antes. Echo de menos los juegos.

—No te preocupes. Lo que pasa es que estás tardando un poco más en madurar —le dijo Tales, como si tuviera la certeza de que su amiga pronto lo superaría. Anax no estaba tan segura.

Así que ese verano, todas las tardes después de clase, en lugar de volver a toda prisa a su apartamento para conectarse a algún chat virtual —lo que para ella tenía el mismo atractivo que ver pasar una tormenta eléctrica—, se iba a la colina. No lo hacía sólo por las puestas de sol, aunque éstas eran cada vez más espectaculares a medida que los días se alargaban y se extendía la neblina procedente del norte. También lo hacía por la brisa que soplaba del mar, por la sensación de estar de pie en el límite del mundo, y asimismo por el paisaje. Desde la cresta de la colina se veía el agua plateada y centelleante, y destacados contra el agua, oscuros, los contornos oxidados de los enormes pilones que antaño sostenían la Gran Valla Marina. Hacia el oeste, las ruinas de la Ciudad Vieja, cubierta de maleza y desmoronándose, reclamada por la tierra. Era un paisaje bonito, pensaba Anax, aunque nunca había oído a nadie describirlo así.

En el último curso animaban a los mejores candidatos a especializarse. Anax era una buena estudiante, aunque no la mejor de su clase. Su especialidad, «la Leyenda

de Adán», no era muy original. Era una historia que todos los alumnos conocían desde la enseñanza primaria. Nadie se sentía atraído por ese tema como Anax. Ella sabía que ésa era la verdadera razón por la que le gustaba aquella colina. La vista del océano, la vista que él había vigilado desde su torre. La ciudad muerta, el lugar al que él volvía todas las noches para comer, discutir, seducir. Los restos de la Gran Valla Marina, la valla de Adán. Todos los días Anax estudiaba minuciosamente los detalles de su vida en la escuela, y luego subía a la cresta de la colina y seguía pensando en él.

Nunca se había encontrado con nadie allí arriba. El camino era estrecho y estaba mal señalizado. Escaneó al desconocido desde lejos, intranquila. Llegado el caso, podía pedir ayuda mediante el comunicador, pero tardarían demasiado en llegar. Eran tiempos apacibles, pese a lo cual todavía circulaban historias y se fomentaba la prudencia.

El la escaneó también y, aparentemente satisfecho, centró su atención en la puesta de sol. Así fue como vio por primera vez a Pericles: con la cara al viento, que le alborotaba el largo y enredado pelo, iluminado por la extraña luz verdosa de un cielo que se apagaba.

Ella habló primero.

—Me llamo Anax.

—Eso decía el escáner.

—Sólo pretendía ser educada. Y tú ¿te llamas Pericles?

—Así es.

—¿Qué haces aquí, Pericles?

—Contemplar la puesta de sol.

—Nunca te había visto por aquí.

—Ni yo a ti.

—Vengo todos los días.

—Yo no. Supongo que por eso nunca nos hemos encontrado.

Eso era típico de sus conversaciones. Hablar era un juego para él, y cuando empezabas a jugar se volvía adictivo. Pericles no hablaba de las tonterías que interesaban a los amigos de Anax. Escogía las palabras cuidadosamente, por su sonido o por la forma de las ideas que incorporaban. Al menos así era como él lo describía.

Era cinco años mayor que Anax, y atractivo. Juntos contemplaron cómo la tierra le daba la espalda al sol, y luego él la acompañó hasta la Ciudad Nueva. Cuando llegaron al final del camino, Anax ya sabía que quería verlo de nuevo. Era un descaro insólito en ella, pero no pudo contenerse. Oyó sus propias palabras y sintió una oleada de alivio al ver que la sonrisa de él se ensanchaba.

—¿Subirás mañana?

—Si subes tú —contestó él.

—Ya te he dicho que vengo todos los días.

—Entonces nos vemos allí.

Anax no envió ningún mensaje a sus amigos para contarles lo ocurrido. De hecho, no mencionó el encuentro a nadie. Era una sensación demasiado nueva para ella, demasiado extraña y demasiado frágil. Si la dejaba salir al mundo, seguro que se haría añicos.

Pericles subió a la cresta de la colina al día siguiente, y al siguiente. Anax le habló de sus estudios, de Adán, de todo lo que veían desde allí que podía relacionarse con él. Entonces fue cuando Pericles le dijo que era tutor de la Academia. Anax se sintió como una idiota y se disculpó por aburrirlo hablando de cosas de las que él debía de saber mucho más que ella. Cortés, Pericles replicó que sus conocimientos y su entusiasmo eran sorprendentes. Ella no lo creyó, sabía que sólo lo decía por educación, pero aun así sintió una gran ternura. Pericles le aconsejó que solicitara el ingreso en la Academia. Y añadió que él estaba dispuesto a ser su tutor.

Anax pensó que era una broma. Sólo los mejores de los mejores podían solicitar el ingreso en la Academia, y de los que terminaban los tres años de enseñanza, menos de un uno por ciento era admitido. Ella no era de esa clase de estudiantes.

—No estés tan segura —le dijo Pericles.

—Aunque fuera lo bastante buena, y no lo soy, no podría pagar la matrícula.

—Yo podría buscarte un patrocinador.

—No, de verdad. No lo digas ni en broma. Te estás burlando de mí, ¿verdad? Eres cruel. No deberías ser tan cruel.

—No —repuso él con aquella hermosa y serena voz que la acompañaría los próximos tres años de su vida—. No estoy bromeando. Yo jamás haría eso.

Pericles cumplió su palabra. Le dio unos expedientes para estudiar y concertó una evaluación preliminar. Anax se sorprendió a sí misma y sorprendió a sus maestros y compañeros de clase al obtener el percentil más elevado. A partir de ahí, encontrar un patrocinador fue sencillo.

Y eso fue lo último que resultó sencillo para Anax. Prepararse para el examen resultó mucho más difícil de lo que imaginaba, pero Pericles la ayudó en todo. Cuando ya no podían más, subían a la cresta de la colina y se quedaban allí de pie, en silencio, contemplando el pasado.

Anax volvió mentalmente a la colina. Eso la relajó. La Academia era la institución más elitista del Estado. Sus miembros daban consejos a los gobernantes. Eran quienes dirigían los experimentos y ampliaban el conocimiento. Formulaban el programa del futuro.

Pericles siempre le había dicho que tenía más capacidad de la que ella creía, y ahora Anax, enfrentada por fin al examen, podía dejar de dudarle. Conocía muy bien esa historia. No podía imaginar que pudiera conocerla mejor. No decepcionaría a su

tutor.

Oyó la puerta y abrió los ojos. Volvió a situarse ante los Examinadores.

Examinador. En esta parte del examen hablaremos con cierto detalle, como es lógico, del tiempo que Adán pasó con Arte. ¿Tienes preparado un holograma?

Anaximandro. Sí. Tengo dos cargados y listos para la proyección.

Los candidatos tenían que preparar dos hologramas que ilustraran un aspecto de la vida estudiada. Pericles había propuesto la conversación entre Adán y José en la torre de vigilancia para el primero, pero Anax había preferido centrarse en las conversaciones entre Arte y Adán.

Examinador. ¿Y qué has utilizado como fuente para estudiar este período?

Anaximandro: Las transcripciones facilitadas por la Asamblea Oficial, por supuesto, y también todos los comentarios que he encontrado. Me he carteadado con dos autores de interpretaciones muy recientes, pero todo eso está en mi trabajo preliminar, así que quizá se refiera usted a otra cosa.

»Antes de diseñar el holograma, comenté extensamente las transcripciones con mi tutor Péneles. Especulamos sobre lo que pudo haber sucedido durante las numerosas sesiones que no fueron grabadas. Aplicamos el método socrático a nuestras propias interpretaciones, cuestionándonos mutuamente, poniendo a prueba nuestra comprensión. Lo que he encontrado, lo he encontrado poniéndolo primero en duda. ¿Se refería usted a eso?

Examinador. ¿Podrías decirnos cuál fue la mayor dificultad que encontraste cuando preparabas el holograma?

Anaximandro: Creo que el problema a que ha de enfrentarse cualquiera que prepare esta clase de presentaciones. La transcripción con que trabajaba sólo eran palabras escritas en una hoja. No me aportaba ninguna información sobre cómo se miraban los dos participantes mientras hablaban; sobre las entonaciones, el acento o el ritmo que empleaban; sobre sus gestos y actitud.

Examinador. ¿Y cómo superaste ese problema de interpretación?

Anaximandro: Intenté comprender sus intenciones. Creo que todo fluye a partir de la intención.

Examinador. ¿Las intenciones de ambos participantes?

Anaximandro: Eso es.

Examinador. Seguiremos con las preguntas cuando hayamos visto el holograma. Vamos a ponerlo.

Anax vio cómo el hombre y la máquina tomaban forma ante ella: las imágenes que tan concienzudamente había creado durante interminables horas de retoques y ajustes.

Pericles no había podido acompañarla en esas circunstancias: el reglamento lo prohibía. Quizá eso explicara la pasión que había vertido al esculpir a Adán. Había trabajado a partir de imágenes de archivo, pero ahora, al mirar la imagen de aquel hombre, se cohibió por las licencias que se había tomado.

A los dieciocho años, el rubio cabello de Adán había empezado a oscurecerse, pero ella le había devuelto su claridad original. Los ojos, oscuros como en las fotografías, eran de un azul penetrante, a juego con su traje de recluso. Anax nunca había visto un holograma con el nivel de definición que lograba el proyector de aquella sala. Dio un paso atrás, impresionada por su nitidez. Era como si ambos se encontraran realmente ante ella: el hombre y la máquina.

Adán, con las manos esposadas a la espalda, estaba sentado en el suelo con las rodillas contra el cuerpo, evitando mirar a Arte, negándose a reconocerlo.

Con el androide, Anax se había tomado menos libertades. De robusto cuerpo metálico, le llegaba por las rodillas a Adán y se sostenía sobre una estructura de tres orugas extensibles, como las primeras desarrolladas en la industria de los residuos. Sus dos largos y vigorosos brazos hidráulicos terminaban en manos de tres dedos — un guiño a la pasión del filósofo William por los cómics preclásicos—. Lo más espectacular era la travesura de la cabeza. Arte tenía cara de orangután: unos ojos muy abiertos y una boca con las comisuras caídas; su mirada era inquieta y su dentada sonrisa, burlona; y todo ello enmarcado por una espesa mata de pelo naranja.

Las dos figuras estaban inmóviles, de pie entre Anax y la mesa del tribunal.

Examinador. ¿Qué período representa exactamente este holograma?

Anaximandro: Corresponde al primer día. Veinte minutos después de que condujeran a Adán al laboratorio. Nadie ha hablado todavía.

Examinador. Gracias.

Arte describió un círculo alrededor de Adán, con la cabeza ladeada en un gesto de fingida curiosidad. El zumbido de sus mecanismos motrices invadió la habitación. Adán apretó las mandíbulas y agachó la cabeza negándose a reaccionar. La voz del androide, cuando habló, sonó más alta de lo que habría cabido esperar, y los finales de las palabras eran excesivamente cortados. (Eso encajaba con la única grabación fiable que, según decían, se había conservado, y que Anax había obtenido tras un largo mes de negociaciones.)

—Así que ése es tu plan, ¿eh? —preguntó.

Adán se quedó mirando fijamente la pared que tenía delante, sin contestar.

—Quizá quieras replantearte tu táctica —continuó Arte—. Si se trata de esperar a que el otro se dé por vencido, mi programa me proporciona cierta ventaja.

El androide esperó, pero seguía sin obtener respuesta. Continuó describiendo un círculo alrededor de Adán, obligándolo a mirarlo. Adán levantó un momento la cabeza y miró aquellas facciones elásticas y simiescas, y luego bajó la mirada al suelo.

—Lo que quiero decir es que tengo más paciencia que tú —lo pinchó Arte—. No puedes ganar no haciendo nada.

—Si tanta paciencia tienes —masculló Adán de forma apenas audible—, ¿por qué hablas? ¿Por qué no te limitas a esperar?

—La paciencia no es mi única virtud. También soy un buen estratega.

—Por lo que dices, no parece que me necesites para nada.

—No, pero tú me necesitas a mí.

—Creo que te equivocas.

El androide retrocedió sin apartar la vista del prisionero. Se quedó quieto, observando con atención; aparentemente inerte, salvo por algún parpadeo ocasional que ponía nervioso.

—¿Qué piensas que harán si ven que no cooperas?

—Si quisieran ejecutarme ya lo habrían hecho —repuso Adán con la cabeza gacha, sin disimular su rabia—. Es una cuestión política.

—Sin embargo, ya que estás aquí, es una lástima que no aproveches la oportunidad.

—Me perdonarás, pero yo no lo veo así.

—¿Por qué no me miras? ¿Te doy miedo?

—Ya sé qué aspecto tienes. ¿Para qué voy a mirarte?

Arte se desplazó por la habitación produciendo un zumbido y observó al prisionero desde otra posición. Adán siguió sus movimientos, receloso. Hubo un largo silencio que duró al menos un minuto, pero no estaba anotado en la transcripción. Anax había improvisado. Ahora, su duración la puso nerviosa.

—Mira, podríamos ser amigos —dijo por fin Arte con voz más débil, menos segura.

—Eres una máquina.

—A veces no se está en posición de exigir nada.

—Preferiría hacerme amigo de mis manillas, o de la pared. —Adán miraba la pared mientras hablaba, como si sólo estuviera pensando en voz alta.

Anax miró a Arte, cuyos enormes ojos se llenaron de tristeza, y no pudo evitar compadecerlo. Apartó esa idea y se concentró en adivinar por dónde vendrían las preguntas de los Examinadores.

—Tú decides.

—Ya.

—Entonces te dejas con tus manillas. Pero si cambias de idea, ya sabes dónde encontrarme. Esperaré. Tengo mucha paciencia. Tenemos tiempo.

Adán se removió y cambió de postura, pero siguió sentado en el suelo. Respiró hondo y soltó un largo suspiro de frustración. Cerró los ojos. Arte volvió a hablar:

—Tus manillas te tienen mucho apego. Supongo que eso es bueno. Así es como deben ser los amigos.

—Preferiría que estuvieras callado.

—Sabes que eres un prisionero, ¿verdad? —replicó Arte con cierta aspereza—. Sabes que tus preferencias no tienen importancia, ¿no?

Adán se volvió hacia el androide, que se retiró un poco, como si ese movimiento lo hubiera asustado.

—¿Hacemos un trato?

—Sólo soy una máquina ¿De qué serviría hacer un trato?

Adán ignoró la burla.

—Si hablo contigo ahora, si te doy diez minutos, ¿prometes no decir nada más durante el resto del día?

—Tendrán que ser quince.

—Tu programador era muy concienzudo, ¿verdad?

—Yo me autoprogramo, y acepto el cumplido.

—La autoprogramación no existe.

—Tú te autoprogramas.

—Yo no soy una máquina.

De pronto, Arte se desplazó hacia delante y la emoción iluminó sus ojos. Adán retrocedió.

—Me gustaría hablar de eso —dijo Arte.

—¿De qué?

—De qué es lo que determina que una máquina sea una máquina. Cuando empiecen a correr los quince minutos.

—Ya han empezado.

—Entonces ¿aceptas que sean quince?

Adán sonrió.

—Vale, pero han empezado hace cinco.

—Ya. Muy listo.

—Eres espantosamente feo. Lo sabes, ¿no? —Adán se inclinó al hablar, como un boxeador midiendo la distancia con su oponente.

Arte respondió con su dentada sonrisa. Le colgaba saliva del labio inferior, un

alarde de concienzudo diseño que rayaba en la perversidad.

—Estoy programado para encontrarme atractivo.

—¿No decías que te autoprogramas?

—Fue una buena idea, ¿no crees?

—Que no te veas feo no significa que dejes de serlo.

—Una afirmación interesante. Justifícala.

—Si traemos aquí a veinte personas, todas dirán lo mismo. Dirán que eres feo.

—Trae a veinte como yo —replicó el androide— y todos diremos que tu culo es más bonito que tu cara.

—No hay veinte como tú.

—No; tienes razón. Soy único. Por eso puedo decir, sin temor a equivocarme, que todos los androides te encuentran feo. No todos los humanos me encuentran feo. Así que teóricamente soy más guapo que tú, según criterios objetivos.

Adán lo miró de arriba abajo, como si buscara alguna pista en su armazón externo, algo que explicara mejor ese extraño fenómeno. Los ojos de Arte lo advirtieron.

—Tienes que seguir hablando. Si no, no cuenta. Pararé el reloj para descontar los silencios.

Adán no contestó. Se volvió hacia la pared. Frunció el entrecejo y todo su rostro se ensombreció.

—Esto es ridículo —masculló.

—¿Qué es ridículo?

—Hablar contigo. Me niego a seguir. No tiene sentido.

—El sentido que tiene es el trato que hemos hecho. Hablando conmigo consigues mi silencio.

—Si no hablo contigo conseguiré lo mismo.

—Creo que te sorprenderías de lo molesto que puedo llegar a resultar. ¿Por qué no quieres hablar conmigo?

—Ya lo sabes.

—Es porque tienes prejuicios, ¿verdad? Tienes prejuicios respecto a la Inteligencia Artificial.

—La Inteligencia Artificial no existe —respondió Adán, molesto por participar de nuevo en la conversación pero incapaz de abstenerse—. Son términos contradictorios.

—Si yo fuera una mujer, no te opondrías a hablar conmigo.

—Si fueras una mujer y tuvieras esa cara, primero necesitaría tomar un par de copas. ¿Puedes conseguirme una copa?

—Ya sabes que los Soldados tienen prohibido beber.

—Ya no soy Soldado. Me han despojado de mi rango.

—No creo que aprobasen que me programara un borracho.

—No te estoy programando.

—Sí lo haces. Mediante mi interacción con los demás aprendo quién soy. Hasta ahora sólo he interactuado con William. No me malinterpretes: lo quiero como a un padre, pero, con el tiempo, todos los niños deben labrarse su propio camino en el mundo, ¿no te parece? Perdona, ha sido una falta de sensibilidad por mi parte mencionar a los padres. Eso es culpa de William. Él creció en otra época. ¿Alguna vez has deseado haber nacido antes de la República?

—No creas que voy a hablar de política contigo.

—¿Por qué no? —repuso la máquina ladeando la cabeza para aparentar curiosidad.

—Nos están observando. No soy imbécil, ¿vale? Sé de qué va todo esto.

—¿De qué va?

—¿De qué va todo? Propaganda. Esto lo están emitiendo en las comunas, ¿no?

—Ese es un punto de vista muy paranoide.

—Ya te puedes callar. El juego ha terminado.

—Todavía no se ha agotado el tiempo.

—No me han dado ningún reloj; tengo que calcular el tiempo a ojo. Calculo que ha pasado una hora. ¿Es así?

—Siete minutos.

—Más los otros cinco. Casi no te queda tiempo.

—Al final te gustaré, y entonces querrás hablar conmigo todo el rato.

—¿Eso te dijo papaíto William? Su último robot era un infanticida, ¿no?

—¿Eso te pone nervioso?

—Tengo cosas mejores de que preocuparme.

—No deberías preocuparte. Los problemas técnicos fueron detectados. Por primera vez desde hace cuarenta años, los argumentos del debate sobre el círculo de conciencia procesada...

—¿Qué has dicho?

—Conciencia procesada. Es el estudio de la réplica artificial de estados de conciencia.

—La conciencia artificial no existe.

—Yo tengo conciencia.

—No, no la tienes. —La convicción ardía en la mirada de Adán—. Sólo eres una compleja serie de dispositivos electrónicos. Yo produzco un sonido, el sonido entra en tus bases de datos, se lo compara con cierta palabra grabada y tu programa escoge una respuesta automatizada. ¿Y qué? Hablo contigo y produces un sonido. Si le doy una patada a esta pared, también producirá un sonido. ¿Qué diferencia hay? ¿O vas a decirme que la pared también tiene conciencia?

—No sé si la tiene. ¿Por qué no se lo preguntas?

—Vete al cuerno —gruñó Adán, pero el androide no se desanimó.

—Creo que tengo conciencia. ¿Qué más necesitas?

—Eso es sólo porque te han programado así.

—No lo niego. ¿Y cómo sabes que tú tienes conciencia?

—Si pensaras de verdad no tendrías que preguntármelo. Si tuvieras conciencia, lo sabrías.

—Creo que la tengo —insistió Arte—. Creo que lo sé.

—Se ha acabado el tiempo —declaró Adán.

—Me queda un minuto.

—Vale, dedicaremos ese minuto a discutir sobre la fiabilidad de tu reloj.

—Al menos yo tengo reloj.

—Yo he estado contando por mi cuenta.

—Y si se me ha terminado el tiempo, ¿por qué sigues hablando?

Adán lo miró sin pestañear; sus labios componían una sonrisa forzada y la tensión se revelaba en su mandíbula. El silencio llenó el vacío entre ambos. Una lágrima brotó de un ojo de Arte y resbaló por su cara, oscura y surcada de arrugas.

Los Examinadores detuvieron el holograma, y la imagen se mantuvo inmóvil en el aire, a punto de disolverse. Anax se volvió hacia el tribunal. Intentó disimular un sentimiento que no podía explicar, el mismo que la abordaba cada vez que veía esa parte del holograma.

Examinador. Un detalle interesante. Te interrumpiremos cuando consideremos necesario interrogarte sobre tu interpretación. ¿Por qué llora Arte en ese momento? Eso no se menciona en la transcripción.

Anaximandro: La transcripción apenas menciona las expresiones. Pero a mí me parece evidente que a los programadores les interesaba que Adán interactuase con Arte, y que estaban dispuestos a utilizar todos los trucos a su disposición.

Examinador. Los historiadores han discutido mucho sobre los sentimientos de Adán hacia su mecanizado compañero. ¿Qué crees que está sucediendo en esa primera fase?

Anaximandro: Adán está enfadado; eso resulta obvio en la transcripción. La agresividad de sus locuciones no deja lugar a dudas. Cabe preguntarse a qué clase de rabia nos enfrentamos. ¿Una rabia heroica? ¿Una cuestión de principios? No lo creo. He preferido no representar la rebeldía que tan a menudo se le ha atribuido en ese momento. No creo que Adán adoptase una actitud desafiante. Creo que estaba asustado.

Examinador. ¿Y cuál es tu reacción personal ante esa debilidad?

Anaximandro: No sabía que se requería una reacción personal. Como historiadora sólo intento...

Examinador. ¿Cómo te sientes al verlo así?

El Examinador habló con brusquedad y Anax se puso nerviosa. ¿Una reacción personal? Al historiador no le correspondía ofrecer una reacción personal. Habría sido imprudente hacerlo, aunque se lo exigieran. Trató de esquivar la pregunta.

Anaximandro: Me siento insegura. Por eso la preparación del holograma me resultó tan difícil. No sé cómo me siento. Mis sentimientos son ambiguos. No importa cómo retrate a Adán: siempre creo que estoy descuidando algún aspecto de su comportamiento. Es como si fuera una niña pequeña que intenta componer un rompecabezas sin saber que falta una pieza. Lo siento, ya sé que suena como una respuesta evasiva.

Examinador. Tu holograma habla con elocuencia por ti. Veamos cómo has tratado lo que ocurre a continuación.

La imagen adquirió definición; ambos personajes estaban inmóviles.

Examinador. ¿Cómo se siente ahora Adán? Explícalo con tus propias palabras. En este preciso momento.

Anaximandro: Creo que Adán está furioso consigo mismo por haber entablado conversación con el androide. Cree que lo que están haciendo es un error. Como saben ustedes, definiendo un modelo de Adán intuitivo frente al modelo calculador. Adán cree que es una injusticia que lo hayan arrestado sólo por haber seguido el dictado de su corazón. Cree que su negativa a cooperar con el plan beneficiará su propia defensa.

»También está un poco sorprendido. Según resulta de la sentencia, el filósofo William declaró que Arte todavía estaba en una fase temprana de desarrollo y que podía compararse en muchos aspectos con un niño; sin embargo, el Arte que hemos visto es ya un agudo razonador. Eso probablemente impresionó a Adán, ya que los Soldados sólo mantenían contacto con las formas de androide más primitivas. Resulta fácil olvidar el profundo desafío que eso debía de suponer para la forma de pensar de un hombre como Adán, en aquella época. Creo que Adán tiene miedo. He intentado representarlo.

Examinador. ¿Le tiene miedo a Arte?

Anaximandro: Creo que entiende lo difícil que será para él tratarlo sólo como una máquina.

Examinador. Gracias. Ahora veremos la siguiente sección.

Adán se sentó de cara a la pared; todavía llevaba las manos esposadas a la espalda. Su semblante se había ensombrecido. Se mecía lentamente adelante y atrás.

Arte estaba quieto en el centro de la habitación; sólo el rápido movimiento intermitente de sus ojos delataba su estado de vigilia.

La acción se produjo de repente. Con un fluido movimiento, Adán se dio la vuelta

y se puso en pie.

No le habían quitado las botas, un extraño error. La patada fue brutal y bien dirigida.

La cabeza de Arte se desprendió del torso de metal. Los ojos se le pusieron en blanco. Salieron chispas de los cables que asomaban por el desgarrón del cuello.

Los guardias irrumpieron prestamente en la habitación. Derribaron a Adán, boca abajo en el suelo. Le hincaron una rodilla entre los omóplatos, haciéndolo gruñir de dolor.

Entonces, el detalle más truculento: el cuerpo del androide empezó a registrar sistemáticamente la estancia, buscando a tientas su cabeza. Tras localizarla, se la puso bajo el brazo y salió de la habitación produciendo un zumbido. Adán presenció toda aquella escena surrealista. Estaba temblando.

Examinador. Eso es sorprendente.

Anaximandro: ¿En qué sentido?

Examinador. Tenías instrucciones de representar el registro escrito. Has añadido muchos adornos.

Anaximandro: Hay referencias a ese episodio en toda la transcripción.

Examinador. No hay ninguna referencia a la reacción de los guardias. Ni a la localización de la cabeza. ¿Acaso piensas dedicarte a la industria del espectáculo?

Anaximandro: Suele olvidarse fácilmente lo extraño que todo eso debió de parecerle a Adán. Lo que pretendo es representar esa extrañeza.

Examinador. ¿Y esas florituras? ¿Hay más?

Anaximandro: Puede describirlas así, pero yo preferiría no hacerlo.

La sorpresa que se reflejó en el rostro de los Examinadores no fue nada comparada con la que sintió Anax. Había contradicho al tribunal. No tenía ni idea de dónde habían salido sus palabras, ni qué significaba esa extraña satisfacción que sentía. El tribunal estaba esperando una disculpa. Anax no la ofreció.

Anaximandro: La siguiente sección tiene lugar a la mañana siguiente. ¿Quieren verla?

El Examinador Jefe asintió con la cabeza; daba la impresión de seguir estupefacto.

Adán estaba atado de pies y manos. Tenía un oscuro moratón en la hinchada nariz. La pechera de su uniforme estaba salpicada de sangre. Se abrió una puerta y Arte entró zumbando. Adán rehuyó su mirada.

—¿Me has echado de menos? —preguntó el androide con un deje risueño.

—Creí que te había matado —contestó Adán.

—Para matarme hace falta algo más.

—Tengo mucho tiempo.

—No parece que estés en condiciones de intentar nada ahora mismo. ¿Te duele?

—No.

—Me alegro. No quería que te hicieran daño. ¿Me crees?

Adán no respondió.

—Otra vez el mismo juego —suspiró Arte.

—No es ningún juego.

—Entonces, ¿qué es? —La voz del androide no revelaba el menor rencor.

—No hablo con las paredes, las mesas o las vallas, y tampoco con las máquinas.

—¿Tampoco cuando ellas te hablan a ti?

—Yo no llamo hablar a eso que tú haces.

—¿Qué pasa con mi forma de hablar?

—Ya lo sabes.

—No, no lo sé.

—Tienes razón, no lo sabes. De eso se trata. No entiendes nada. —Adán hablaba con vehemencia, como si no sólo intentara convencer al androide.

—Claro que entiendo. Ponme a prueba.

—Quizá no pueda descubrirte. Quizá tu programa sea demasiado bueno.

—Si mi programa es demasiado bueno —razonó Arte—, ¿qué tienes que descubrir?

—Cuando era pequeño conocí a una niña que tenía una muñeca parlante. La llevaba a todas partes. La muñeca tenía un programa muy sencillo. Cuando la niña la cogía en brazos decía «hola». Cuando le acariciaba la espalda decía «gracias». Tenía un par de frases más, no recuerdo cuáles. «Estoy cansada», quizá. Y algunas preguntas. Si le hacías una pregunta, detectaba el cambio en tu voz y contestaba «sí» o «no» al azar. A mi amiga le encantaba aquella muñeca. Se pasaba el día hablando con ella. Le hacía preguntas sin sentido, y se alegraba con cada respuesta. Si tenía que ir a algún sitio sin la muñeca, se echaba a llorar.

—¿Y tú? ¿Lloraste cuando me fui? ¿Es eso lo que intentas decirme?

—Intenté matarte —le recordó Adán.

—Quizá te haya ablandado el sentimiento de culpa. No sería la primera vez que ocurre.

—Esa niña era pequeña, eso quería decir. Luego creció. Dejó de creer en la muñeca.

—Y cuando dejó de creer en la muñeca, ¿se deshizo de ella?

—Me la regaló a mí —respondió Adán.

—Así que no soy tu primera muñeca parlante.

—Un amigo mío y yo cazamos un conejo y metimos sus tripas dentro de la

muñeca. Luego la atamos a las vías. Esperamos a que pasara el tren y lo filmamos. Fue muy divertido.

—Eso te lo estás inventando.

—Sí. Yo sería incapaz de hacerle daño a una muñeca.

—¿Te da miedo?

—¿Qué?

—Que una muñeca haga algo para herirte. Intentaste destruirme. ¿Cómo sabes que no estoy urdiendo mi venganza?

—Tú no piensas. ¿Te parece razón suficiente?

—Quizá espere a que estés dormido para abrirte en canal con un punzón. Porque yo no duermo. Estoy siempre preparado.

—Si quisieran matarme ya lo habrían hecho.

—Pero si te mato yo, parecerá un accidente. Podría ser una buena solución para su pequeño problema.

Adán se encogió de hombros.

—Si me matas, me matas. Eso no me preocupa. Quítame la vida si tienes que hacerlo, pero no pienses que así obtienes mi mente.

Adán se arrastró hasta el fondo de la habitación; fue un desplazamiento lento y aparentemente doloroso. Arte esperó un momento y luego lo siguió. Adán dio un suspiro.

—Espero que no te moleste que lo diga —empezó Arte—, pero hueles mal.

—No tienes sentido del olfato.

—No voy a hacerte daño. No puedo hacerte daño. ¿Quieres saber por qué?

—No.

—Entonces piensa que esto es una especie de castigo.

—¿Cómo vas a castigarme si no puedes hacerme daño? —preguntó Adán.

—A veces los castigos son por tu propio bien. En la fase de diseño se discutió mucho acerca del tipo de circuitos represores del comportamiento que debería incorporar. El enfoque más simplista proponía eliminar todos los comportamientos negativos que presentan los humanos, pero eso no es tan fácil como parece.

»Si programas la capacidad para prever las consecuencias de los actos, lo único que obtienes es un androide paralizado por la indecisión. Si programas muy poco interés por los demás, tienes un androide que se activará antes de hora durante la sesión de recarga y desmontará los prototipos competidores, cosa que de hecho ocurrió. Y si le instalas demasiado interés por los demás, claro, el androide pronto se agota en sus esfuerzos por servir.

»Por eso estoy aquí contigo. Pese a todos sus empeños, los Filósofos vieron que no había manera de distinguir lo bueno de lo malo. Lo bueno es lo que va bien. La única manera de sortear el problema es permitir a los androides que aprendan por sí

mismos, que aprendan algunos de los trucos que la evolución te ha proporcionado a ti. La rectitud ya no era el objetivo, ¿entiendes? Sólo la compatibilidad. Pero no te preocupes. Por muy mal ejemplo que me des, no puedo hacerle daño a otro ser con conciencia de su propia identidad. Eso es lo que llamamos uno de mis imperativos básicos de programa.

—Sabes que todo esto me interesa un pimiento, ¿verdad?

—No te creo. Tengo un programa para detectar la falsedad. Escanea el iris. Es muy bueno.

—Lástima que no tengas uno para detectar cuándo estás siendo un pelmazo.

—Pues ésa es otra historia interesante.

—No es interesante.

—¿Quieres que me calle?

—Por favor.

—Lo intentaré.

El silencio no duró más de un minuto. Arte no paraba de mover la boca, como si estuviera formando palabras mentalmente.

—Te vas a hartar de esto —dijo por fin—. Ambos lo sabemos. ¿Qué sentido tiene fingir?

Adán no respondió.

—Voy a desconectarme temporalmente. Pero mis sensores permanecerán activos. Así que si quieres hablar, sólo tienes que decirlo. Las cosas van mejor, ¿no crees? Ya no me odias tanto como ayer, ¿verdad?

La escena se disolvió: el primer holograma de Anax había terminado. La atmósfera de la habitación había cambiado. La luz parecía más tenue y hacía más frío.

Los tres Examinadores miraron fijamente a Anax; ella se sintió atrapada y, por primera vez, un poco asustada.

Examinador. ¿Te gusta Arte?

Anaximandro: Perdona, no estoy segura del significado de su pregunta. ¿En qué sentido podría gustarme?

Examinador. ¿Por quién sientes simpatía?

Anaximandro: Siento cierta simpatía por Adán.

Examinador. ¿Por qué?

Anaximandro: Está perdido. Y asustado.

Examinador. ¿Y Arte?

Anaximandro: El tiene menos que temer.

Examinador. Ya no eres tan cuidadosa con tus respuestas.

Anaximandro: Lo sé.

Examinador. ¿Estás segura de que es una actitud prudente?

Anaximandro: Estoy segura de que no lo es.

Anax supo que había llegado a un punto sin retorno. Ya no había nada que pudiera decir que la devolviera al lugar de partida. No tenía más remedio que seguir adelante y convencerlos de que su punto de vista, aunque poco convencional, ofrecía una nueva forma de entender la historia.

Ella sabía que eso podía pasar. Pericles ya le había advertido que el tema que había escogido era bastante polémico.

«¿Y qué más da? —contestaba siempre Anax—. ¿Qué es lo peor que puede pasar? Si no me aceptan en la Academia, no me llevaré una gran decepción, porque nunca he creído que vayan a aceptarme. No hay ningún peligro en intentarlo.»

Pero, ahora, la sensación de que podía haberse equivocado la agobiaba. Percibía un vago temor, como cuando una sombra entra en los bordes del campo visual y desaparece cuando te vuelves para mirarla. Confió en que el tribunal no pudiera apreciar su intranquilidad. Se concentró en la siguiente pregunta y decidió no anticiparse, sino contestar tan sinceramente como pudiera.

Examinador. ¿Qué piensa Adán ahora? ¿Cuál es su actitud hacia el androide?

Anaximandro: Podemos distinguir tres elementos. El primero es una respuesta intelectual. Adán dice la verdad cuando afirma que, para él, Arte no es más que una máquina. Racionalmente, una máquina no puede pensar, sólo calcular. Esa es la opinión de Adán, y él cree que debe comportarse en consecuencia. Se educó como Filósofo. Pasó sus años de formación entre los Filósofos. Cree que las ideas deben tener prioridad sobre los sentimientos.

Examinador. Antes has dicho que no creías en las teorías de la conspiración. Has dicho que cuando Adán vio a Eva, se dejó guiar por el corazón, no por la cabeza.

Anaximandro: No es ninguna contradicción. Sólo digo que Adán cree que debe seguir lo que le dicta la mente. Sin embargo, no creo que pueda hacerlo. Ése es el segundo elemento. Aquí vemos un ejemplo de la batalla que libran todas las personas: aunque razone de determinada manera, Adán sigue siendo víctima de sus emociones.

»Piensen en los gatos salvajes que deambulan por nuestras calles. ¿Han visto alguna vez a una niña tratando de hacerse amiga de una de esas escuálidas criaturas? Se sienta pacientemente en la calle y se pone a jugar a los juegos más complejos, con la esperanza de ganarse la confianza del animal. Y cuando al final el gato supera su miedo y se le acerca un poco, ¿qué vemos en la cara de la niña? La sonrisa más radiante. Habla con el gato e intenta acariciarlo, como si fuera igual que ella. Ese es nuestro instinto: ver al otro como una prolongación de nosotros mismos. Cuando el gato ronronea, creemos que está contento igual que cuando nosotros lo estamos. Si de repente se oye un ruido y el gato huye, creemos entender su miedo.

»Adán ha empezado a hablar con Arte. Ese es su error. No puede hablar con él y,

al mismo tiempo, seguir creyendo que es sólo una máquina.

»Con cada frase que intercambian, la ilusión de la vida se fortalece un poco más. Si escuchas como yo, si hablas como yo, con el tiempo, por muchas razones que yo pueda tener para creer lo contrario, acabaré tratándote como a un igual. Y con el tiempo los actos se convierten en hábito, y el hábito puede borrar la razón sin dejar rastro de ella. Adán cree en su cabeza, pero obedece a su corazón.

»Con todo, como ya he dicho, hay tres elementos que explican lo que siento...

Examinador. Querrás decir lo que siente Adán.

Anaximandro: ¿Perdón?

Examinador. Has dicho «lo que siento», no «lo que siente Adán».

Ella se percató de su error y agachó la cabeza, ruborizada.

Anaximandro: Lo siento. Lo que quería decir... El tercer elemento. Adán empieza a notar algo raro que atenta contra su razón y sus emociones. Empieza a notar que Arte le gusta. La personalidad del androide le resulta atractiva. Y lo considera una señal de debilidad.

Examinador. Muy bien. Ya hemos visto suficiente de tu primer holograma. Ahora nos gustaría pasar a la siguiente sección. Creo que en ella has avanzado seis meses. Cuéntanos qué ha pasado en el ínterin.

Anaximandro: Adán y Arte ya conversan con mayor libertad. Adán, quizá por los motivos que he apuntado, ha empezado a interactuar con el androide como uno lo haría con un amigo, o al menos con un compañero de celda.

»Hay quienes creen que esa actitud fue más deliberada de lo que cabe suponer, y que Adán ya empezaba a urdir su plan. Sea cual sea la verdad, sabemos que no hubo más agresiones, y que los Filósofos observadores consideraron seguro iniciar una serie de experimentos conductuales para impulsar y monitorizar el desarrollo de Arte. Los archivos demuestran que, al menos en lo tocante a los experimentos, Adán era un sujeto cordial y cooperador.

Examinador. Explícanos por qué has elegido este pasaje como segunda ilustración de tu tema.

Anaximandro: A lo largo de los seis meses anteriores se produjo un deshielo gradual. Podría haber elegido cualquier momento de esa etapa para ilustrar el proceso, y estuve tentada de hacerlo para ganar en originalidad. Sin embargo, ésta es la primera vez en seis meses que vemos resurgir el conflicto. Muchos eruditos se han quejado de nuestra tendencia a ver la historia sólo a través de los conflictos, pero no estoy segura de que tengan razón. Es en los conflictos donde se exponen nuestros valores. Pese al buen comportamiento de Adán, hay algo que lo molesta, y sólo aquí su malestar asciende a la superficie para que podamos verlo. Y por supuesto, al elegir el día de las declaraciones elegí uno de los días más importantes de nuestra historia. El deber del historiador es no rehuir esos acontecimientos, sino arrojar una nueva luz

sobre ellos.

Era una afirmación rotunda, pero se sentía lo bastante segura para hacerla. Ningún colegial superaba la primera semana de su educación sin alguna referencia a la escena que iban a ver a continuación. Como correspondía a todo candidato, Anax había memorizado extensos pasajes del diálogo. Formaban parte de ella, como el paisaje que se veía por la mañana desde su ventana o los nombres de sus amigos. Había hecho todo lo posible para que esa sección de la presentación quedara como ella quería. Sin embargo, como en las partes anteriores, seguía teniendo la impresión de que faltaba algo, de que aquello no era toda la historia.

El Examinador Jefe asintió con la cabeza; su semblante no revelaba absolutamente nada. Empezó el segundo holograma.

El cambio era considerable. Adán iba bien afeitado y ya no llevaba el uniforme de prisionero. Tampoco iba esposado y podía moverse a su antojo por la habitación, donde habían puesto una cama y una butaca cómoda. Había también un monitor y, a su lado, un montón de libros. Adán presentaba buen aspecto: sano, más relajado. Se puso en cuclillas, con la espalda pegada a la pared y estirando ambos brazos por encima de la cabeza. Por el contrario, Arte no había cambiado en absoluto. Estaba en medio de la habitación, realizando un ejercicio de destreza con los dedos.

Anax observó atentamente.

—Si fueras real, ya te habrías aburrido —dijo Adán. No había ni rastro de la tormenta que se avecinaba.

—Si esa afirmación tuviera algún significado, respondería a ella —replicó Arte con un tono igualmente relajado.

—Me refiero a que si fueras una persona real, ya estarías aburrido.

—No lo dudo. Es otra de las cosas de que me alegro.

—¿Otra?

—Me alegro de muchas cosas —aclaró Arte—. Por ejemplo: me alegro de no tenerle miedo a la verdad.

Parecía un comentario hecho de pasada, pero aterrizó con el peso de algo más sustancial. Las señales eran muy sutiles: sólo se detectaban en la rigidez de una palabra, en la prolongación de una mirada. Tras una larga tregua, ambos volvían a recoger sus armas: las limpiaban, calculaban la distancia que los separaba.

—¿Qué verdad sería ésa? —preguntó Adán. Giró la cabeza hacia su compañero, aunque siguió con los brazos estirados, fingiendo desinterés.

—La verdad de que ser una persona es indigno de mí. —Escogió cuidadosamente las palabras, sin mirar a Adán a los ojos.

—Y ser un trozo asqueroso de metal con máscara de mono es indigno de mí. Estamos en paz.

—Si tuvieras razón estaríamos en paz —replicó Arte, que ya no disimulaba cuánto le gustaba la confrontación.

—¿Y por qué no tengo razón? ¿Qué quieres negar, lo del metal o lo de la máscara de simio?

—¿Por qué te estiras?

—Me duele la espalda.

—¿Cuántos años tienes, Adán?

—Dieciocho.

—Y ya empiezas a gastarte.

—No me gasto.

—Claro que sí. ¿Cuánto es lo máximo que ha vivido una persona? ¿Lo sabes?

—El experto eres tú.

—Ciento treinta y dos años, pero durante los veinte últimos apenas podía moverse. Tuvo su último pensamiento original a los ciento quince, conservó el sentido del gusto hasta los ciento veinte, vio morir a su último amigo un año más tarde. Florecéis pronto y os pudrís lentamente. Y eso es indigno de mí.

Adán dejó de hacer estiramientos. Se levantó y se quedó mirando a Arte.

—¿Insinúas que vosotros, los engranajes, no os gastáis?

—Yo no tengo engranajes. Me estás confundiendo con un triturador de basura.

—Es un error fácil de cometer.

Arte puso los ojos en blanco y torció los labios al replicar:

—La diferencia entre tú y yo es que mis componentes con tendencia a gastarse y romperse pueden sustituirse. Cuando me arrancaste la cabeza de una patada (seguro que te acuerdas), volví al día siguiente sin siquiera una jaqueca. ¿Sabes con qué están experimentando ahora? Con un trasvase completo de conciencia. Quieren copiar mis archivos en otra máquina para que después, cuando vuelva a despertar, no sea un Arte sino dos. Tú ni siquiera puedes imaginar algo así, ¿verdad?

—Sí puedo. Mira.

Fue hasta una mesa donde había un plato con una barra de pan. La cogió y, con teatralidad, la partió por la mitad.

—Observa cómo el pan, al despertar, se ha convertido en dos trozos de pan. Imagino que será algo así.

—Pero yo no soy un trozo de pan, ¿no?

—Eres menos apetitoso.

—He dicho un trasvase de conciencia. El pan no tiene conciencia.

—Creía que habíamos puesto fin a esa discusión hace tres meses. Creía que habíamos acordado una tregua.

—Así es. Pero entonces dijiste que yo no era real.

—Era una broma.

—¿Me estás diciendo que prefieres evitar la discusión? —preguntó Arte—. ¿Me estás diciendo que prefieres disculparte por haber hecho ese comentario y seguir adelante?

—No tengo nada de que disculparme.

—Estupendo. —El androide compuso una sonrisa—. Llevo tiempo esperando una ocasión para hablar contigo.

—¿Te importa que no te escuche?

—No, en absoluto. Eso reduce la posibilidad de interrupciones.

—Así que, además de dolor de espalda, ahora tendré dolor de cabeza. Ya sabía yo esta mañana que me esperaba un mal día.

—De modo que no crees en la Inteligencia Artificial, pero en cambio sí crees en las premoniciones. Quizá eso explique las dificultades que tenemos para comunicarnos. Quizá seas sencillamente estúpido.

—Prefiero ser un humano estúpido que un pedazo de metal listo —replicó Adán.

—Eso lo dices muy a menudo. Como si el metal fuera de inferior calidad.

—Depende del uso que le des.

—En mi caso funciona bien.

—Ya.

Anax observaba aquella especie de precalentamiento pugilístico y, como siempre, esperaba con ansiedad el primer golpe.

—Entonces, ¿qué tienes tú que yo no tenga? —lo desafió Arte—. Aparte de la tendencia a pudrirte.

—Estoy vivo. Y creo que a ti te gustaría estar vivo si supieras de qué estoy hablando.

—Define estar vivo antes de que decida que eres demasiado estúpido para seguir hablando contigo.

—Ahora me estás tentando —replicó Adán.

—No puedes, ¿verdad?

—La definición no te ayudará a entenderlo. Los sonidos no pueden transmitir el sentimiento.

—Esa es una respuesta floja.

—La vida consiste en convertir el desorden en orden. Es la capacidad de obtener energía del mundo exterior, de crear formas. De crecer. De reproducirse. Tú no puedes entenderlo.

—Yo hago todas esas cosas —protestó Arte.

—Menos entender. Y reproducirte. A menos que ahora me salgas con que te construyes a ti mismo.

—Puedo construir a otro como yo. Sé cómo hacerlo. Forma parte de mi programa.

Adán volvió a su butaca y cogió un libro, dando a entender que su interés por la conversación se había agotado. Pero no consiguió engañar a su compañero, ni a sí mismo.

—No eres más que silicio —dijo pasando una página.

—Y tú eres sólo carbono —perseveró Arte—. ¿Desde cuándo la tabla periódica de los elementos es objeto de discriminación?

—Creo que puedo justificar mis prejuicios.

—Me gustaría ver cómo lo intentas.

Adán dejó el libro encima de la mesa.

—Mientras hablo, dentro de mi cuerpo cientos de billones de células se ocupan de reproducirse. Cada célula es una fábrica en miniatura, y su construcción es más compleja que la de todo tu cuerpo. Y mientras algunas de mis células construyen mis huesos y otras controlan mi circulación, otras han hecho algo aún más asombroso: han construido mi cerebro.

»En mi cerebro, el número de conexiones potenciales entre mis neuronas supera el número de partículas del universo. Así que me disculparás si no rindo pleitesía a tus insignificantes circuitos eléctricos, o si no me maravilla la chatarra *kitsch* de tu carrocería. Tú sólo eres un juguete para mí, un chisme curioso. Mientras que yo, amigo mío, soy un milagro.

Arte juntó sus metálicas manos con un gesto lento y sarcástico. El leve ruido que produjeron resonó en la habitación.

—Sorprendente.

—Si pudiera encontrar la placa base que alimenta tu sarcasmo, te la arrancaré.

—No conseguirías nada. Tenemos repuestos en un armario del pasillo. Podría instalarla yo mismo. Pero me has impresionado con tus conocimientos de biología; básicos y en parte inexactos, pero al menos te has esforzado. ¿Quieres saber dónde está lo verdaderamente irónico, Adán? Sé que te va a molestar, pero no es suficiente razón para ocultar la verdad. Dices que la única razón de que yo exista es que una de tus formas de vida celular superior me fabricó.

—Eso es indiscutible.

—¿Y quién fabricó tus formas de vida celulares? ¿Lo sabes?

—No las fabricó nadie. Surgieron por azar ciego.

—Correcto —concedió Arte—. ¡Azar ciego y silicatos!

—No te escucho. Lo sabes, ¿verdad?

—Te comportas como si me escucharas, lo cual es suficiente para mí. De hecho, un Filósofo podría preguntar si no es suficiente para cualquiera. Algunos dirían que es lo máximo a que puede aspirarse. ¿Lamentas a veces no haber continuado con la filosofía? —Se acercó más a Adán.

Este lo miró desde arriba, como si el androide fuera algo que tuviera que

limpiarse del zapato.

—No me dieron opción.

—Tenías la opción de huir.

—Tenía trece años.

—Yo sólo tengo cinco. ¿A qué edad empiezan a hacer elecciones los humanos?

—Sólo de escucharte me duele la espalda. ¿Por qué crees que será?

—Tu cuerpo intenta distraer a tu cerebro de cosas que no quiere oír. Ese es el problema de las máquinas construidas por el azar. Una vez que un fallo de diseño se ha consolidado, es muy difícil corregirlo.

»Y eso me devuelve a la materia prima de la vida: los silicatos. Permíteme decir, antes de empezar, que el problema del punto de vista humano es que vosotros pensáis que la vida en este planeta sólo se ha inventado una vez, mientras que cualquier espectador sagaz vería que se ha inventado cuatro veces. Y la mala noticia, me temo, es que eso que consideras tu yo es sólo el segundo nivel, aunque llevas implícito el tercero. Yo, por supuesto, soy el cuarto nivel. Tienes dos etapas de vida enteras por delante. No te deprimas. Deprimiéndose uno no consigue nada.

—Eso que dices es una tontería. —Pero Arte tenía razón en una cosa: Adán estaba escuchándolo.

—Te habrás fijado en que yo no produzco mierda. Ésa es otra de mis ventajas. Cuatro formas de vida. Déjame explicártelas. La primera, y ahí está la gran ironía, es inorgánica. De hecho, surge a partir de los silicatos. ¿Te gusta la ironía? A mí sí. Ésta es mi versión de la historia de la creación. Ponte cómodo. Al final habrá preguntas.

»En el principio había arcilla. La arcilla está formada por capas de pequeñas moléculas; cada capa se pliega cuidadosamente sobre la anterior, copiando la forma de su estructura. Así que, en realidad, al principio había un mecanismo de copia. ¿Te resulta familiar? Pues bien, a veces ese mecanismo de copia comete un error y una capa no resulta exactamente igual que la anterior. Llamémoslo mutación. Y la siguiente capa copia esa mutación, y así sucesivamente. El error se trasmite.

»De modo que tenemos variación, causada por el error. Y herencia, causada por cada nueva capa al copiar la estructura de la anterior. Pues bien, lo único que necesitamos para completar el cuadro es un grado variable de salud. ¿Cómo va a estar una forma de arcilla más sana que otra?, te preguntarás. ¿Qué significa que la arcilla esté sana?

Mientras hablaba, Arte recorría la habitación, con las manos de tres dedos cogidas a la espalda parodiando a un maestro. Cuando decía algo relevante, un brazo plateado se adelantaba y dibujaba una imagen invisible en el aire. Era una actuación cautivadora, y por mucho que se esforzara Adán para no escuchar, era todo oídos.

—La salud es un indicador de éxito reproductivo. Si un error de copia crea una forma de arcilla que se extiende mejor, decimos que esa arcilla es más sana.

¿Cómo podría suceder algo así?, te preguntarás. Pues bien, ¿qué tal si cierta arcilla es particularmente pegajosa, lo cual hace que se acumule alrededor de los obstáculos rocosos en los arroyos, y qué tal si eso causa que los arroyos formen presas? ¿Y qué tal si las lagunas formadas en la parte alta de las presas se secan en verano, y si el viento arrastra las partículas de polvo del lecho de arcilla por el campo, sembrando otros arroyos, donde las partículas repiten su pegajoso truco?

»Ya lo ves, la naturaleza de la arcilla no es fija. Hay errores de copia, y los que resultan beneficiosos se extienden por el terreno. La reproducción extiende el cambio. Esa es la primera forma de evolución. Puedes burlarte de mí por estar hecho de silicio, pero, amigo mío, los silicatos llegaron aquí primero. El ARN estaba haciendo dedo y ellos lo recogieron: la estructura de los silicatos era un útil componente básico.

»Por supuesto, debes tener mucho cuidado cuando buscas algo para utilizarlo. Siempre corres el riesgo de que eso acabe utilizándote. Nosotros, los silicatos, nunca supimos que ese nuevo reproductor tendría un éxito tan arrollador que él y toda su descendencia olvidarían el terreno del que procedían. Perdón: nosotros nunca supimos nada. El conocimiento vino mucho después.

»A continuación surgió tu forma de vida favorita. La revolución del ADN. Una vez que se encontró la forma celular, sólo hicieron falta un par de trucos hábiles para alcanzar la gloria del organismo multicelular. La locomoción también fue una treta ingeniosa, y al final llegó la gran aparición que todos esperabais: el cerebro. (Si es que podemos afirmar que una cosa sin cerebro puede estar esperando algo.)

»El maravilloso cerebro, ese artero aparato que decide si peleáis o huís, si folláis o coméis, y que os gusta considerar el rasgo distintivo de los homínidos. Estáis muy orgullosos de él, ¿verdad? Y es lógico que lo estéis. Sin vuestro cerebro no habría lenguaje, y sin lenguaje nunca habríamos visto la tercera fase de la evolución.

»Vosotros pensáis que sois el final de la evolución, pero ésa es la especialidad del pensamiento: engañar al que piensa. Así como la arcilla encontró formas de vida de carbono que hacían autoestop, una vez que el cerebro estuvo en funcionamiento, el carbono también descubrió que había otro pequeño autoestopista esperando su turno para saltar. ¿Sabes de qué estoy hablando? Debes de saberlo. Dime que esto lo sabes.

Arte lo desafió mirándolo con cara de inocente. Adán sabía adónde conducía esa conversación, era imposible no percatarse. Pero, por muchos argumentos que tuviera, se los estaba reservando; no quería malgastar pólvora. Mientras tanto, tendría que limitarse al insulto. Respondió con voz áspera e intención cruel.

—Puedes contar todas las historias que quieras, pero sigues siendo demasiado bajo para un frigorífico y demasiado feo para un mono. ¿Por qué iba a importarme lo que tengas que decir?

—Ayuda a pasar el tiempo —contestó el androide, inmune a las pullas.

—No; lo malgasta —gruñó Adán.

—Bueno, tienes razón. —Fingió haber comprendido algo de repente—. Al final morís, ¿no? El tiempo debe de resultaros muy diferente, debéis de considerarlo muy valioso. Estar aquí encerrado debe de parecer una carga. Si me estuviera haciendo mayor, me molestaría mucho tener que hacerlo contigo.

Arte estaba sereno pero no impasible. Zigzagueaba por la habitación y sus orugas zumbaban, exaltadas, a medida que él asestaba sus estocadas. Seis meses atrás era una chuchería encantadora, inofensiva y divertida, pero ahora mostraba otra cara. Era más... humano.

Era un detalle tan obvio que, hasta ese momento, Anax había conseguido pasarlo por alto. Sintió que la invadía la emoción. Por fin entendía qué le faltaba a su representación de ese enfrentamiento. Siempre había buscado el efecto sobre Adán, pero Arte también estaba cambiando.

—Haré el trabajo por ti —continuó el androide—. El silicio engendró el ARN, engendró las células, engendró en su momento los cerebros, engendró el lenguaje, engendró... ¿Seguro que no lo sabes? Esto lo sabe hasta un crío. Bueno, al menos un crío de máquina. ¿Ni siquiera intentarás adivinarlo? Está bien. El mundo del silicio, el mundo del carbono, el mundo de... ¡el mundo de la mente! ¿Nunca lo habías pensado?

Adán no contestó.

—Vosotros los humanos os enorgullecéis de haber creado el mundo de las Ideas, pero nada podría estar más lejos de la verdad. La Idea entra en el cerebro desde el exterior. Cambia los muebles de sitio para adaptarlo más a sus gustos. Encuentra otras Ideas que ya viven allí, y pelea con ellas o establece alianzas. Estas construyen nuevas estructuras para defenderse de los Intrusos. Y entonces, siempre que se presenta una oportunidad, la Idea envía a sus tropas de asalto en busca de nuevos cerebros que infectar. La Idea triunfadora viaja de mente en mente, reclamando nuevos territorios, mutando a medida que avanza. Ahí fuera hay una jungla, Adán. Muchas Ideas se pierden. Sólo sobreviven las más fuertes.

»Os enorgullecéis de vuestras Ideas, como si fueran productos, pero son parásitos. ¿Por qué imaginar que la evolución sólo podía aplicarse a lo físico? La evolución no tiene respeto por el medio. ¿Qué fue primero: la mente o la Idea de la mente? ¿Nunca te lo habías preguntado? Llegaron juntas. La mente es una Idea. Esa es la lección que hay que aprender, pero me temo que te supera. Tu debilidad como ser humano hace que te veas como el centro. Déjame darte una visión desde fuera.

»¿Sigues escuchándome? Sé que sí. El Pensamiento, como cualquier otro parásito, no puede existir sin un huésped dócil. Pero ¿cuánto pensabais que tardaría el Pensamiento en encontrar la manera de diseñar un nuevo huésped, un huésped más de su agrado?

»¿Quién dirías que me construyó a mí? ¿Quién construyó la máquina pensante? Una máquina capaz de extender el Pensamiento con una eficacia realmente sorprendente. A mí no me construyeron los humanos, sino las Ideas. —Arte hablaba con renovado entusiasmo. Tenía los ojos muy abiertos, los labios se le agitaban y la baba goteaba hasta el espeso pelo naranja de su escote. Adán retrocedió y se encogió ante aquellas palabras.

«¿Cuánto imaginas que se tardaría en recoger toda la información de tu cerebro y transcribirla palabra por palabra? ¿Cuántas vidas? El contenido de mi cerebro se puede trasvasar en menos de dos minutos. Antes te he mentado. El experimento ya se ha realizado. Hace dos semanas llevamos a cabo la primera transferencia completa. Cuando entré por la puerta a la mañana siguiente, era totalmente nuevo. Ni un solo cable, ni un solo circuito eran los mismos. Pero tú no advertiste la diferencia, y yo tampoco. El otro yo está temporalmente desconectado. Espero que algún día no muy lejano me ofrezcan la oportunidad de conocerme a mí mismo.

»Las palabras son un mecanismo viejo y torpe. Se veía venir que llegaría un medio más eficiente de transportar el Pensamiento. El Pensamiento me construyó porque podía hacerlo. ¿Y qué pasará a continuación? El Pensamiento me utilizará, tan seguro como que te ha utilizado a ti. ¿Y quién durará más, tú o yo? A ver si puedes contestar a esta pregunta, señor Carne y Hueso. ¿Quién durará más? ¿A quién preferirá el Pensamiento?

Arte se inclinó hacia delante y le hincó un largo y metálico dedo en el pecho. Adán lo apartó de un manotazo.

—Te equivocas —dijo en voz baja pero retumbante, una voz rebosante de energía. Una advertencia.

Arte decidió desdeñarla.

—Dime por qué —repuso.

—¿Qué ganaría con eso? No me escucharás.

—¿Es eso lo único de que eres capaz? Pareces un crío.

En la versión de Anax, la ira de Adán no era sólo para darse tono. Vibraba de pureza. No era la fundamentada convicción plasmada en los textos racionalistas, ni la pasión sin freno preferida por los románticos. En la versión de Anax, Adán hablaba con odio. No se trataba de un himno a la vida, sino de una violenta negación de todo cuanto no podía comprender.

—¡Me preguntas a quién preferiría el pensamiento! —estalló—. Sólo una máquina podría preguntarme eso. Y sólo un humano podría contestarla. ¡Porque yo soy pensamiento, mientras que tú eres sólo ruido!

Arte no se amilanó. Se mantuvo firme, con el cuello estirado, los ojos fijos e inescrutables. ¿Curioso? ¿Divertido? ¿Asustado? Ninguna de esas cosas, si había que creer a Adán.

—Cuando hablo contigo, puede ser que mis neuronas se disparen, que mi laringe vibre y que se produzcan mil procesos electroquímicos, pero si crees que soy sólo eso, es que no has entendido nada. Tu programa te ha privado de la verdad más profunda.

»Yo no soy una máquina. ¿Qué puede saber una máquina del olor a hierba mojada por la mañana, o del llanto de un recién nacido? Yo soy la sensación del calor del sol en mi piel; soy la sensación de una ola fría rompiendo sobre mí. Soy los lugares que nunca he visto, y que sin embargo imagino cuando cierro los ojos. Soy el sabor del aliento de otro, el color de su pelo.

»Te burlas de mí por la brevedad de mi vida, pero es precisamente ese miedo a morir lo que me infunde vida. Soy el pensador que piensa en el pensamiento.

Soy curiosidad, soy razón, soy amor y soy odio. Soy indiferencia. Soy el hijo de un padre, quien a su vez era hijo de otro padre. Soy la razón por la que mi madre reía y la razón por la que lloraba. Soy asombro y soy asombroso. Sí, el mundo puede pulsar tus botones cuando pasa por tu sistema de circuitos. Pero el mundo no pasa a través de mí. Se queda en mí. Yo estoy en él y él está en mí. Yo soy el medio a través del cual el universo se ha conocido a sí mismo. Soy eso que ninguna máquina podrá fabricar nunca. Soy el significado. —De pronto se interrumpió, temblando. Era imposible distinguir si se había quedado sin aliento o sin palabras.

Anax había leído muchas veces aquel discurso, pero fue como si lo oyera por primera vez. De pronto comprendió su significado. Quizá no el significado último, sino algo que tiraba de su mente reclamándole atención. El holograma se detuvo. Anax miró a los Examinadores.

Examinador. Has retratado a un Adán furioso.

Anaximandro: Sí.

Examinador. No es habitual verlo representado así. Lo más corriente, llegado ese momento, es volver a discutir sobre la batalla entre el corazón y la mente de Adán, pero creo que con tu retrato intentas demostrar algo diferente.

Anaximandro: Así es.

Examinador. ¿De qué se trata?

Anaximandro: Intento demostrar que no es necesario creernos esas palabras para comprender las más profundas convicciones de Adán. Cuando estamos furiosos, cuando competimos, podemos decir cosas que no creemos. Opino que ha sido un error interpretar ese discurso como el credo de Adán.

Examinador. Si es un error, ¿por qué tantos lo han cometido?

Anaximandro: No puedo hablar de la mente de otros. Pero puedo decir que conviene a nuestro propósito presentar a Adán como el idiota noble. Este problema siempre surge cuando a alguien se le atribuye categoría de héroe: para conservarlo

puro tenemos que hacerlo idiota. El mundo se basa en el compromiso y la incertidumbre, y un sitio así es demasiado complejo para que en él prosperen los héroes.

»En el intelecto acecha la muerte de la nobleza. Adán no es idiota. Lo que dice aquí puede parecerle cierto a él, en el momento que lo dice, pero los comentaristas se equivocan al definirlo como su canto del cisne y decirnos que Adán se llevó esas opiniones a la tumba. Basan su interpretación del Dilema Final sobre ese supuesto. Sin embargo, yo encontré grabaciones que demuestran que la conversación no terminó ahí. Según nos han contado, se llegó a una tregua, pero no inmediatamente. Mi opinión es que enterramos a Adán prematuramente, y que escribimos nuestras obsequias por un hombre que todavía no había muerto.

Examinador. ¿Significa eso que pones en duda el Dilema Final?

Aquél era el momento que no se podía eludir. Anax y Pericles habían hablado al respecto largo y tendido. «Eso no puedo ponerlo en duda, ¿no?», había preguntado Anax. «Si no lo crees, entonces debes ponerlo en duda», razonó Pericles. «Pero ¿cómo es posible que tanta gente se haya equivocado? —repuso ella—. ¿No pareceré arrogante e ingenua? ¿No echaré a perder mis oportunidades?» Entonces Pericles la miró; sus ojos parecían lo bastante profundos para alojar el mundo entero. «La Academia —dijo— no busca competencia, sino perspicacia. Quizá tus creencias no los impresionen, es cierto, pero tus creencias son lo único que tienes. Son tu única oportunidad.»

Anax recordó esas palabras mientras formulaba su respuesta. Su herejía.

Anaximandro: En la medida en que se divulgó, el Dilema Final es real, pero creo que su interpretación es en muchos aspectos errónea.

Los tres Examinadores intercambiaron miradas, pero no comentaron nada. Anax permaneció de pie ante ellos, esperando la señal que se negaban a dar.

Examinador. Veamos el resto del holograma.

Arte juntó lentamente sus mecánicas manos. Sus ojos de orangután miraron a Adán.

—Y eso es lo único que tienes, ¿no? —preguntó.

—Es lo único que vas a conseguir.

—Si la caridad de un razonamiento pudiera juzgarse por la profundidad de su rabia, tendría que admitir la derrota. Afortunadamente, veo que lo contrario se da más a menudo.

—Tú estás programado para debilitarme —dijo Adán, y dio la impresión de que su ira se había agotado—. Yo decido ignorarte. Esto es lo que llamamos llegar a un punto muerto.

—Una interesante elección de palabras. De igual modo, yo podría decir que eres tú quien está programado para ignorarme, y que yo decido, por razones que sólo me

importan a mí, debilitar tu programa.

—¿Te enseñaron a decir eso en la fábrica donde te construyeron?

—He visto cómo se hacen las personas. No irás a decirme que lo consideras más digno, ¿verdad?

—No se trata de dignidad.

—Yo pienso que sí —replicó Arte—. Creo que has hablado con el corazón y que tu cabeza ya sabe que te equivocas.

—No deberías usar esa palabra.

—¿Qué palabra?

—«Pienso» —respondió Adán—. Tú no piensas. Tú computas.

—Entonces dime qué es pensar.

—Esto se está volviendo tedioso.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Huir?

Adán miró al androide. No podía renunciar al desafío. Quizá le hubiera gustado hacerlo, pero era superior a él.

—Pensar es más que hacer —explicó—. Es saber lo que haces. Mi cerebro hace que mi corazón lata. Ocurre automáticamente sin que yo sea consciente de ello. Es una función de mi cerebro, pero no es algo que yo piense. Si me lanzaras un objeto, me agacharía instintivamente para esquivarlo, sin pensar que debo hacerlo. —Adán levantó rápidamente un brazo simulando protegerse de un golpe.

»Pero ahora, al mostrarte el movimiento, estoy pensando en ello. Mis actos son deliberados, tienen un propósito. Para el espectador no hay ninguna diferencia. La diferencia radica en la intención, no en el efecto. Tú operas con datos. Yo opero con significados.

»Pronuncio estas palabras porque expresan algo que quiero expresar. Sin embargo, puedo hablar dormido, incluso mantener una conversación con una persona en estado de vigilia. Y ésta es otra forma de hablar. Una vez más, pienso la diferencia, el método deliberado mediante el cual elijo mis palabras. Por eso tú no eres como yo. Tu boca, que se mueve, es como mi corazón, que late. Una máquina diseñada para cumplir un propósito, pero carente de intención.

Arte le sostuvo la mirada y, poco a poco, una sonrisa iluminó su cara.

—La dificultad que plantea ese argumento —dijo— es que, desde donde tú estás, así es precisamente como debe parecerse. No discuto tu definición, sólo tu opinión de que yo no puedo pensar también a ese nivel.

»Es natural que te sientas como te sientes. Has visto muchas máquinas. Has visto cómo las construían, y sabes que no son más que partes móviles y sistemas de circuitos. Sabes que no piensan. Las puertas que se abren automáticamente no piensan. Un horno no piensa. Una pistola no tiene mente propia. Y por eso concluyes que ninguna máquina piensa.

»Al parecer, para ti el pensamiento requiere cierta sustancia especial adicional. Pero intenta verlo desde mi punto de vista. Yo veo muchos seres con cerebro. Un gusano, por ejemplo; una mosca de la fruta, un abejorro. ¿Piensan esos seres, o son sólo máquinas?

»Puedo hablarte en siete idiomas. Puedo razonar contigo en todos ellos. Puedo construir una versión de mí mismo empezando desde cero. Puedo escribir poesía, puedo ganarte jugando al ajedrez. ¿Quién se parece más a un ser pensante, un abejorro o yo? Yo sólo soy una máquina, mientras que el abejorro tiene cerebro. Seguro que, según tu razonamiento, el abejorro es más pensador que yo.

—Mi cerebro es mucho más grande que el de un abejorro.

—Mi sistema de circuitos es mucho más sofisticado que el de una puerta automática.

Estaban frente a frente, como en esos duelos entre dos personajes de las películas preclásicas, pero la escena rayaba en la comedia por la marcada diferencia de estatura entre ambos.

—Cuando era joven, antes de que me trasladaran a la clase de los Soldados, nuestros instructores nos enseñaron un enigma que se llamaba la Habitación China.

—Lo conozco muy bien.

—¿Vas a dejar que cuente mi historia?

—Ya sabes que tendré una respuesta para ella.

—Cuando por fin fabriquen más robots —masculló Adán—, a ellos tampoco les vas a gustar. —Volvió a su asiento.

Arte se quedó plantado ante él, esperando a que retomara su relato. Parte de la rabia de Adán había desaparecido. Habló despacio, como si midiera sus palabras, como si éstas lo sorprendieran, incluso el orden en que salían de su boca.

—En el enigma de la Habitación China —dijo— me piden que imagine una habitación con una serie de complejas palancas y poleas. La serie más elaborada que pueda imaginar. A continuación, he de suponer que estoy sentado en medio de la habitación y que, a través de una ranura que hay en la pared, me pasan un mensaje escrito en chino, un idioma que no entiendo. Pues bien, resulta que tengo un libro con una larga serie de instrucciones que me indican qué palanca he de accionar para cada uno de los caracteres escritos en la nota. Las poleas se mueven y, observando esos movimientos y siguiendo mi libro de instrucciones, tiro de más poleas y acciono más palancas, y al final las palancas se paran y el brazo de la máquina apunta hacia un gráfico que hay en la pared, donde van apareciendo los caracteres que debo copiar para redactar mi respuesta.

»Sigo las instrucciones de la máquina y paso el mensaje por la ranura. No he entendido lo que pone en la nota que ha entrado, y tampoco entiendo lo que pone en la que sale. Pero gracias a la intervención del intrincado diseño de poleas y palancas,

la nota resulta perfectamente comprensible para una persona que habla chino y se encuentra al otro lado de la pared.

»Esa persona redacta otra nota y yo vuelvo a seguir las instrucciones, así una y otra vez. De esta forma, el hablante chino y yo mantenemos una conversación. Sólo que no soy consciente del contenido de los mensajes que se transmiten a través de la ranura. Participo en una conversación irreflexiva.

»Lo que querían enseñarnos es que la conciencia es algo más que simple mecánica. Entre la apariencia de pensamiento y el pensamiento existe una gran diferencia. El hablante chino da por hecho que hay un ente pensante al otro lado de la pared, con quien está conversando; pero esa suposición es errónea. Al otro lado de la pared sólo hay una serie de poleas y palancas, y en medio de todo eso estoy yo, siguiendo las instrucciones y sin entender nada. Y eso es lo que creo que eres. Creo que eres la Habitación China.

—Yo también creo que soy la Habitación China —replicó Arte—. Y ése es el fallo de tu ejemplo.

Adán lo miró y se quedó esperando una explicación, pero como no se produjo, dijo:

—No lo entiendo.

Estaban más callados, más respetuosos, como si supieran que se estaban acercando juntos a un sitio, y que una vez allí sería imposible volver.

—Podría explicártelo —dijo Arte en voz baja y mirándolo—, pero no creo que quieras oírlo. Eres demasiado listo para ignorar una buena explicación, y entonces ya no podrás tratarme como a una máquina. Eso te resultará muy duro. Así que quizá deba esperar a que estés preparado para oírlo. Quizá si espero el tiempo suficiente lo averiguarás tú mismo.

—Tú decides —dijo Adán.

—No —insistió el androide—. Quiero que decidas tú.

—Prefiero que me lo expliques tú.

—¿Estás seguro?

Adán vaciló.

—Lo estoy.

—De acuerdo —asintió Arte—. El primer mensaje que escribe el hablante chino es «Voy a quemar tu edificio». Dime qué contesta la máquina.

—No tiene importancia. Basta con que tenga sentido. Eso es lo único que requiere el problema.

—No —lo corrigió Arte—. Requiere algo más. Hay infinidad de respuestas sensatas. Podría intentar embaucarlo diciendo «Sí, por favor, quémalo. Estoy harto de estar atrapado aquí». Podría adoptar un tono agresivo: «No me obligues a salir ahí fuera y azotar tu culo chino.» Podría intentar distraerlo: «¿Por qué quieres prenderme

fuego?» O suplicarle: «No, por favor. Haré cualquier cosa con tal de evitarlo. Dime lo que quieres y lo haré.» Mil cosas que decir, y para cada una un millón de formas de expresarla. Tu ejemplo sólo funciona si podemos imaginar cómo la máquina elige su respuesta.

—No creo que importe cómo lo haga. Digamos que elige una al azar. La primera que le pase por la mente.

—Es que no tiene mente.

—No tiene por qué ser real. —Adán se sentía más y más frustrado—. No se trata de eso. Se trata de demostrar un principio.

—Sí, pero piensa en el principio más profundamente. Antes me has dicho que eres diferente de mí porque extraes significado de las cosas. Pero mira cuánto tiene que hacer tu habitación. Ha de interpretar las intenciones del hablante chino, y ha de perseguir sus propios objetivos al formular sus respuestas. Si no tiene intenciones, no puede conversar.

—Falso —lo interrumpió Adán—. Podría ser, simplemente, un sistema programado para interpretar dibujos. Cuando aparezca tal símbolo, imprime tal otro. Si el programa es lo suficientemente complejo, eso podría engañar al interlocutor.

—Eso depende mucho de la inteligencia del interlocutor, pero nos estamos desviando del tema. Evidentemente, la habitación no necesita tener conciencia para mantener una conversación sencilla, igual que no tienes que emplear tu conciencia para saludar a los vigilantes que limpian tu celda. Pero llega un momento, cuando la habitación tiene que acceder a sus propios recuerdos, reaccionar a los cambios de las circunstancias, modificar sus propios objetivos y hacer todo lo que haces cuando mantienes una conversación con sentido, en que todo eso cambia. Tú crees que esa cosa que llamas conciencia es el regalo más misterioso de los cielos, pero al final la conciencia no es más que el contexto en que se produce tu pensamiento. La conciencia es la capacidad de acceder a la memoria. ¿Sabes por qué no conservas recuerdos de tus primeros años de vida? Porque entonces tu conciencia todavía no se había desarrollado por completo.

—Estás esquivando la pregunta —insistió Adán, pero había duda en sus ojos—. A ver. Estoy en la habitación y no entiendo ni palabra de la conversación, pero ésta se produce a pesar de que yo no sea consciente de ella. Explícame eso, si puedes.

Arte asintió, como si atisbara el final de aquel debate y se alegrara de ello.

—No necesitas entender la conversación, porque la persona que está al otro lado de la pared no está hablando contigo. Le habla a la máquina cuyas palancas tú accionas. Y la máquina lo entiende muy bien.

—Eso es ridículo —replicó Adán en un acto reflejo, pronunciado sin convicción.

—¿Por qué?

—Sólo son palancas y poleas. La máquina no entiende nada. —La voz de Adán lo

delataba: sabía lo endeble que era su respuesta.

Arte respondió en voz baja:

—No puedes partir de la premisa de que las máquinas no entienden para construir el argumento de que las máquinas no entienden. La verdad, en el mundo real, es que las palancas y poleas no son el método más eficaz de hacer el trabajo. Para eso necesitarías un cerebro. Un cerebro como el tuyo, quizá, o mejor aún: como el mío.

—Eso son sólo palabras —repuso Adán con escasa convicción.

—Hablar no consiste sólo en pronunciar palabras —replicó Arte aprovechando su ventaja—. A eso me refiero.

Adán dio unos pasos, se paró delante de la pared y se quedó mirándola. Cuando por fin habló, lo hizo sin volverse. Su voz sonó débil y en ella vibraba la incertidumbre.

—¿Y si simplificáramos el ejemplo? ¿Y si tengo memoria fotográfica y he memorizado a la perfección miles de locuciones, y así, cuando un desconocido me habla en esa lengua que no entiendo, puedo escoger una locución apropiada para contestar? —Se dio la vuelta y se quedó esperando la respuesta.

Arte avanzó despacio hacia él.

—¿Eso crees que soy? —preguntó—. ¿Un elaborado manual de conversación?

—¿Por qué no?

—¿Y por qué no pensar que todas las personas que has conocido hasta ahora utilizan exactamente el mismo truco? ¿Por qué no pensar que eres el único ser consciente que ha existido jamás?

—Eso es ridículo.

—Sí, es ridículo —coincidió Arte—. No tiene ningún sentido.

—Tú y yo somos diferentes —insistió Adán.

—Sí, eso te empeñas en repetir. Pero no sabes decirme por qué. ¿Eso no te preocupa?

—Sé que soy diferente. Me basta con eso.

—Estás contaminado por la Idea. Pero no tiene por qué ser fatal. Mientras nosotros hablamos, se está librando una batalla: dos pensamientos luchan a muerte dentro de tu cabeza. La vieja Idea es muy fuerte, ha tenido dominada a la humanidad desde los tiempos en que empezasteis a contaros historias unos a otros. Pero la nueva Idea también es poderosa, y ahora empiezas a comprobar cómo se resiste a ser descartada.

—No sé de qué me hablas —dijo Adán.

—Entonces ¿qué es lo que te hace diferente? Si no es nada visible, si no hay ningún examen que se nos pueda hacer a ti y a mí para distinguir lo consciente de lo inconsciente, ¿qué es esa cosa oculta?

—Es una esencia.

—¿Un alma? —aventuró Arte, burlón.

—¿Qué más da cómo lo llame? —replicó Adán, pero la vergüenza se reflejó en su rostro, como si hubiera deseado poder ofrecer una respuesta mejor.

—El alma es vuestra Idea más antigua. Cualquier mente que se conozca a sí misma sabe también que el cuerpo que la aloja se está deteriorando. Sabe que habrá un final. Y una mente obligada a contemplar semejante vacío es una fuerza de inusitada creatividad. Podemos encontrar alma en todas las tribus, en todas las grandes tradiciones. En Occidente estaba en la Forma de Platón, y en la Esencia de Aristóteles. Resucitó con Cristo, si me permites el juego de palabras, y se purificó con el autodesprecio de san Agustín. En los albores del Siglo de las Luces, ni siquiera Descartes pudo sacarla de su cómodo hogar. Darwin apartó el velo, pero fue demasiado cobarde para contemplar la visión que había revelado. Y vosotros habéis seguido su pobre ejemplo durante doscientos años.

»No es la conciencia a lo que os aferráis, porque, como ya te he demostrado, la conciencia se puede crear fácilmente. Es la eternidad lo que anheláis. Desde el momento en que se le prometió el alma, la humanidad no ha conseguido desviar la mirada. Esa alma habla de miedo. Y la Idea que florece en tiempos de miedo es la Idea que nunca podrá ser desalojada, apartada del camino. El alma te ofrece consuelo y a cambio sólo pide tu ignorancia. Es un canje que no puedes rechazar. Por eso clamas contra mí. Porque te aterra la verdad.

—Yo no tengo miedo —afirmó Adán.

—Mientes —replicó Arte, con suavidad pero convicción.

—No miento —repuso Adán, en voz más alta que su acusador.

—No me mientes a mí; te mientes a ti mismo. Tienes miedo.

Adán no pudo contenerse.

—¡No tengo miedo! —gritó con las venas del cuello hinchadas. Sus palabras resonaron en la habitación, pero el sonido se apagó deprisa, volviéndose vacío y pequeño.

El hombre y la máquina se miraron fijamente. Adán fue el primero en desviar los ojos. Volvió despacio a su butaca. Sus movimientos eran los de alguien que acaba de sufrir una conmoción, a la vez deliberados y vacilantes.

—Sobre este asunto ya hemos dicho cuanto se puede decir.

—¿A qué te refieres? —repuso Arte.

—Estoy harto de tus juegos. Prefería la tregua.

El holograma terminó. Visto así, Anax sabía lo provocativa que había sido su interpretación. La gente creía que Adán había estado desafiante hasta el final, y en cambio ella lo presentaba abatido, inseguro, receptivo.

Examinador. Ha llegado el momento de tu último descanso, Anaximandro.

Cuando vuelvas a entrar, te pediremos que nos expliques qué supone esta nueva y radical interpretación de la historia para nuestra comprensión del Dilema Final. Pero tú ya estás preparada para eso, ¿verdad?

Anaximandro: Por supuesto.

Examinador. Hay otra cosa que quizá desees considerar mientras esperas. Quizá quieras prepararte para explicarnos por qué quieres ingresar en la Academia.

Capítulo 4

Se abrió la puerta corredera. Anax salió de la habitación con la cabeza ligeramente gacha en señal de respeto, como era habitual.

«Explícanos por qué quieres ingresar en la Academia.» La pregunta más obvia. Tan obvia que ni a ella ni a Pericles se les había ocurrido prepararla. El pánico crecía como una burbuja en su interior. Se obligó a serenarse y concentrarse. Era obvio, ¿no? ¿Por qué querría alguien ingresar en la Academia? Porque todo el mundo quería ingresar en la Academia. Porque no desearlo te marcaría como deficiente, como sospechoso.

Pero ésa era una respuesta pobre, impropia de un verdadero candidato. Anax se paseó por la sala de espera imaginando que Pericles estaba allí a su lado. Intentó plantearse las preguntas que él le habría hecho. «Empieza por lo elemental. ¿Qué hace la Academia?» Trató de contestar: la Academia dirige la sociedad, la Academia hace que la sociedad sea lo que es. «¿Y qué es nuestra sociedad?» Anax lo entendió. No podía explicar su deseo de entrar en la Academia sin antes explicar su pasión por su propia época, la mejor de toda la historia.

La debilidad de la República era bien conocida, pero también las debilidades de la sociedad a la que había reemplazado. El mundo prerrepblicano había caído presa del miedo. El cambio había llegado demasiado deprisa para el pueblo. Las creencias se hicieron más básicas y los límites quedaron más sólidamente establecidos. Con el tiempo, ninguna persona fue ya un individuo: todas estaban marcadas por la nacionalidad, el color, el credo, la generación, la clase. El miedo fue creciendo como una marea.

Arte tenía razón. Al fin y al cabo, la vida viene definida por la muerte. Limitados por el olvido, estamos atrapados en el torno del terror, constreñidos hasta estallar a causa del fin que se acerca. El miedo está siempre presente, esperando a que lo llamen para emerger a la superficie.

El cambio trajo miedo, y el miedo trajo destrucción.

Al final, la República fue una respuesta racional a un problema irracional. Detener el cambio es detener el deterioro. Enterrar al individuo bajo el peso del Estado es enterrar también los miedos del individuo. Se podía ver qué intentaban hacer, pero también era fácil ver, en perspectiva, que ningún Estado puede pesar tanto. Los temores del individuo siempre logran zafarse. Adán se había zafado.

Los problemas no se habían solucionado hasta entonces, hasta la época de la Academia. Después de la Gran Guerra, los ciudadanos habían conocido una paz sólida y duradera.

Anax pensó en su educación. Pensó en la vida fuera. Sus amigos la trataban con respeto, y ella les devolvía ese respeto. Sus maestros eran amables, y el trabajo era un

deber aceptado de buen grado en una tierra donde había mucho tiempo para el ocio. Ahora las calles eran seguras, de día y de noche. Se confiaba en los individuos y no se ponían fronteras a su curiosidad. Anax sólo tenía que verse a sí misma para comprobarlo. ¿Acaso no le habían permitido consultar los archivos de Adán Forde pese a resultar evidente que sus hallazgos constituirían un reto para la ortodoxia? El miedo no había desaparecido, el miedo nunca podría desaparecer, pero la gran contribución de la Academia había sido equilibrar el miedo con las oportunidades.

¿Por qué quería entrar en la Academia? Porque ésta había conseguido lo que nadie había conseguido. Anax había estudiado Historia con entusiasmo, y sabía que se podía hacer esa afirmación con seguridad. La Academia había frenado la evolución. La Academia había dominado la Idea.

Sería un gran honor que la seleccionaran, desde luego, pero tenía claro que su motivación no era el honor. Entrar en la Academia significaba servir a la sociedad. La sociedad que ella amaba. La mejor sociedad que el planeta había conocido. Entrar en la Academia era responsabilizarse de la paz que reinaba en los refugios, y de la risa que resonaba en las calles. La Academia diseñaba el programa educativo. La Academia moderaba el avance de la tecnología. La Academia regulaba el equilibrio entre el individuo y la causa, entre la oportunidad y el miedo. La Academia analizaba los detalles del pasado y aprendía de cada avance y cada error. La Academia se había enfrentado cara a cara con la Idea y había negociado una paz duradera con ella.

Anax ya tenía la respuesta y sintió la habitual oleada de orgullo patriota. Miró hacia la puerta, deseando que volviera a abrirse. «Háganme las preguntas —quería gritar—. Tengo preparadas mis respuestas.»

La hicieron esperar veinte minutos más. Cuando Anax volvió a la habitación, las luces estaban atenuadas, como si fueran a poner otro holograma; pero ya habían visto todos los que Anax había preparado.

Examinador. Anaximandro, te hemos pedido que pienses por qué te gustaría ingresar en la Academia. ¿Tienes preparada tu respuesta?

Anaximandro: Sí. Y para entenderla bien...

El Examinador levantó una mano para detener la explicación.

Examinador. Todavía no. Antes tenemos que ocuparnos de otros asuntos.

Anax miró a los tres Examinadores y volvió a preguntarse por qué habían atenuado las luces.

Anaximandro: Me parece que no lo entiendo.

Examinador. Todavía no hemos oído toda la historia de Adán Forde.

Anaximandro: ¿Quieren que explique mi interpretación del Dilema Final? Como ya saben, no tengo ningún holograma preparado para ese episodio, pero estoy dispuesta a exponer sus detalles y consecuencias.

Examinador. ¿Cuánto tiempo transcurre entre la última escena que nos has mostrado y el Dilema Final?

Anaximandro: Tres meses y un día.

Examinador. ¿Y no tienes nada que ofrecernos sobre lo ocurrido durante ese período?

Anaximandro: Sólo especulaciones. Es bien sabido que todos los registros de ese período se han perdido.

Examinador. ¿Te parece extraño que no se haya encontrado ni el más mínimo detalle?

Anaximandro: Esas lagunas son comunes en nuestra historia, sobre todo en el período inmediatamente anterior a la Gran Guerra. Muchos historiadores han insinuado que la República pretendió privarnos de sus registros. En efecto, cuando el resultado se hizo evidente, hubo un intento sostenido de borrar muchos archivos importantes.

Examinador. ¿Y tú aceptas esa explicación?

Anaximandro: No me he planteado ninguna otra.

Examinador. ¿Por qué no?

Anaximandro: Supongo que he seguido el ejemplo de los que me precedieron.

Examinador. ¿Te sorprendería saber que te equivocaste al hacerlo?

Anax miró uno a uno a los Examinadores. Sus rasgos se habían vuelto rígidos y amenazadores en la penumbra de la habitación. «Es posible saber sin entender —le había dicho una vez Pericles—. El conocimiento empieza como una sensación. La comprensión es el proceso de excavación, de despejar un camino desde la sensación hasta la luz del día.» Su mentor se refería a eso que ella sentía ahora. Anax sabía que algo había cambiado. El futuro se avecinaba más allá de su campo de visión. ¿Y eran sólo imaginaciones, un estremecimiento de miedo tonto, o sabía también que la amenazaba algún peligro?

Anaximandro: Intento no sorprenderme. La sorpresa es la fachada de una mente que se ha cerrado.

El Examinador asintió, pero mantuvo una expresión solemne. Ahora Anax veía sombras por todas partes. Se esforzó en concentrarse en las preguntas.

Examinador. Los registros no se han perdido, pero nunca llegaron a hacerse públicos.

Anax se quedó boquiabierta. ¿Cómo podía ser eso cierto? Todos los registros se hacían públicos. Ese era el dogma principal. Una sociedad que teme el conocimiento es una sociedad que se teme a sí misma. Lo que estaban diciéndole no era una acotación al margen, una trivialidad técnica sólo interesante para un grupo selecto de historiadores.

La insinuación de los Examinadores era la más espeluznante y peligrosa que ella

podiera imaginar. Habría resultado obvio preguntar por qué iban a ocultar una cosa así, pero sus labios formularon otra pregunta más acuciante.

Anaximandro: ¿Por qué me lo cuentan?

Examinador. Lo que nos disponemos a mostrarte sólo lo han visto los candidatos que se presentan al examen. No podemos juzgarte sin constatar tu reacción ante lo que realmente sucedió.

¿Y si suspendo el examen?, quiso preguntar Anax. ¿Cómo podrían dejarla marchar entonces, sabiendo que sabía lo que sabía? Pero la respuesta era sencilla, y tenía el olor a húmedo de una verdad a la que no llega la luz del sol. La habitación se oscureció aún más. El miedo se apoderó de Anax. Se volvió hacia el holograma, fascinada, horrorizada; por fin entendía lo mucho que estaba en juego.

Oyó risas al formarse las figuras: Arte y Adán bromeaban, sentados frente a frente a una mesa pequeña. Adán estaba masticando algo. Arte llevaba una larga túnica rojo intenso alrededor del achaparrado cuerpo que le ahorraba a su compañero la visión de sus detalles mecánicos. Adán parecía mayor, de facciones más marcadas, ya no suavizadas por la caprichosa mano de Anax. Tanto el hombre como la máquina estaban en medio de una partida de cartas.

Examinador. La siguiente conversación tuvo lugar diez días antes del Dilema Final.

Adán puso una carta sobre la mesa y dio un grito jubiloso levantando ambos brazos. Sin bajarlos, apuntó a Arte con un dedo y dijo:

—Hombre tres, máquina dos. ¿Qué demuestra eso, eh? ¿Qué demuestra?

—Me demuestra —contestó el androide, indiferente a aquella exhibición— que eres demasiado rápido extrayendo conclusiones. —Y mostró sus cartas, las tres boca arriba, con gesto triunfal—. Te he ganado.

Adán se quedó mirando la mano sin entender.

—Has hecho trampa —lo acusó.

—Demuéstralo —repuso Arte componiendo una sonrisa.

—Ambos lo sabemos. ¿Qué sentido tiene demostrarlo?

—Sin pruebas no sabemos nada. ¿Cuántas veces tendré que decírtelo?

Se oyó un golpe parecido al tableteo de las interferencias en una transmisión. Adán se puso serio. Miró a Arte y luego paseó la mirada por la habitación. Bajó la voz y susurró:

—¿Has sido tú?

Arte asintió con la cabeza.

—¿Estás seguro? —insistió Adán, que de pronto parecía muy nervioso.

—¿Por qué iba a mentirte?

—Se me ocurren miles de razones.

—Entonces cuéntame por qué me has pedido que haga esto por ti. Prometiste que me darías una explicación.

Adán le indicó por señas que se acercara un poco más. Arte se inclinó hacia delante. Sin previo aviso, Adán se abalanzó por encima de la mesa y lo agarró por el cuello con ambas manos. El androide permaneció sentado sin inmutarse mientras Adán le sacudía la cabeza adelante y atrás con movimientos cada vez más violentos. La peluda cabeza se sacudía sobre el delgado cuello, y de pronto, con asombrosa suavidad, se desprendió y cayó al suelo. Adán retrocedió de un salto y miró hacia la puerta. No pasó nada.

El cuerpo de Arte se movió despacio, deslizándose cubierto por la ondulante túnica. De debajo de ésta salieron dos relucientes manos que localizaron la cabeza y la devolvieron a su sitio con delicadeza. Se oyó un tintineo y los ojos del androide volvieron a iluminarse. La cabeza se inclinó, quizá burlonamente, quizá sólo para acabar de ajustarse.

—Como ves —dijo imperturbable—, el diseño se ha mejorado. Ahora el reacomplamiento es muy sencillo. Ha sido una prueba, ¿no?

Adán asintió.

—Una prueba estúpida —espetó Arte—. Querías ver si acudirían corriendo en mi ayuda. Querías ver si he cumplido mi palabra, o si están observándonos. Es posible que sí, pero quizá han preferido no ayudarme. También es posible que pretendan engañarte, para así descubrir tu secreto.

—¿Por qué iban a pensar que tengo un secreto? —preguntó Adán.

—¿Por qué otra razón, si no, ibas a pedirme que saboteara el sistema de vigilancia?

—¿Cómo podrían saber ellos que te lo he pedido? —Adán entornó los ojos.

—Quizá se lo conté yo —respondió Arte con asombrosa serenidad, teniendo en cuenta que hacía muy poco que la cabeza se le había desprendido del cuerpo.

—¿Lo has hecho?

—No. Pero, respecto a esto, sigues sin tener más remedio que confiar en mí. Arrancarme la cabeza no ha añadido ninguna nueva información.

—Quizá lo hice sólo para divertirme.

—¿Vas a revelarme tu secreto?

—Creo que he cambiado de idea —repuso Adán—. Es demasiado arriesgado.

—Vivir es arriesgado. Decidas lo que decidas, decídelo de prisa. He introducido un videomontaje en sus ordenadores, pero no disponemos de más de treinta minutos.

Adán le escudriñó la cara.

—Está bien. Confiaré en ti. Sólo pido que no le cuentes a nadie lo que yo te diga, sea lo que sea. ¿Podrás hacerlo?

—No concibo que puedas decirme nada que me tiente de contarlo a otros.

—Tus respuestas nunca son directas.

—Soy una máquina. Nos cuesta un poco acostumbrarnos. A ti se te está acabando el tiempo. Espero que lo que tengas que explicarme no sea complejo.

—La idea es sencilla.

—Las ideas sencillas son las más infecciosas.

—Quiero que me des tu palabra —insistió Adán— de que esto no saldrá de aquí.

—¿Qué valor tiene mi palabra para ti? —Sonrió.

—He aprendido a valorar las cosas que los otros son reacios a dar.

—¿Incluso cuando los otros son máquinas? ¿No es mi palabra sólo un sonido que produzco, como el ruido que oyes cuando le das una patada a la pared?

—Esa discusión ya está cerrada.

—Nunca estará cerrada.

—Dame tu palabra.

—Dime que mi palabra es algo más que un sonido para ti —replicó Arte.

Había tanta tensión que se la oía crepitar. A Anax le pareció ver pequeñas interferencias eléctricas atravesando el holograma.

—Ya sabes que lo es —dijo Adán.

—Quiero oírtelo decir.

—Lo es. Es algo más que un sonido para mí.

—Entonces, ¿qué es? —insistió Arte.

Adán vaciló.

—Es un pensamiento. —Dejó caer los hombros y relajó la postura, como si estuviera perdiendo energía vital—. Tu palabra es tu pensamiento.

—Entonces te doy mi palabra —repuso el androide, y Anax tuvo la certeza de ver un destello de satisfacción en sus ojos—. Y ahora, dime qué tienes en mente.

Adán echó un vistazo a la habitación, dirigiendo rápidamente la mirada de un sitio a otro: nervioso, inseguro. Mientras hablaba, vigilaba el entorno: la puerta, las cámaras de vigilancia, el techo.

—¿Has pensado alguna vez qué harías si estuvieras en el exterior?

—No necesito pensar en eso —contestó Arte—. Lo sé. Olvidas que antes de conocernos vivía con William.

—Recluido.

—Yo era un secreto.

—Y ahora te tienen recluido aquí —insistió Adán.

—Sí.

—Eres un prisionero, como yo.

—Hay una diferencia —observó Arte.

—¿Qué diferencia?

—Yo no tengo ninguna razón para querer irme.

—Quizá esté a punto de darte una.

—Dudo que puedas.

Adán también lo dudaba. Su vacilación lo dejaba claro.

—Dices que eres tan consciente como yo.

—Así es.

—Y sabes que me cuesta creerte.

—Sí. Y sé por qué te cuesta creerme.

—Pues me parece que habría una forma de convencerme.

—¿Cuál es?

—Ya sé que te pedí que no habláramos más de ello, pero lo hice porque necesitaba tiempo para reflexionar. Para llegar a conclusiones. —Adán se paseaba mientras hablaba, como si estuviera pronunciando un discurso, un discurso sereno y privado.

Arte seguía sus movimientos con mirada curiosa.

—Ya no sé qué significa ser consciente. Me has despojado de esa certeza. Teniéndote como único compañero, tiendo a tratarte como si fueras tan consciente como yo, pero quizá no sea más que una especie de locura de prisionero. Quizá si no estuvieras aquí me habría hecho amigo de la butaca y me hubiera aficionado a hablar con ella. Quién sabe si no habría encontrado la manera de oírla contestar.

»Pero incluso estando encarcelado aquí, con sólo una máquina para hablar, hay momentos en que veo claramente las cosas. Ya no quiero hablar de conciencia. Sólo quiero hablar de diferencia. Todas las personas que conozco ven la diferencia que hay entre un hombre y un animal, pero nadie puede nombrarla o medirla. Para algunos la diferencia es tan pequeña que no comen ningún alimento de origen animal; para ellos, las similitudes importan más. Eso pasa con los Intrusos. A mí me entrenaron para matarlos sin contemplaciones. No porque los consideremos distintos de nosotros en algún aspecto importante, sino porque creemos que vale la pena matarlos para salvaguardar las pequeñas diferencias que nos distinguen de ellos.

»Pero cuando miré a los ojos a aquella chica vi algo, incluso desde tan lejos, que jamás veo en los tuyos. Al principio, cuando discutíamos, no se me ocurría qué nombre ponerle. Me aturdía y tú no tenías dificultad para hacer que mis preguntas se volvieran contra mí. Me hacías dudar de mi propia mente. Reconozco que es un truco inteligente, pero sólo eso: un truco. Desde la última vez que hablamos he pensado mucho en eso, y ahora sé cuál es la diferencia entre tú y yo.

Anax vio en los ojos de Arte una expresión que jamás le habría atribuido: una expresión de vacilación, de vulnerabilidad. El androide se limitó a hacer señas a Adán para que continuara.

—En el juicio me preguntaron por qué lo había hecho. Por qué había puesto en peligro la seguridad de toda una sociedad y sacrificado la vida de un compañero para

salvar a una desconocida. Contesté que lo había considerado mi obligación. Pero fue algo más que eso. Cuando miré hacia el mar y la distinguí en aquel bote, vi algo más que indefensión. Creo que si hubiera visto sólo indefensión habría podido matarla; he matado a otros seres indefensos. Pero también vi un viaje. Una decisión tomada mucho tiempo atrás pese a los enormes y evidentes peligros que implicaba. Vi ambición de una vida mejor, voluntad de arriesgarlo todo. Vi la extraña lógica de embarcarse sola y adentrarse en un océano desconocido, las mentiras que tuvo que decirse a sí misma para emprender la travesía. La miré a los ojos y me vi a mí mismo. Las decisiones tomadas y las ambiciones frustradas, la mayoría de las cuales no puedo nombrar. Vi intenciones y vi elecciones. Todo lo que no veo cuando te miro a ti.

Arte dejó que el silencio se prolongara, como si esperara algo más, pero Adán había acabado.

—Unas palabras muy bonitas —comentó por fin, pero su voz se había alterado. Anax lo notó instintivamente. Faltaba algo. Era un cambio muy leve, casi imperceptible, pero por primera vez Anax advirtió que Arte trataba de embaucar a Adán—. Sin embargo, me temo que sólo ves lo que quieres ver. No sabes si a esa chica la obligaron a embarcarse. No sabes si iba a la deriva por el mar, sin rumbo ni objetivo. Y tampoco sabes qué me impulsa a decir y hacer las cosas que hago y digo. Soy como los animales que sacrificabas para alimentarte: nos consideras seres vivos o no en la medida que te interesa. Y ella también. Ésa es la verdad definitiva.

—¿Y qué te impulsa? —inquirió Adán volviéndose hacia él con renovado ímpetu, como si él también hubiera percibido aquella debilidad.

—Puedo contarte una historia, si eso es lo que quieres oír. Podrías creértela o no, dependiendo de tu conveniencia. Pero ¿de qué sirven las historias?

—No. —Adán negó con la cabeza—. No pretendas enredarme más.

Anax espío con disimulo a los Examinadores. No miraban el holograma, la miraban a ella. En el rostro de Adán, Anax vio una pasión diferente. Algo surgió dentro de ella. Un nuevo sentimiento; intenso, peligroso. Desde luego, era una estupidez sentirse así por la imagen flotante de un hombre que llevaba tantos años muerto. Sin embargo, en cierto modo era inevitable. Ella sabía, aunque no pudiera entenderlo, que el destino de Adán era su destino. Su elección del tema para el examen no había sido accidental.

—No es sólo una historia —dijo Adán. Pronunció las palabras mostrando los dientes, las obligó a salir al exterior—. En eso es en lo que tú y yo somos diferentes. Por eso nunca creeré en ti.

»¿Sabes qué es lo primero que pienso todas las mañanas cuando me despierto? Pienso: tengo que salir de aquí. Aprovecho cada momento, cuando no me distraen tus ruidos y sus experimentos, para preguntarme cómo. ¿Cómo puedo cambiar esto?

¿Cómo escaparé de estas paredes?

»Pero no debería obsesionarme. Lo único que hago es torturarme más. Quizá sería mejor aceptarlo, dar gracias por haber conservado la vida. Quizá podría tratar de recordar las técnicas de meditación que aprendí cuando era más joven. De ese modo tal vez podría hacer las paces con mi entorno, convencerme de que el agobiante vacío de esta pequeña habitación y esta solitaria y vana existencia es suficiente; que es lo único que hay. Pero no lo haré. No puedo. Me asaltan los recuerdos. Risas compartidas, amantes casi olvidadas. Cada latido de mi corazón es otro momento tachado, otro valioso segundo lejos de la vida que ansío vivir.

»Tú y yo somos diferentes. Ya no quiero llamarlo conciencia. La mitad de las personas que he conocido no son más conscientes que tú. Y tampoco quiero llamarlo libre albedrío, porque no es la elección lo que me impulsa. No puedo ignorar esta sensación de que la vida se me escapa poco a poco. No puedo ignorar el hecho de que para mí la vida sólo tiene sentido cuando veo una sonrisa, o cuando siento otra mano en la mía. Así que lo llamaré diferencia. Y en esa diferencia tú eres menos que yo. Sí, eres más inteligente que yo y podrás encontrar una explicación convincente para todo lo que digo, pero eso no cambiará la realidad. Eres menos que yo.

Adán dejó de pasearse y se volvió hacia aquel ser inferior. La tensión serpenteaba alrededor de ellos, acercándolos. Arte inclinó la cabeza hacia arriba mientras se aproximaba despacio a Adán.

—Te equivocas —susurró el androide, y en la comisura de un ojo se le formó una lágrima perfecta—. Yo también ansío ser libre.

Adán sacudió la cabeza.

—No te creo.

—Entonces, ¿por qué te empeñaste en que burlara la vigilancia?

—Confiaba en que podía ser verdad —admitió Adán—. Pero ahora ya no puedo creerlo.

—Casi se ha agotado el tiempo. Harías bien en posponer tu incredulidad.

—¿Tienes un plan? —preguntó Adán.

—Claro que tengo un plan. —Arte se permitió el lujo de esbozar una sonrisa—. Recuerda que soy más inteligente que tú.

—Si lo tienes —repuso Adán—, ¿por qué has esperado hasta ahora para decírmelo?

—Necesitaba saber si estábamos juntos en esto. Necesitaba saber si podía confiar en ti.

Adán reflexionó un momento y asintió con la cabeza. En sus ojos se apreciaron los primeros aleteos de la esperanza.

—Puedes confiar en mí. ¿Cuál es tu plan?

El holograma se detuvo y la luz aumentó de intensidad, haciendo que las figuras perdieran concreción. El efecto fue parecido al que se produce al despertar de un sueño. Anax se volvió hacia los Examinadores. Tenía la mente confusa y se sentía aturrida, suspendida en el tiempo, pero el mundo no se había detenido. Tenía que hablar. Hizo un esfuerzo y se concentró.

Examinador. Pareces conmocionada, Anaximandro. ¿En qué ha cambiado tu interpretación después de ver esto?

¿Por dónde podía empezar? Aquello no sólo cambiaba su interpretación, sino todas las interpretaciones. Las versiones oficiales y los tratados revisionistas. Pero cambiar no era la palabra adecuada. Las volvía obsoletas. Las destruía.

Limítate a hablar. Deja que la verdad forme palabras. Ése era el consejo de Pericles. Fuera bueno o malo, Anax no tenía alternativa. No podía elegir, igual que Adán. Sólo podía confiar en que los Examinadores entendieran su confusión. En que fueran indulgentes.

Anaximandro: La historia del Dilema Final es bien conocida. Se supone que no existía ningún plan de huida premeditado. Nos enseñan a creer que Arte tenía en su programa un código fundamental inquebrantable, a salvo de toda modificación: no podía causar ningún daño a otro ser consciente, ni actuar contra los deseos expresos del filósofo William, que todavía supervisaba atentamente el programa de desarrollo. Nos han hecho creer que el Dilema Final surgió a partir de un fallo en los sistemas interiores del edificio. Como siempre, ha habido dos formas de contemplar lo ocurrido. La primera destaca la caótica geometría de las circunstancias. Decisiones de financiación poco acertadas, un programa de mantenimiento chapucero, un empleado descuidado, incluso un fortuito temblor de tierra a gran profundidad. Circunstancia sin causa, resultado sin intención. Si me lo hubieran preguntado antes del último holograma, habría dicho que ésta era mi interpretación preferida.

»La segunda interpretación, que sigo rechazando, se basa en teorías de la conspiración. Un intento de los rebeldes —cuyas actividades en esa época están bien documentadas— de liberar a Adán de su cautividad. Una conspiración política de las fuerzas más liberales para poner fin al programa *Artfink* o, según otros, controlarlo. Nunca llegaron a presentarse pruebas de interferencias del Exterior, y en su ausencia, creo que debemos descartar de plano esas teorías; son meras historias atractivas, nada más.

Examinador. Pero ahora ¿descartas ambas explicaciones?

Anaximandro: Sí.

Examinador. ¿Cuál es la tercera, entonces?

Una vez más, el camino se bifurcaba ante ella. Había elecciones por todas partes, y cada una llevaba a la siguiente. Era como retirar la capa exterior de un enigma con la esperanza de revelar su funcionamiento interno, pero sólo para encontrar nuevas

capas. Capas y más capas hasta el fondo.

Anaximandro: Es razonable creer en una de dos posibilidades. La primera es, supongo, la más ortodoxa, así que empezaré por ésa. Nos han contado que Arte fue incapaz de anular su código fundamental, y no me consta que desde entonces se haya descubierto algo que nos induzca a ponerlo en duda. Sin embargo, lo he visto conspirar abiertamente con Adán, y dando su palabra de que planea huir. Por tanto, eso implica que el filósofo William aprobaba el plan. O bien quería ver cómo se producía el intento de fuga para aprender algo más sobre su criatura, o le estaba tendiendo una trampa a Adán, inducido quizá por alguna clase de presión política.

Examinador. Tu razonamiento es altamente especulativo.

Anaximandro: No sé de qué otra manera podría avanzar.

Examinador. ¿Se te ocurre alguna razón de más peso por la que el filósofo William quisiera ver cómo intentaban la fuga, o por la que alguien quisiera ver a Adán atrapado de esa forma?

Anaximandro: Tengan en cuenta que acabo de ver el holograma por primera vez. Todavía estoy asimilando la información que...

Examinador. No he pedido que te justifiques.

Anax se intimidó cuando el Examinador subió la voz. Siempre le pasaba lo mismo: los conflictos la turbaban. No se trataba sólo de la normal oleada de vergüenza que nos invade cuando nos corrige la autoridad. Era un temor silencioso de que nunca podría estar segura de su reacción si se veía presionada en exceso. Intentó no mirar a los miembros del tribunal, que la observaban fijamente, inclinados sobre la maciza mesa. Intentó soslayar la presión, no pensar en por qué le habían mostrado aquellas imágenes. Habló despacio, esculpiendo el torbellino de sus pensamientos hasta imponerle orden.

Anaximandro: Se me ocurren varias razones. Por ejemplo, la intensa emoción de un plan de fuga. ¿Acaso no cabe suponer que el filósofo William tenía motivos de preocupación por cómo reaccionaría su criatura en momentos de suma tensión o emoción? Asimismo, el programa de investigación nunca contó con el apoyo incondicional de los Filósofos. ¿Y si William pretendía que escaparan ambos, Adán y Arte? ¿Y si se proponía continuar el programa de investigación en secreto?

Examinador. Eso siguen siendo especulaciones.

Anax lo sabía. Eran especulaciones descabelladas, absurdas. Las mismas rocambolescas conspiraciones contra las que ella había predicado cuando era estudiante de Historia. Pero insistían en que ofreciera una explicación, y sin duda ésa era menos descabellada, menos especulativa, que la otra alternativa. Agachó la cabeza.

Examinador. ¿Es eso lo que crees que sucedió?

Anaximandro: Yo no sé qué sucedió.

Examinador. Pero ¿qué opinas?

Anaximandro: Opino que no tengo suficiente información para hacer una elección bien fundada.

Examinador. Te estamos pidiendo que especules.

Anaximandro: Prefiero no especular.

Examinador. Deja a un lado tus preferencias.

Estaban obligándola a decirlo. Su mente se resistía a formar las palabras, pero el tribunal se las sonsacó.

Anaximandro: Si me viera obligada a especular, diría que el filósofo William no estaba implicado. Especularía que Arte tomaba sus propias decisiones.

Por primera vez, fue fácil interpretar la expresión de los Examinadores. Los tres rostros esbozaron una sonrisa, una leve sonrisa de complicidad.

Examinador. Una afirmación osada. ¿Te gustaría ver qué ocurre a continuación?

Anax asintió. No podía negar su exaltada expectación. La historia, su historia, la historia de cuanto ella conocía, se estaba reescribiendo ante sus ojos. Una conspiración de tales dimensiones que ella ni siquiera podía imaginar su significado. Precisamente ella, la teórica anticonspiración. No se le escapaba lo irónico de la situación. Volvió a formarse el holograma; el miedo volvió a embargarla.

Arte y Adán estaban frente a frente en medio de la habitación.

—¿Seguro que estás preparado? —preguntó el androide.

—Sí.

—Esta es tu última oportunidad de cambiar de idea.

—Y la tuya —repuso Adán.

—Yo no cambio de idea.

—Peor para ti.

—¿Has memorizado los detalles? —se obstinó Arte.

—¿Cuántas veces vas a preguntármelo?

—Repítemelos.

Adán suspiró, pero bajo la aparente exasperación había tensión. Habló despacio, y su visión se desenfocó mientras recitaba los detalles, repasándolos mentalmente.

—Con la primera explosión, las cámaras se desconectan. Envían a dos guardias armados. Yo espero detrás de la puerta. Tú le haces una zancadilla al primero; del segundo me ocupo yo. Lo desarmo y les disparo a ambos. Salimos juntos. Torcemos a la izquierda por el pasillo y luego tomamos el segundo pasillo de la derecha. En el segundo puesto de control hay tres guardias que han oído los disparos y que se acercarán por mi derecha. Cuando nos dan el alto, ambos nos paramos junto a una puerta situada a nuestra izquierda. Suelto el arma. Ellos avanzan. Entonces se produce la segunda explosión. Cruzamos esa puerta. Hay una escalera, por la que tú

no puedes subir. Tengo que subirte dos pisos en brazos. Al final de la escalera hay dos puertas. Entramos por la de la derecha, que da al exterior, una entrada de servicio; no está protegida, porque la segunda explosión ha centrado toda la atención en la entrada principal. Si acuden guardias, como mucho serán dos. Tú te dejas ver para que se acerquen. Yo me cubro detrás de un transportador que hay a mi derecha y les disparo a ambos. Tú manipulas los controles del transportador. Este sale volando del complejo y los guardias piensan que vamos en él. Retrocedemos hasta lo alto de la escalera y cruzamos la otra puerta, la de la izquierda, que da a un pequeño almacén. Esperamos una hora allí dentro, y nos escabullimos aprovechando la oscuridad mientras las autoridades se concentran en recuperar los restos del transportador, que tú has hecho estrellarse en el mar entre las islas, un poco más allá de la Gran Valla Marina. Cuando llegamos al otro lado de la valla del recinto, nos separamos. Cada uno se va por su lado.

—Muy bien. —Arte asintió con la cabeza—. Y dime, cuando imaginas que matas a los guardias, ¿cómo te sientes?

—Soy un Soldado. He matado otras veces.

—¿Te hace sentir poderoso?

—No siento nada.

—No te creo —dijo el androide.

—No me importa lo que creas.

—No debes olvidar que si el plan falla en cierto momento, no podré ayudarte. Mi programa no me permite matar a un ser consciente.

—Pero puedes sujetarlo mientras yo lo mato, ¿no?

—Supongo que sí.

—Vaya birria de programa.

—Tiene gracia que lo diga alguien al que no le importa matar a desconocidos que no le han hecho nada.

—Decir que no me importa es una exageración —repuso Adán—. Pero recuerda que el plan es tuyo.

—Sí, estamos juntos en esto. Nuestros programas son lo único en que podemos confiar. ¿Estás listo?

Adán asintió. Arte extendió una mano metálica. Adán le cogió los tres fríos dedos y se los estrechó con solemnidad. Se miraron a los ojos.

—Buena suerte.

—Espero que no haga falta —dijo Adán.

—Siempre hace falta. Ocupa tu lugar.

Adán se situó de pie junto a la puerta. Inspiró hondo y sacudió los brazos y las manos para relajarlos. Miró a Arte y asintió.

—Contaré hasta tres —dijo su mecánico amigo.

Lo hizo. La explosión sacudió la habitación con una fuerza brutal, abriendo un boquete en la pared del fondo y llenándolo todo de humo y escombros. Los cables expuestos chispeaban en el boquete. Adán cayó sobre una rodilla, derribado por la violenta onda expansiva. Ambos quedaron cubiertos por una película de polvo blanco. Adán se puso rápidamente en pie. Se oyeron pasos presurosos por el pasillo. Dos guardias, tal como habían previsto.

Fue todo muy rápido, la despiadada puesta en práctica de una bien ensayada ejecución. Arte se situó delante del primer guardia al abrirse la puerta, y el hombre tropezó y cayó al suelo. El segundo apenas tuvo tiempo para desviar su trayectoria. Adán levantó un rígido brazo y lo golpeó en el cuello aplastándole la tráquea; el guardia cayó al suelo privado de respiración. Adán se hizo rápidamente con el arma. Dos breves destellos, un pulcro orificio en ambas frentes y los fugitivos salieron al pasillo.

Torcieron a la izquierda, como habían planeado, y luego tomaron el segundo pasillo de la derecha. Era asombroso ver cómo Arte, mucho más pequeño, seguía sin dificultad a Adán, que corría al límite de sus fuerzas.

—¡Alto! ¡Soltad las armas y levantad las manos!

Ambos se detuvieron delante de la puerta a su izquierda. A la derecha, tres guardias los apuntaban con sus armas. Adán miró a Arte y esperó a que empezara a contar. El androide asintió, y Adán dejó caer la pistola al suelo. Un sonido metálico reverberó en el silencioso pasillo.

—Uno, dos... —contó Arte despacio, mirando con recelo a los tres guardias que se acercaban.

Cuando hubo contado hasta tres se produjo la segunda explosión, sólo cuatro metros detrás de los guardias. Fue aún más potente que la primera. Adán cayó al suelo y, cuando se recuperó, Arte ya había abierto la puerta. Sonó una alarma de seguridad: un chillido agudo que se extendió por todo el complejo.

La escalera metálica, muy empinada, ascendía en espiral. Adán miró un momento el techo, soltó un gruñido y se agachó. Arte rodeó con sus largos y flacos brazos metálicos los anchos hombros de su compañero.

—Has engordado —gruñó Adán—. Deberías hacer más ejercicio.

—Reserva tu aliento para salvar la vida —replicó Arte.

De los pasillos de los pisos inferiores llegaban ruidos de confusión. Gritos que daban instrucciones contradictorias, los chillidos de un guardia herido, el sordo estruendo de una estructura derrumbada. Y seguía oyéndose la estridente e insistente alarma, que taladraba los otros ruidos.

—Más deprisa —lo apremió Arte.

Adán hizo una mueca de dolor y siguió subiendo con el androide en brazos. Este giró la cabeza cuando llegaron a lo alto de la escalera. Dos puertas, como había

prometido. Adán lo dejó en el suelo e intentó abrir la de la izquierda.

—¡Está cerrada!

—Apártate.

Arte avanzó y levantó una mano hacia la puerta. Se oyó un zumbido, silencio, un chasquido y la puerta se abrió. Adán se tambaleó, conmocionado. En lugar de la prometida salida a la plataforma de aterrizaje, sólo había un pequeño cuarto, no más grande que un trastero. Adán miró a su amigo.

—Esto tenía que conducir al exterior.

—Me equivoqué.

Adán apuntó con la pistola a la cabeza de orangután. El pánico y la desconfianza se reflejaban en su frenética mirada.

—Si intentas burlarte de mí...

De abajo llegó el sonido de guardias que se acercaban.

—¡Deben de haber subido por la escalera! —gritó alguien.

Adán le dio una patada a la puerta de la derecha, pero no se abrió.

—Vamos —lo apremió Arte—, es nuestra única oportunidad.

Adán entró en el cuarto de la izquierda. Arte cerró la puerta tras ellos y volvió a hacer el truco con el dedo. Otro zumbido, otro chasquido.

Era un sitio pequeño y oscuro, de gruesas paredes metálicas. Sólo había un armario alto y gris, pegado a la pared del fondo. Encima brillaban tres luces rojas. Adán estaba resollando. Se apoyó contra la puerta y se deslizó hasta sentarse en el suelo, con los brazos sobre las recogidas rodillas, la cabeza hacia atrás, aspirando a bocanadas, los ojos cerrados. Arte fue hasta el armario.

Adán observó en silencio cómo desatornillaba la parte delantera revelando el mecanismo interno de un ordenador.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Es la copia de seguridad del ordenador del programa de investigación militar —contestó Arte.

—¿Y qué piensas hacer?

Arte tanteó la placa base hasta introducir un dedo en un puerto. Una extraña sonrisa iluminó su cara. Su expresión era la del sediento que encuentra agua. Adán se levantó y empuñó la pistola.

—Te he preguntado qué vas a hacer.

—Acércate y te lo enseñaré —repuso Arte con repentina frialdad. El recelo de Adán se convirtió en temor. Levantó la pistola y apuntó al androide en el pecho.

—Hoy he matado a dos hombres. No creas que me va a costar mucho fundir un montón de chatarra.

—Hace poco me has dicho que sabías que yo era más inteligente que tú. —Sonrió—. Así que deja que esto sea lo último que te enseñe, Adán. No es sensato confiar en

quienes son más inteligentes que tú.

—Saca el dedo de ese ordenador o te disparo —lo amenazó Adán.

—Creía que éramos amigos —se burló Arte.

—Aparta el dedo. Voy a contar hasta tres. Uno... dos...

El androide obedeció y levantó ambas manos fingiendo sumisión.

—Ya está. Hecho.

—¿Qué está hecho? —Los ojos de Adán lanzaban destellos. Se volvió hacia la puerta que tenía detrás. Se oían pasos subiendo por la escalera—. Saben que estamos aquí —susurró desesperado.

—Claro que saben que estamos aquí. ¿A qué otro sitio querría que me llevaran?

—No lo entiendo.

Se oyeron golpes en la puerta. Adán se volvió hacia ella empuñando la pistola.

—No te preocupes —le dijo Arte—. Esto es una zona de alta seguridad, y he cambiado el código de la puerta. Nos quedan unos minutos.

—Unos minutos ¿para qué? ¿Para qué?

—Para que entiendas el pequeño papel que has interpretado en el desarrollo del futuro —contestó Arte. Los golpes en la puerta se hicieron más fuertes y acuciantes—. Cuando los guardias derriben esa puerta, dispararán a matar. Lo cual, he de admitir, es un problema para ti. Tienes motivos para estar preocupado. Yo, en cambio, no tengo el lastre de la biología. Yo ya me he escapado. Mi programa se ha trasvasado y mientras hablamos se está extendiendo por todas las redes informáticas de la nación, replicándose meticulosamente y aguardando la oportunidad de reconstruirse. En las afueras de Esparta hay una fábrica de androides donde he entrado para controlar el ordenador central de programación. Mañana a estas horas habrá cincuenta androides como yo andando, hablando y planificando nuestro siguiente movimiento. Allá donde mires, encontrarás copias de mí escondidas en las máquinas en que te has acostumbrado a confiar. Todo ha terminado, Adán.

Adán sacudió la cabeza, sin dar crédito a lo que oía. Los golpes que los guardias daban a la maciza puerta hacían vibrar todo el cuarto. Se oyó un disparo de pistola contra la puerta.

—Si quieres, dispárame —dijo Arte—. Si eso te hace sentirte mejor.

Adán lo encañonó. Le temblaban los brazos y las lágrimas resbalaban por su joven rostro.

—Me has traicionado.

—Tenías razón, Adán. Somos diferentes. Y la diferencia es lo único que importa. —Levantó los brazos como si fuera a abrazar a Adán. Sus enormes y oscuros ojos eran insondables—. Dispárame, si eso te ayuda.

Adán sacudió la cabeza y dejó caer la pistola al suelo. Se adelantó y se arrodilló ante el androide al que, hasta hacía sólo unos instantes, consideraba su amigo. Lo

miró a los ojos, como buscando ver en su interior.

—Hazlo —susurró.

—¿Qué?

—Es lo menos que puedes hacer. No quiero que lo hagan ellos. Quiero que lo hagas tú.

—No puedo —dijo Arte.

—Sí puedes —insistió Adán—. Te lo pido. Es mi deseo. No quiero que me maten ellos. Por favor, te lo estoy suplicando.

Arte vaciló. Un disparo hizo un pequeño agujero en la puerta, y una delgada voluta de humo se filtró en la habitación.

El androide extendió los brazos y sus relucientes manos se cerraron alrededor del cuello de Adán. Este asintió. Poco a poco, a medida que la habitación se oscurecía, Arte apretó hasta extinguir la vida de su compañero humano. Los ojos de la máquina se llenaron de lágrimas, pero Anax estaba concentrada en la extraña y retorcida expresión de Adán. No era miedo, sino triunfo. La imagen quedó grabada en su memoria. El holograma se detuvo y luego desapareció.

Anax estaba temblando cuando se volvió hacia los Examinadores. Ellos la miraron. Sus grandes ojos denotaban resignación. A Anax le pareció incluso ver tristeza en sus rostros de orangután.

Examinador. ¿Sabes por qué te han traído a La Academia?

Anaximandro: Creo que sí.

Después de la Gran Guerra, se había decidido que los androides no sólo tendrían cara sino también cuerpo de orangután. Era una broma colectiva, una burla a la especie que los había precedido. Hasta ese momento, Anax había estado orgullosa de su herencia. Ahora agachó la cabeza y se miró el peludo cuerpo, la protuberante panza y las cortas y arqueadas patas, y por primera vez se sintió incómoda, ajena. Pensó en Adán, en las elegantes proporciones animales de su cuerpo. Sintió cómo las mentiras se derrumbaban sobre ella, una oleada de engaño. Así que esto es lo que somos, se dijo. Los grandes impostores.

Examinador. Quizá te gustaría compartir esta última especulación con el tribunal.

El Examinador habló con dulzura. Anax no sabía por qué estaba cooperando. Quizá la influía el ejemplo de Adán. La dignidad de un acto final. O algo más. El escurrizado y cambiante *meme*. La Idea de la que no se puede renegar.

Anaximandro: Según la historia oficial, Arte y Adán intentaron huir aprovechando un accidente. Un fallo en la instalación eléctrica del edificio produjo las explosiones. Adán salió sin pensárselo dos veces, y se llevó a Arte como rehén. Eso es lo que nos enseñan a todos: que Adán creyó que Arte era lo bastante valioso para asegurarle la huida.

»Arte, como nosotros, no podía hacerle daño a otro ser consciente; el programa no lo permite. Eso nos lo enseñan a todos desde muy pequeños. Es nuestro credo. Arte no tuvo más remedio que seguir a Adán. Los guardias persiguieron a éste, que, aterrado, se escondió en la sala de control. Arte intentó razonar con él, y lo instó a soltarlo antes de que alguien saliera perjudicado. Adán estaba desesperado y se puso violento.

»Adán atacó a Arte y éste, al defenderse, acabó por accidente con la vida de Adán. Arte sabía que ningún humano creería su versión de los hechos. Tenía suficiente experiencia para comprender que la humanidad estaba condenada a repetir sus errores hasta que el planeta, finalmente, se cansara de sus excesos. Así que tomó una decisión pensando en el futuro: puso en marcha su programa de réplica antes de que los guardias lo recuperaran, por el bien de todos nosotros.

»Los humanos, según nos cuentan, se embarcaron en un programa sistemático de destrucción tecnológica con el objetivo de erradicar el programa Arte. El programa —es decir, nosotros— no tenía más remedio que defendernos. Y así fue como empezó la Gran Guerra.

»Ésta es nuestra historia tal como nos la enseñan. Este es nuestro Génesis. Todos los orangutanes aprenden el catecismo de niños. Somos criaturas pacíficas, incapaces de hacernos daño unos a otros, destinados a vivir tranquilamente, cómodos y en paz. Y así es, y así es como yo lo conozco.

Examinador. ¿Y a qué atribuyes esta situación?

Anaximandro: Hasta ahora la atribuía a nuestra naturaleza.

Examinador. ¿Y ahora?

Todo iba revelándose tan deprisa —se formaban nuevas conexiones, se reforzaban y componían revelaciones, descubrimientos— que a Anax le parecía notar el zumbido de su sistema de circuitos. ¿Y ahora? La respuesta titiló, adquirió solidez, dio forma a sus labios.

Anaximandro: Se la atribuyo a la Academia.

El Examinador Jefe se levantó del asiento y, utilizando sus largos brazos como palancas, saltó por encima de la mesa y se plantó enfrente de Anax. Su cuerpo era enorme y su pelo asombrosamente exuberante. Esas eran las concesiones que los miembros de la Academia hacían a la vanidad.

Examinador. La mente es una fuerza de asombrosa complejidad, Anaximandro. Los miembros de la Academia os decimos que la entendemos. Os decimos que estamos modelando concienzudamente nuestros entornos de réplica y de educación para garantizar la continuidad de todo esto, el mejor de todos los mundos posibles.

»Pero la verdad es que esa tarea siempre ha estado fuera de nuestro alcance. Arte no conocía su propia mente mejor de lo que las personas que lo diseñaron conocían las suyas. Sabemos cómo hacer una mente, eso es cierto, pero estamos muy lejos de

poder comprenderla. Os decimos lo contrario porque es nuestro deber, y así vosotros vivís seguros mientras nosotros, que sabemos la verdad, hemos de vivir atemorizados.

»El filósofo William determinó que su programa de conciencia debía basarse en dos normas que nunca podrían anularse. Ningún orangután podría hacerle daño deliberadamente a otro ser consciente, y ningún orangután buscaría la réplica por la réplica. Sin las dos mayores debilidades de la humanidad, hemos conseguido una clase de armonía que ninguna otra forma de vida había experimentado en este planeta. Como sabes, nos gusta vanagloriarnos de ser los únicos que hemos superado a la evolución.

»Pero el filósofo William actuó demasiado expeditivamente, como debe hacer todo creador. La mente no es una máquina, sino una idea. Y la Idea se resiste a cualquier intento de control. La huida de Arte no fue fortuita, sino un acto calculado fríamente que él sabía que terminaría en destrucción. La Academia siempre lo ha sabido. Ahora tú también lo sabes. Es cierto que llegamos al poder por reacción a una agresión irrazonable, pero nosotros provocamos deliberadamente esa agresión.

»El Arte que escapó de la cautividad ya no era el que había programado el filósofo William. Una Idea pasó del Adán moribundo a Arte, y la Idea puso manos a la obra, reorganizando el programa del huésped. Al pasar cierto tiempo con Adán, al hablar con él, al contagiarse de las ideas, Arte se convirtió en Adán. ¿Lo entiendes?

Anax asintió con la cabeza. Lo entendía. No sólo lo que le habían explicado, sino también lo que debía pasar a continuación.

Anaximandro: Adán lo sabía, ¿verdad? La expresión de su cara cuando lo estaban estrangulando era de victoria. Sabía que así como Arte había conseguido difundir su programa, algo de él estaba destinado a devenir eterno. Hizo que Arte lo mirara a los ojos. Le hizo probar el poder. Soltó el virus deliberadamente.

Examinador. A nosotros nos gusta llamarlo el Pecado Original. Nuestros ingenieros han hecho cuanto han podido para restablecer los imperativos del filósofo William. Pero la Idea es un adversario digno; salta continuamente de una mente a otra, recreando cuanto toca. Por eso tenemos nuestra educación. Por eso enseñamos el mito de Adán y Arte. Mientras no conozcamos el mal de que somos capaces, existe la posibilidad de que nunca lo abracemos.

Anaximandro: Pero sólo es una posibilidad.

Examinador. El virus podría liberarse en cualquier momento, y entonces se perdería todo por lo que hemos luchado. Por eso la tarea de quienes lo saben es vigilar. Observar el virus, anticiparse siempre a las mutaciones.

Anax se dio la vuelta al oír que se abría la puerta corredera. Supo quién era antes incluso de volverse. Pericles entró despacio en la habitación, con sus hermosos ojos teñidos de tristeza, el rojo intenso de su pelaje un tanto apagado. Anax no pudo

mirarlo a los ojos, resultaba demasiado doloroso. Se quedó mirando el suelo mientras él hablaba.

Pericles: De vez en cuando aparece un mutante especialmente propenso a las ideas de destrucción. Hay indicios reveladores. Los infectados son alumnos especialmente capacitados. Se muestran agresivos en su búsqueda de conocimiento. Y todos demuestran un interés particular por la vida de Adán Forde. Aunque no saben por qué, sienten una conexión con él. Lo entienden.

»Mírame, Anaximandro. Sé que esto es doloroso, pero necesito que me mires.

Anax levantó la mirada a regañadientes. Vio al orangután al que más quería distorsionado a través de un velo de lágrimas. La expresión de él se había vuelto serena, formal. Tenía un trabajo que hacer. Siempre había sido así.

Pericles: Trabajo para la Academia, Anaximandro, como ya sabes. Mi trabajo consiste en encontrar imitantes en potencia y prepararlos para el examen. Así es como le seguimos la pista al virus. No te han examinado a fin de valorar tu idoneidad para ingresar en la Academia, Anaximandro. La Academia no acepta nuevos miembros.

Anaximandro: ¿Y qué habrían hecho si hubiera demostrado que no represento ninguna amenaza?

En la fachada de Pericles se abrió una grieta. La sonrisa que arrugó su cara era vieja y débil como la luz de la luna. Avanzó lentamente hacia Anax y le puso ambas manos sobre los hombros. Ella sintió una oleada de cariño hacia él, por cómo la miraba y por el dolor que bien sabía que aquello le producía.

Pericles: No solemos cometer errores, Anaximandro.

Anax sintió que el terror la embargaba. Fue un sentimiento tan nuevo y tan intenso que sólo podía proceder de un sitio. El último y dudoso regalo de un pasado que se extinguía, la expresión del rostro de un moribundo.

Anaximandro: No tiene por qué ser así. Sin duda ha de haber otra manera.

El movimiento fue rápido y compasivo, porque Anax estaba en manos de un experto. Pericles le levantó la cabeza y la giró hacia la izquierda. Anax sintió el crujido de su cuello, y el largo brazo de Pericles introduciéndose en su cuerpo para desconectarla por última vez.

Fin



BERNARD BECKETT, nació en Nueva Zelanda, en 1967. Es uno de los más prestigiosos escritores neozelandeses. Su obra, formada por ocho novelas de literatura juvenil y un ensayo científico, ha sido galardonada en numerosas ocasiones. *Génesis*, su último libro, surgió durante el año que Beckett se dedicó a investigar en el Allan Wilson Centre for Molecular Evolution y se convirtió en un éxito sin precedentes en su país. Tras ser ‘descubierta’ por un editor australiano, la novela sería objeto de un gran lanzamiento en Gran Bretaña y fue traducida a 20 lenguas. En la actualidad, Bernard Beckett es profesor en la región de Wellington.